

SERGIO FERNANDEZ



FILOSOFIA



FILOSOFIA  
Y LETRAS

VENTURA Y MUERTE

de la

PICARESCA

- - -

MEXICO, 1953.



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A EDMUNDO O'GORMAN, MAESTRO Y AMIGO.

## INTRODUCCION

La novela picaresca española nos pone en contacto con un mundo anterior, la España del siglo XVII, que tiene un valor histórico y literario de primer plano. Es el suyo un mundo que, -- de pronto, podría parecernos irreal y hasta mágico (en el sentido de los cuentos de hadas), porque nos entrega un material inagotable de aventura e imaginación. Sin embargo, a través del encanto barroco en que se envuelve en su mayor parte, hay una realidad que nos muestra la mentalidad y la acción de un pueblo estrechamente ligado a nosotros.

En el estudio de la picaresca debemos tener en cuenta, por lo demás, no solamente el ritmo de la vida española, sino, en general, de todas las manifestaciones culturales europeas que tan estrechamente van ligadas -aunque sea por contraste- con este tipo de literatura.

Nuestra justificación al abordar tal empresa es bien sencilla: la conciencia del valor español en cuanto se abre ante nuestros ojos un panorama extraordinariamente rico y siempre novedoso.

Diré brevemente que la novela picaresca española, antes que nada presenta, en la forma en que se me ha ofrecido en su desarrollo, un profundo sentido humano que he tratado de analizar -- con detenimiento. No es ella sólo un conjunto de obras con ciertas modalidades de gusto y expresión, sino mucho más: alienta en sus páginas un soplo vital que se hace, ya desde las primeras hojeadas de sus textos, tangible y corpóreo, altamente significati

vo. El pícaro, visto con ojos de erudito, siempre ha resultado un mero tipo literario y, negativo como es, ha sido menoscabado y hecho a un lado por una crítica quizás demasiado objetiva. Sin embargo, para anticipar algo de lo que nos ocupará más adelante, diré que estoy convencido que sin él -sin el pícaro-, la imagen del español resultará del todo deficiente.

Esta trayectoria de la picaresca trata de estudiar lo que, a mi manera de ver es la presentación de las variantes que el pícaro sufre en el recorrido que le imponen sus circunstancias: desde el pícaro verdadero, es decir, el de letras de molde que -quien más, quien menos-, está íntimamente relacionado con la vida real, de todos los días, hasta el que, caricaturesco y deforme, es sólo un símbolo de expresión literaria y social; sin olvidar toda una gama del pícaro que responde a cada uno de los momentos históricos en que aparece en la novela.

Conectada con ella, pero a manera de apéndice al final de este ensayo, para no interrumpir este relato, coloco aquellas obras que, consideradas hasta ahora como picarescas, por circunstancias especiales y a menudo evidentes, que ya analizaremos en su oportunidad, son en buena forma distintas, cuando no contrarias, a lo que nosotros entendemos por pícaro y picaresco. No es que se trate de establecer un molde rígido que, en terrenos históricos, resultaría un absurdo; simplemente se ha visto, dentro del cambio constante que experimenta el tipo humano "pícaro" en su trayectoria, que esos libros quedan, algunos por contradicción a su esencia, excluidos, no de estas páginas, sino del estudio de la ideología que la picaresca es en sí. Habrá, en to-

do caso, que buscarles un nuevo acomodo, lo cual resultará a la vez justo y provechoso.

Muchas son las obras picarescas, pero sin embargo se ha pretendido abarcar la mayor parte de ellas en estas páginas. Por el carácter mismo del personaje -arquetipo desde tiempos inmemoriales- poca o ninguna literatura habrá que no tenga rasgos y -- afinidades, cuando no caracteres, relacionados con él. Por ello he escogido, dentro de la novela exclusivamente, las obras a mi juicio fundamentales para comprender el significado humano que contienen; son las "columnas" o "bases" en donde descansa su --- esencia y su más grande manifestación artística. Destacan, principalmente, tres: Guzmán de Alfarache, El Buscón y Estebanillo González sin por ello dejar a un lado, en cuanto a su importancia, a las otras, sin las cuales la historia del pícaro sería im posible de contarse. Por otra parte, es indudable que la claridad mayor que se nos brindará en este intento de conocerla lá da rá la llamada "decadencia española", ese trágico momento en que España deja de tener en sus manos el destino de la vida europea para convertirse en un lastre de la modernidad, vocablo entendido en el sentido no español de su comprensión. Es ese momento-- en que Inglaterra, a la cabeza de todos los pueblos europeos, -- surge para adueñarse de un mundo que la necesita en la nueva ruta a seguir, o sea la del progreso, la civilización y el confort, todo ello, como es bien sabido, sobre cimientos inmanentes de -- la cultura y de la vida, tan opuestos, por lo demás, a la manera de ser de lo español.

No quiero decir con esto que el pícaro sea en definitiva, como pudiera creerse a simple vista, un producto humano de esa "decadencia", puesto que antes he hablado de él como un arquetipo inmemorial en la historia, sino que en ella, por razón de sus circunstancias, encuentra cabal expresión y acomodo. ¿De qué otra manera se puede explicar que los libros picarescos hayan tenido auge y plenitud en la España del siglo XVII, preferentemente, y no en ninguna otra parte antes ni después? ¿Cómo aclarar el hecho de que Guzmán de Alfarache haya sido la novela leída con más avidez -quizás tanto o más que el Quijote, a juzgar por el número de ediciones- en el reinado de los Austrias y de los Borbones? Esto nos indica que la picardía fue mucho más que un género de entretenimiento, como aparentemente pudiera sospecharse. Es un fenómeno social ligado estrechamente a lo español, a mucha parte de su sentimiento y de su cultura. Pero al ser el pícaro una figura "negativa", no se tome esto en un sentido peyorativo, ni mucho menos. Hay que examinar primero la honda tragedia -tragicomedia- que es en sí este carácter al margen de una ética que lo condena y de una atmósfera -la del progreso anteriormente mencionada- que lo excluyen y lo execran, para saber que es un factor cultural indispensable en nuestro panorama histórico que a nosotros, hispanoamericanos, corresponde cabalmente entender. Sin embargo y a pesar de todo (quizás por su sentido íntimo y final), fue amado a través de la literatura por el pueblo de España, lo mismo que lo fueron Celestina y Don Juan, tan negativos, en todo caso, como él, pero como él, también, produc-

tos de una cultura y de una vida auténticas.

El género picaresco termina, en cuanto tal, con el Estebanillo González, sin que por ello nuestro estudio se detenga con él. Por el contrario, hemos pretendido seguir la huella, en México, - de una forma novelística que precisamente por morir en España, sólo queda como una mera expresión de circunstancias históricas distintas a las del ochocientos español y que por lo tanto nada tienen que ver con la esencia de la picaresca. Estas páginas, pues, se refieren también, una vez investigado el problema hispánico, - al análisis de Periquillo Sarniento, nuestra primera novela mexicana y por tal razón con un sabor propio y genuino.

Obra de difícil comprensión, debido a su carácter heterogéneo por situarse en una época crítica, se vale del pícaro para expresar el sentido utópico del México de principios del XIX, si -- bien, como ya advertimos, el pícaro resulta en la novela un personaje que, como fantasma, -después de su muerte-, aparece en la época independiente. Inauténtica si se juzga como picaresca, genuina si se ve a Periquillo como pretexto para lanzar un primer grito cultural, en ella empieza a asomar en la literatura la conciencia de lo mexicano, por lo demás tan admirablemente bien reflejada en las páginas escritas por Lizardi. En Periquillo hay, - el surgimiento de valores nacionales que funden mundos anteriores, el aborigen y el hispánico, de donde, por otra parte, derivamos directamente. Espejo fiel de esta crisis, en Lizardi vemos - por ende la pasión y la vida de un pueblo deseoso de una historia propia; en Periquillo hay, asimismo, la confluencia de otras formas de pensamiento que dan las tónicas fundamentales de la obra: - su eclecticismo y su vacilación ideológica.

Lo que sigue después -búsqueda en la novela mexicana de los siglos XIX y XX- es ya un caso distinto. Mientras en Periquillo existe la forma picaresca como expresión de un contenido mexicano, en el XIX no hay sino caracteres conectados sólo formalmente con el pícaro, bastante desleídos por lo demás, aun cuando algunos resulten verdaderos aciertos. En nuestra época, la llamada-novela picaresca mexicana es tan sólo una corriente -si así puede llamársele- fuera de toda posible autenticidad que ni siquiera toma al pícaro para expresar algo distinto; es simplemente la mera obra de diversión y entretenimiento sin sentido histórico ninguno.

El estudio que hemos escrito siguiendo la huella de un arquetipo -juicio propio de lo picaresco, acertado o no- nos da -- pues, en intento de autocomprensión, el antecedente de caracteres de donde deriva, como sabemos, mucho de nuestra cultura y formas de vida, tan complejas como el propio Periquillo Sarniento. Ojalá sirva, en la medida de sus posibilidades, para lograr lo que se ha propuesto.

I.- VENTURA DE LA PICARESCA  
- - - - -

El arquetipo dentro de la literatura es, pudiéramos decir, fuente donde la humanidad se mira y se reconoce total o parcialmente. Se reconoce en Don García, Otelo o Hamlet; en Celestina, Julieta o Don Quijote, y son ellos, por eso, la realización de lo humano en una tónica especial del carácter: la mentira, los celos o la indecisión; la "tercería", el amor pleno o la insensatez propia de la locura. La humanidad, digo, se busca en ellos y se encuentra. A veces, lo hace con agrado, otras con suspicacia y recelo; otras, en fin, con enorme disgusto. Algunos arquetipos serán universales y por ello más esencialmente arquetipos; otros, en cambio, serán en cierto sentido nacionales sin que por ello dejen de ser "moldes" o "modelos" revelados en una gran parte de los hombres. Teniendo esto presente es indudable que el pícaro es un arquetipo nacional español, aun cuando sus raíces vengán probablemente desde los primeros tiempos de la historia.

Nacido la mayor parte de las veces en los bajos fondos de todas las sociedades de tiempos y naciones, ha constituido siempre (si bien no con ese nombre) una parte integrante de ellas, aun cuando su "molde" no sea uno de aquellos que la humanidad, como he dicho, acepte con gusto como propio. Pícaro es todo aquel que quiere serlo, es decir, puede vestir traje de señor, ermitaño, cortesano, aventurero o monje; esto nos indica que lo "picaresco" es una cierta manera de actuar, de responder ante la vida, de ser, que puede darse en cualquier sujeto -hombre o mu-

jer- en determinadas circunstancias: es, puede decirse, una modalidad psicológica y formal que, por lo demás, ya analizaremos más adelante durante el curso de todo este trabajo.

Comúnmente, como ya he apuntado, pertenece sin embargo el pícaro a las clases bajas. Es producto del hambre, de la holganza y de una ansia incontenible de libertad, para sólo citar los tres factores más importantes que lo constituyen. Esta modalidad psíquica y formal a la que nos hemos referido, tiene en España un florecimiento extraordinario que culmina en una serie de obras literarias las cuales dan forma al arquetipo, de tal manera que decir "pícaro" significará decir "pícaro español" ya que sólo en España puede darse de una manera auténtica tal clase de individuo.

Pero si el pícaro encuentra acomodo precisamente en la España del siglo XVII quiere ello decir que no siempre ha hallado en el curso de su historia lugares favorables a su modo de ser, "climas" a donde pueda vegetar a su sabor y complacencia. El pícaro nace de la vida y por eso debemos estudiar su historia; esta historia estará espejada, como ya se dijo, en manifestaciones literarias que ayudarán nuestra tarea pues que "quizás la forma más perspicaz que ahora tenemos de comprensión histórica sea la contenida en las expresiones artísticas cuando alcanzan su más alta -- cumbre".(1)

La literatura nos lo muestra desde tiempos muy anteriores y

---

(1).- O'Gorman, Edmundo: Crisis y porvenir de la ciencia histórica; pág. 173.

esto es lo que nosotros podemos llamar "antecedentes" del pícaro español. Un crítico contemporáneo nuestro, Benjamín Jarnés<sup>(1)</sup>, lo remonta hasta entroncarlo con lo que él llama "literatura lupanaria antigua" y nos habla de que existe en las páginas de Petronio, en los Epigramas de Marcial, en El Asno de Oro de Apuleyo, en los Diálogos de las Cortesanas de Luciano y en los Poemas de Ovidio, para no citar más; agrega que es, con mucho, un producto literario que surge de la descomposición de la sociedad romana. Cínico, hábil, perezoso, vive al margen de la vida normal de los otros hombres y por ello es despreciado y maltratado frecuentemente sin misericordia. Si seguimos rastreando su huella, será fácil localizarlo también en la Edad Media, época en la que tienen cabida las más distintas y aún contradictorias formas de pensamiento y vida. En efecto, el Medioevo debió haber sido amable cuna para este tipo de individuos; en él no sólo existe una relación directa del hombre con Dios, no sólo beatitud y sacrificio, santos y caballeros cruzados; priva también un ambiente de disipación y malvivencia que se hace más notable por el contraste violento que ofrecen entre sí ambas posiciones. -- Ejemplos claros de una pre-picardía los encontramos entre los Goliardos (hacia el siglo XII), clérigos vagabundos que dieron mucho que hacer a la Iglesia con sus disipaciones poco beatíficas; eran clérigos regulares y seculares dados a una vida libre y falta de responsabilidades. Las prohibiciones que la Iglesia misma

---

(1).- En lecciones impartidas en la Escuela de Verano de la U.N. A.

les hacía, nos indican los defectos que padecían: no debían tener concubinas ni tampoco "acercar demasiado el rostro al de las mujeres"; a éstas, por lo demás, les eran negados el "pan bendito, el agua bendita y el beso de la paz"<sup>(1)</sup>, con lo cual el castigo era impuesto por medio del temor al más allá. Por lo demás, los Goliardos se dedicaban a la juglaría: cantaban en las plazas, en las escuelas, en las cortes y hasta en las iglesias; en estas últimas se hacía un poco de todo: bailes, juegos y mascaradas. Los Goliardos eran una especie de juglares cultos pertenecientes a la sociedad estudiantil y clerical, que nada tenían que ver con la plebe. Es verdad que distan mucho de ser lo que más adelante será un pícaro, pero el ambiente, la forma de vivir, nos recuerdan en cierta forma a los pícaros españoles de la Edad de Oro.

Pero los Goliardos no son los únicos que nos traen a la mente tales afinidades. También es de esta época el Pamphilus o Comedia de Vetula, libro en donde encontramos algunos caracteres picarescos. Lo mismo puede decirse del Maqamat del Hariri (1054-1122) en la literatura árabe<sup>(2)</sup>; y, meditando en obras de mayor relieve, acaso no son en cierto sentido picarescas las figuras-

---

(1).- Bertoni, Giulio: Poesie, Leggende, costumanze del medio evo; pág. 3.

(2).- Ángel González Palencia, en su libro Del Lazarillo a Quevedo nos informa que en efecto en el Maqamat existe un personaje -Abu Zayd que es, con mucho, una especie de pícaro. Relata que "No es avaro, no cuida de amontonar oro; su bolsa está siempre vacía. Si le fascina el poder del oro, es porque con él podría satisfacer los placeres del epicúreo que lleva dentro del alma. Al contrario del Kempis exclam-

de Gianni Schicchi, en la Divina Comedia, o de Panurgo en el --  
Pantagruel de Rabelais? Dante llama a su personaje "folleto", o  
sea espíritu inoportuno, inquieto y es, de todos los personajes-  
medievales, quizás el que más se parezca al pícaro español<sup>(1)</sup>.  
En cuanto a Panurgo, según se nos dice era a la edad de treinta y  
cinco años de estatura media, ni muy alto ni muy bajo, tenía la-  
nariz algo aguileña semejante al mango de una navaja de afeitar,  
de buena presencia, pero víctima de una enfermedad que se llama-  
ba en ese tiempo: "Bolsa vacía, dolor incomparable". Sin embar-  
go, tenía sesenta y seis maneras de encontrar dinero siempre que  
lo necesitaba, entre las cuales la más honrosa y la más usada e-  
ra el hurto realizado furtivamente; era malévolo, fullero, maleañ-  
te, vagabundo, borrachín y holgazán como el que más en París. -  
Aparte de todo era la mejor persona del mundo. Un hombre como -  
cualquier otro. Continuamente imaginaba burlas contra los alqua-

---

ma: "No dejes perder una ocasión de alegría. ¿Sabes si vi-  
virás un año, o simplemente un día más? La muerte nos cir-  
cunda, ya ha trazado un círculo alrededor de cada criatu-  
ra". Gusta del vino, y tras alguna de sus buenas jornadas  
gananciosas, va a divertirse a la taberna, donde entona un  
fervido himno báquico para justificar su presencia en aquel  
antro. "¿No sabes que el vino fortifica el cuerpo, cura -  
las enfermedades y disipa la tristeza?... El vino ilumina  
los dolores. Cura tus heridas, disipa tus penas bebiendo-  
el jugo tan precioso de la vida". Más que la avaricia y los  
placeres, mueve a la vida vagabunda a nuestro héroe su pa-  
sión por la independencia." (Pág. 7).

- (1).- Es bien conocida la historia de Schicchi: a la muerte de Buc-  
so Donati, su hijo Simón, temiendo que existiese un testa-  
mento desfavorable para él, hizo entrar en el lecho del di-  
funto Gianni Schicchi, que era muy hábil para imitar cual-  
quier clase de persona. Llamó a un notario al cual Schicchi,  
imitando la voz de Buoso, dictó un testamento en favor de -  
Simón, sin por ello olvidarse de sí mismo. Entre las cosas  
que se atribuyó, estaba la mula de Buoso, reputada la mejor  
de toda Toscana. (Inf. Canto XXX). Todo este enredo parece  
recordarnos los muchos en que está metido de Alfarache.

ciles y contra la ronda. Si veía a un hombre sentado junto a una mujer en la Iglesia, les cosía las mangas para que no pudieran separarse. Un día cosió la casulla a la camisa del cura que oficiaba y que al salir de celebrar se quitó a la vez la una y la otra con gran escándalo de los presentes.<sup>(1)</sup> ¿No es ésta una actitud que prelude la picaresca? Sin embargo, para encontrar un caso real y no una ficción literaria nos basta asomarnos algo a la vida de Francois Villon para ver -si bien con muchas diferencias- este tipo tan especial que es el pícaro.

Algunos críticos e investigadores hacen notar elementos de picardía en dos libros españoles muy cercanos ya a nuestra meta: el Libro de Buen Amor y La Celestina. Pero si bien es verdad en cuanto que son tan profanos como la propia novela picaresca, tienen fines totalmente diversos que lograr. Jarnés afirma que tanto el libro del Arcipreste como el de ~~de Rojas~~ "tienen destinos más altos que cumplir" y agrega que "son cimas de la literatura española a que nunca llegan las novelas picarescas; son ellos los que fijan la estatura de éstas, escritas desde un punto de vista más bajo";<sup>(2)</sup> todo lo cual indica la total incómprensión que tiene la crítica hacia la picardía. Si bien es verdad que no todas las obras tienen la categoría de La Celestina o el Buen Amor, es indudable que no hay que recordar más que la prosa inigualable de Quevedo en el Buscón, además de otros muchos valores suyos que en su

---

(1).- France, Anatole: Vida y obra de Rabelais; pág. 134.

(2).- Jarnés (Opus.Cit.)

oportunidad analizaremos, o pensar en el Guzmán de Mateo Alemán, tan olvidado como grandioso (quizás la mejor novela española junto con el Quijote), para rechazar tal posición.

Es en el Renacimiento español cuando aparece la primera obra tenida ya como verdaderamente picaresca, aun cuando es bien sabido que en ella la denominación de "pícaro" no existe.<sup>(1)</sup> Lazarillo de Tormes (1554), anónimo, es una obra de caracteres profundamente nacionales en donde el pícaro -en el sentido en que hoy lo entendemos- asoma ya de cuerpo entero. Habiendo investigado sus antecedentes literario humanos, no habrá de extrañarnos que Lázaro tenga -como todos los otros pícaros- un gran arrastre medieval. Piensa y actúa como tal, aun cuando sus condiciones históricas aparentemente lo condenen de erasmista y, por ende, de falsamente español. Tanto él como su continuador -H. de Luna, -Segunda parte de Lazarillo de Tormes, París, 1620-, tienen una sátira fina contra las costumbres eclesíásticas de la época, sin que jamás lleguen por eso a lo crudo o amargo. Morel-Fatio entre otros,<sup>(2)</sup> afirma que el Lazarillo tiene en esa sátira una tónica marcadamente erasmista, y esto se ha repetido consecutivamente. A nosotros nos parece inexacta tal afirmación, ya que estamos de acuerdo con el erudito francés Bataillon,<sup>(3)</sup> al decir que el anticlericalismo, que ha sido la piedra de toque para juz

---

(1).- Tal parece, según testimonio de Valbuena Prat, que es en La Farsa Custodia, de Bartolomé Palau (escrita entre 1554 y 1557) donde está por primera vez la palabra; anteriormente el término más usual es el de ganapán, que se encuentra en el siglo XV.

(2).- Traducción de la Vida de Lazarillo de Tormes, (prólogo).

(3).- En su libro Erasmé et l'Espagne; págs. 654 y sig.

gar la obra, es en este libro medieval y no erasmista. La sátira erasmista, nos dice Bataillon, está animada de un espíritu -- distinto: nunca reprocha a los sacerdotes su mal vivir sino su mal creer. El episodio del mercader de indulgencias que pudiera parecer un rumor de valentía luterana no es sino un eco de un -- "novellino" de la Edad Media. Agrega que si alguna vez se llegara a saber que el autor era erasmista, éste hizo todo lo posible por esconder su identidad; es verosímil que, en todo caso, fuera escrito por un monje jerónimo. Sin embargo, la atmósfera erasmista en que se desarrolla Lazarillo, puede decirse que sí contribuyó a que se le juzgara una obra con ese tipo de tendencias; su falta de respeto hacia los poderosos, encuentra apego en ese nuevo anticlericalismo de los clérigos al querer cimentar el cristianismo sobre bases nuevas.

✓ He tomado este aspecto, tan importante en la valoración de los textos picarescos, porque creo que ello nos dará la clave de toda la novelística posterior, hija directa del de Tormes. Es evidente que España, al acoger al humanismo como modalidad renacentista, adquiere (si bien con recelo) algo de las doctrinas de Erasmo; sin embargo, el erasmismo, ajeno en todo al sentir español, cayó doblegado en una tierra en que se tenía más amor por la Divina Providencia que fe en la razón y en la prudencia, portadoras éstas de la conciencia reformista. Lazarillo, siendo -- auténticamente español, es ajeno a ese sentido de la vida y por ello íntimamente relacionado con los pícaros de la Contrarreforma; de no ser así, habríamos de suponer que la descendencia de -

Lázaro entronca, en todo caso, con Erasmo, lo cual es contradictorio. Lazarillo tiene una frescura popular netamente española.

Pero por otra parte, ¿resulta verdad que el pícaro llega a tener carta de ciudadanía ya desde esta época? España, en tiempos del Lazarillo está en la cúspide de su gloria: encarna el modelo europeo en muchos aspectos; Lázaro, en cambio, es un "lastre" social que hemos dicho se identifica con una época posterior, la de la decadencia española. La obra anónima, a mi parecer es, comparada con sus continuadoras, una obra que carece de un afán de crítica social en la forma en que las otras lo poseen. No tiene -no la puede tener si no existe-, una tragedia que, reflejada en Lázaro, muestre un sentido igualmente trágico de la vida. Y es que la España del Emperador es la España del éxito y del triunfo en todos los aspectos; por ello Lázaro es, como dice muy bien Karl Vossler "una figura poco heroica y ridícula para su tiempo"<sup>(1)</sup>. Lazarillo de Tormes no es una verdadera novela, sino cuadros de costumbres admirablemente realizados que nos pintan estratos sociales inferiores que no llegan a identificarse con la realidad circunstancial. "Lázaro -sigue diciendo Vossler- es vital y humano y no abstracto y sociológico" (Ibidem).

Como es natural Lazarillo no nace pícaro; se vuelve pícaro con el tiempo, pero es un pícaro incipiente en cuanto que no tiene en sí todos los rasgos que constituyen en esencia al verdadero pícaro. En efecto, el pícaro -hambre, ingenio, astucia y co-

---

(1).- Algunos caracteres de la cultura hispánica; págs. 24-29.

bardía- llega a veces a un negativismo total en cuanto ser humano; Lázaro nunca presenta ese extremo. Es astuto, sí, pero con la vivacidad a que su destino lo conduce; travieso, inquieto, pero jamás malvado o pérfido. Nunca es pesimista como Guzmanillo, miserable como Esteban, truhán acabado como Trapaza. Ligerero, ameno, divertido, Lázaro pasa la vida con miserias, malquerencias y situaciones difíciles, pero no es, no se siente un ser infeliz. Sus pequeñas venganzas con el ciego (siempre lo llevaba por los peores caminos y adrede, por le hacer mal daño: si había piedras, por ellas, si lodo, por lo más alto), no llegan a formarle una dura mentalidad, no lo hacen frío, inhumano. Lo que sucede simplemente es que se defiende y la pasa como mejor puede, en ello sí, cabalmente pícaro. Tiene un afán de libertad, pero no incondicional, como lo demuestra su sincero afecto por su amo el escudero, a quien sirve sin que se le proporcione ganancia alguna. Los personajes secundarios de la obra, como el clérigo, imagen cómica de la avaricia (preludio de Cabra), relámpago y no trueno en la vida de Lázaro, no son tampoco, con mucho, tan negativos como los de las otras obras picarescas. Lazarillo el de Tormes hace trapacerías sin fin, pero sólo porque quiere cobrarle a la vida lo que ella tan enconadamente le niega. Es en el fondo, a pesar de que aparente lo contrario, ingenuo e infantil. Por último, en lugar de ir pendiente abajo, como sus hermanos de raza, acaba por casarse y ser feliz, abandonando sus malas costumbres y llegando a ser un hombre de hogar.

Bastante distinto al anónimo Lazarillo es el escrito por H.

de Luna aproximadamente medio siglo después. La obra es buena - pero saturada de un erotismo francés ajeno en todo a la novelística española y por tal motivo, único dentro de ella. Una vez, en un convite, este segundo Lazarillo relata que la justicia entra de pronto, por ser aquélla una casa de mala nota; es de imaginarse el lío que se arma: Espantados los corchetes echaron a huir, diciendo: ¡Por Dios, que es verdad lo que este hombre dice, que aquí no hay sino duendes! "El alguacil, que era más astuto, los detuvo diciendo no temía al diablo; fuése a la cuba, y destapándola, halló dentro un hombre y una mujer: no quiero decir cómo los halló, por no ofender las castas orejas del benigno y escrupuloso lector; sólo digo que la violencia de su acción había hecho rodar la cuba y fue causa de su desgracia, y de mostrar en público lo que hacían en secreto, sacáronles fuera: él parecía a Cupido con su flecha, y ella a Venus con su aljaba. El uno y el otro desnudos como su madre los parió, porque cuando la justicia llamó estaban en una cama haciendo las paces, y con el alarma no habían tenido lugar de tomar sus vestidos, y por esconderse se habían metido en aquella cuba vacía, donde proseguían su devoto ejercicio. (Cap. XIV; pág. 57). Falsea algunos personajes que no entiende - como el del escudero, pero en general, -- no puede decirse que carezca de méritos, antes al contrario, es un libro ingenioso y con un gran sentido del humor. Las aventuras de este nuevo Lázaro tienen, algunas, inverosimilitud, pero nos dan la impresión de algo bufonesco, agradable, de una mascarada que no tiene otro objeto que entretener y divertir, si bien

posee una que otra acertada crítica social. Apunta en él un cinismo (fundamental en lo picaresco) que todavía no se perfila -- tan marcadamente en el anónimo. Por lo demás, ama su vida y vemos que por ninguna otra habría de cambiarla: Vime hecho pícaro- de más marca, habiendo sido hasta entonces recoleto; muy bien - pude decir: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. - Si he de decir lo que siento, la vida picaresca es vida, que las otras no merecen ese nombre; si los ricos la gustaren dejarían - por ella sus haciendas, como hacían los antiguos filósofos. (Cap. VIII; pág. 43).

Benjamín Jarnés habla del "utilitarismo" como rasgo fundamental del pícaro; claramente esa palabra no tiene sentido alguno para el español. Ni siquiera en las épocas de mayor auge político el pueblo de España tuvo una posición desahogada. El dinero desde este punto de vista no cuenta para el espíritu que lo anima. Ciertamente que el español fue en esta época un pueblo enormemente codicioso, como lo demuestran los aventureros que viajaban a Indias, pero esa codicia debe entenderse desde el punto de vista medieval que le da su verdadero sentido. No en balde ha dicho Huizinga que la codicia es el gran pecado de la Edad Media; es decir, el hombre del Medioevo tiene una insaciable sed de oro, pero lo quiere o bien para guardarlo, cayendo entonces en la avaricia, o para derrocharlo, pero jamás -y en esto estriba la similitud con el español renacentista- ve en él un sentido inversionista práctico como lo hace el hombre moderno. No en vano en cambio produce Inglaterra a un Adam Smith, el filósofo del

Ver Botella  
Pícaro  
como  
desnudo  
y  
no  
como  
recoleta

utilitarismo en su forma más plena. Mirado desde este ángulo, - el dinero queda del todo fuera del radio de acción de los españoles, y el pícaro, con excepción de Estebanillo González, por lo menos a primera vista es siempre netamente español. Tú, dice -- Lázaro al dinero, eres el que acarrea todos los males (Cap. VII; pág. 47). ¿Se es "utilitario" porque se vive al día, robando lo que se puede y malgastándolo después? El utilitarismo es una -- forma de vida moderna, inglesa, que nada tiene que ver con lo -- hispánico<sup>(1)</sup>. Por lo demás, Lázaro odia al trabajo y es quizás- esto lo que más anuncia la degeneración en que se caerá más adelante.

Concluyendo podemos decir que el pícaro apuntado en Lazarillo de Tormes es la iniciación de un género que se desarrollará con fuerza y pujanza en una España ya plenamente preparada para albergar en su seno a este individuo que se identificará de una manera notable no tan solo con una sociedad corrompida, de la -- cual es parte constitutiva, sino con la España misma de la decadencia. Ya veremos, adelantándonos un poco a los acontecimientos, cómo, de ser "ridículo" en relación con su tiempo, acabará el pícaro por simbolizar a éste y convertirse en héroe. Pero en Lázaro esa compenetración aún no existe; es él, como tipo humano, un brote inmaturo que resulta en cierta forma ajeno al sentir de su época y sus circunstancias.

---

(1).- Para profundizar las diferencias esenciales que existen -- entre los pensamientos español e inglés, véase el interesante estudio de Consuelo Coronado El Diálogo Hispano-Inglés; ensayo sobre la decadencia de España.

Con todo, lo fundamental es que se perfila ya desde ahora - que el pícaro vive una vida auténtica en cuanto que, como dice - el filósofo, sabe determinar lo que en su vida le está impuesto y lo que él mismo puede imponer: es decir, tiene un destino propio. Le están impuestos una atmósfera y un medio que, a pesar - de que lo abrigan, en último término lo repudian; él a su vez se impone a ellos tratandoc, en la mayor parte de los casos, de desconocerlos y de hacer, en suma, lo que le viene en gana. El pícaro conoce su vida, sabe de lo que es capaz; sus miserias lo -- llevan a veces a desear incluso la muerte, pero en todo caso tiene la conciencia de que, cambiando de lugar o de amo, puede modificarse su triste condición. Recordemos a Lazarillo que nos dice: De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, - que yo también para mí, como para los otros, deseaba algunas veces; mas no la veía, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo; mas por dos cosas lo dejaba: la primera, por no me atrever a mis piernas, por temer de la flaqueza, que de pura hambre me venía; y la otra, consideraba y decía:

"Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre, y, dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si éste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué -- será sino fenecer? (Pág. 11).

Edmundo O'Gorman ha dicho que "el hombre está en la permanente posibilidad de reírse de sí mismo", o sea que puede burlarse de las posibilidades realizadas por él cuando le aburren. --

¿No es ésto lo que le ocurre al pícaro? El pícaro es aquel que se ríe constantemente de los demás hombres porque sabe que puede causarse risa a sí mismo, primordialmente. El suyo es un -- juego eterno de placer y dolor que, como veremos, nos conducirá a una comprensión más cabal de su complicada personalidad.

II.- EL PICARO HEROICO

- - - - -

Las causas de la aparición del pícaro en España se han estudiado distintamente y responden, como es natural, a varios factores. La mala política de los Austrias que da origen a una gran pobreza en las clases media y baja del pueblo y con ello surge la malvivencia; el abandono de la Provincia por aventureros descosos de triunfar en la Corte no importando de qué manera; las múltiples guerras que traen concomitantemente un enorme relajamiento moral; el clima, propicio a la holgazanería y, la más importante de todas, en nuestra forma de pensar: el espíritu de aventuras del español, que lo mismo impulsa a un Ignacio de Loyola que a un Don Quijote; igualmente a una Teresa de Jesús que a un Guzmán de Alfarache, a lanzarse en busca de lo desconocido, lo que está más allá de los ojos y que sólo responde a una desenfronada imaginación.

La España del siglo XVII sufre una enorme transformación que la coloca en una posición difícil e incómoda. Ha caído, y esa rápida declinación en el terreno político hasta quedar convertida en un país atrasado y viejo en relación con el resto de Europa, le acarrea trastornos internos de graves consecuencias. España no sólo no es amada, sino odiada e incomprendida; se convierte en el punto negro de un continente privilegiado que guía a los otros en forma certera. Es el país heterogéneo, contradictorio e ininteligible, poblado de insensatos y de vagabundos, que simplemente no tiene explicación lógica posible. Es bien --

sabido que la Leyenda Negra se levanta en Europa para crecer cada vez más en impulso y vigor, convertida en una realidad tangible para todo lo extranjero.

Es en este ambiente donde el pícaro vive su vida y encuentra, como hemos dicho, una amable donde desarrollarse y crecer a sus anchas. Es evidente, por tanto, que siendo el pícaro como -- en verdad lo es, por muchos motivos, un producto español que tiene su culminación en este período de la llamada decadencia, quede excluido, justamente por español y pícaro, del mundo de la modernidad. Examinemos el problema religioso que es, a nuestro juicio, fundamental para comprender su aislamiento.

Uno de los cimientos más firmes de ese nuevo mundo que se gesta y en el cual hemos dicho que lo español queda eliminado, es el protestantismo. Tal reforma hecha a los cánones establecidos por el cristianismo medieval contradice en todo al sentimiento -- español de la vida y del hombre. Calvino, como hombre moderno, -- funda una creencia "no meramente para purificar lo individual, -- sino para reconstruir la Iglesia y el Estado y renovar la sociedad penetrando todo departamento de la vida -- tanto pública como -- privada -- con la influencia de la religión".(1) Calvino asume --- una organización económica que transforma radicalmente la mente -- europea. En efecto, para él sólo es grato a Dios el que trabaja, aquel que busca como ideal una sociedad rica pero con la sobria -- gravedad de hombres que sean conscientes tanto de la disciplina --

---

(1).- Tawney, R. H.- Religion and the rise of capitalism; pág.111.

como de sus propios caracteres y dedicándose ellos mismos a servir gratuitamente a Dios. "La salvación, en todo caso, es el trabajo" y nada hay que ilumine tanto esa posibilidad que el obtener una buena posición, ya que ella es la mejor revelación de que el hombre podrá salvarse en la otra vida. Pero por otra parte, para el logro de esa buena posición, "el capital y el crédito son indispensables"...; "el financiero no es un paria, sino un útil miembro de la sociedad; y, prestando a interés, y estipulado que la cuota es razonable y que los empréstitos son hechos gratis al pobre, no es en sí más extorcionante este método que cualquiera otra transacción económica sin la cual los asuntos humanos no pueden ejercerse".<sup>(1)</sup> Son los negocios, por tanto, la esfera en donde este nuevo tipo de humanidad debe forjarse y una gran parte de Europa y América se guían por este pensamiento: el cristiano debe conducir sus negocios con una alta seriedad, como en sí mismo lleva su religión. En una palabra, el calvinismo se levanta no sólo como una nueva doctrina teológica y un gobierno eclesiástico, sino para crear "una nueva escala de valores morales y un nuevo ideal de conducta social".<sup>(2)</sup> Estas doctrinas andando el tiempo serán interpretadas en forma aún más drástica, casi a manera de silogismo: es el hombre que trabaja el que es grato a Dios; es así que el que trabaja obtiene ganancias lícitas, es decir, aquel que es rico: luego el rico es el elegido --

---

(1).- (Ibidem); pág. 113.

(2).- (Ibidem).



están aislados no ya tan solo de tales formas de vida, sino que son objeto de una atroz incomprensión.<sup>(1)</sup>

Guzmán de Alfarache (1559), de Mateo Alemán, es la obra que nos ayudará objetivamente a comprender el problema que hemos esbozado brevemente. Libro hasta ahora poco comprendido, quizás debido a lo difícil de su acceso, el Guzmán no ha sido colocado en la categoría artística que merece. Ya hemos dicho, anticipando nuestro criterio que, fuera del Quijote, no hay en toda la historia de la literatura española novela que tenga la profundidad y la belleza de esta obra barroca y contrarreformista. Es una comedia en el más amplio sentido del vocablo, en cuanto que nos permite ver en sus páginas la representación real y alegórica-, en enorme y grandioso escenario, de todos los problemas del siglo XVII español. Es este libro el que nos va a poner en contacto con una amarga realidad en la cual el desengaño opera como factor más importante. Política, sociedad, ética, filosofía, están abarcadas en esta extraordinaria novela.

Alemán, ya desde el principio de la obra, confiesa que es la verdad de su propia vida la que lo ha hecho escribir el libro. Es pues una obra de reflexión, de madurez intelectual, quizás un poco autobiográfica, la que tenemos ante nuestros ojos. Pero no sólo eso: anima al autor, también, el deseo cristiano de redimir

---

(1).- Si se quiere ahondar en este tema del quijotismo como posición ajena al pensamiento y vida modernos, véase el estudio de Ida Rodríguez Prampolini Amadises de América, la hazaña de Indias como empresa caballeresca, en donde el problema queda perfectamente aclarado.

al mundo por medio del desprecio hacia todo lo terreno; el querer enseñar un camino de bondad y gracia que salve a la humanidad del pecado; el hecho de sentirse con una misión divina que cumplir, como nuevo mesías de la historia. Investido, pues, de tales ropajes, consejero de los hombres y amigo íntimo de un Dios católico, consciente de la grandeza de su histórico papel, Alemán nos dice:... Doyte mi palabra que sólo al bien común puse la proa, si de tal bien fuese digno que a ello se sirviese.

Guzmán de Alfarache está concebido en un doble plano de ética y picardía que acusa ya, por ese solo hecho, una forma barroca de expresión. Por lo demás, es la novela "clásica" de la picaresca española, aquella en donde vamos a encontrarnos en una forma "real", verista, al pícaro más ampliamente conectado con la vida diaria. Guzmán tiene una doble personalidad. Las tinieblas y la luz se aúnan en él en perpetua lucha; es el tipo perfecto del cristiano, entendido como aquél que batalla contra sí mismo hasta vencerse o perderse en el pecado y la condenación -- eternas. Salta a la vista que Alemán nos da como ejemplo negativo la vida de Guzmán, para no caer en ella ni llegar a sus fatales consecuencias. Al igual que Lazarillo, no sólo las circunstancias, sino el azar y la "vocación" lo hacen ser pícaro. Primeramente es simple aventurero, después, vagabundo y pordiosero; finalmente pícaro. Su vida queda detalladamente descrita en las páginas de esta obra voluminosa: nace en Sevilla, hijo de padres pobres y en un afán de ver y correr mundo se va de su casa para satisfacer su curiosidad. La aventura lo llama y no puede des--

oir este imperativo. Sirve a varios amos -un cocinero, un espe-  
ciero, un cardenal, un embajador, entre otros- y a todos les ha--  
ce robos y trapacerías, aun cuando con algunos esté ligado por --  
zos de simpatía y hasta de cariño. Privado de una posición so---  
cial distinguida, trata de buscar lugar adecuado para triunfar --  
de alguna manera. Sin embargo, le es difícil pues odia el traba-  
jo y por nada cambiaría su existencia nómada y azarosa. Como sol-  
dado -en Almagro- fracasa y es degradado, así como cuando en Ita-  
lia pretende hacerse peluquero, oficio que nunca puede llegar a -  
desempeñar con habilidad.

Por lo demás no sólo es él quien se burla de los hombres; --  
frecuentemente es burlado y así lleva una vida de "dares y toma--  
res". En varias ocasiones, pese a su vivacidad e ingenio, lo ro-  
ban; otra vez (y en esto recordamos a Sancho Panza) lo mantean. -  
En Guzmán de Alfarache podemos encontrar, por lo demás un códice-  
de lo que se llama mendicidad, enormemente ilustrativo en cuanto-  
a las costumbres de la época. Oigamos al respecto lo que nos di-  
ce, Guzmanillo mismo: Supé cuántos bocados y cómo los había de dar  
en el pan que me daban, cómo los había de besar y guardar, qué --  
gestos había de hacer, los puntos que había de subir la voz, las-  
horas a que a cada parte había de acudir, en qué casas había de  
entrar hasta la cama y en cuales no pasar de la puerta, a quién -  
había de importunar y a quién pedir sólo una vez. (la. parte, --  
libro III, cap. II, pág. 271). Tiene, en definitiva, una serie -  
de ordenanzas mendicativas que le permiten sacar mejor partido --  
de tan miserable oficio: es la técnica del mendigo. Sin embargo,

esta condición suya le tiene sin cuidado, pues ¿no es acaso el -  
pobre el bienquisto de Dios? ¿no es él quien debe pedir limosna  
con la frente alta, ya que de esa manera le permite al rico ha--  
cer un acto caritativo y lograr que los bienes resulten menos --  
arbitrariamente dispuestos? El pobre, es verdad, sufre durante--  
el curso de toda su vida; pero, al fin y al cabo, es el único --  
ser verdaderamente dueño de ella: Si se humilla (el pobre), es -  
infame; si se levanta, soberbio; si acomete, desbaratado y loco;  
si grave, aborrecido; si justo, cruel; si misericordioso, buey -  
manso (pág. 283). Es decir, de todas maneras lo hacen a un lado  
y la pasa mal; no obstante, agrega en seguida que De todas estas  
desventuras tienen los pobres carta de guía, siendo señores de -  
sí mismos, francos de pecho ni derrama, lejos de emuladores, Go-  
zan su vida sin almotacía que se la denuncie, sastro que se la -  
corte, ni perro que se la muerda (Ibidem).

Guzmán va poco a poco de mal en peor. Es, como él dice ---  
conscientemente verdugo de sí mismo en esa lucha que hemos dicho  
presentan su concupiscencia y su bondad, pues el alma está com--  
puesta de dos contrarias partes: una racional o divina y la otra  
de natural corrupción. Pero casi siempre, a pesar de sus remor--  
dimientos, triunfa la última llevándolo a extremos negativos. -  
Roba una y otra vez y a medida que avanza en el latrocinio pier-  
de cada vez más una dignidad que nunca ha poseído del todo. Se--  
gradúa de alcahuete al servir al Embajador de Francia y eso le -  
proporciona gran satisfacción. Pero en última instancia ¿qué --  
otra cosa puede hacer si él mismo, por sus condiciones, tiene --

negada la posibilidad de amar? En este sentido Guzmán destila -  
constantemente un profundo desengaño, si bien teñido a veces de  
un fuerte matiz tragicómico. Basta recordar el incidente en el  
cual, al hacerle el amor en la obscuridad a una moza, la confun-  
de con una burra a la que zuzurra palabras sentidas y cariñosas,  
mientras acaricia su peluda pata; o bien cuando nos dice cínica-  
mente: Comencé a querer desenvolverme de manos y como a lo melin-  
droso hacía la hembra que se defendía; empero de tal manera, con  
tal industria, buena maña y grande sutileza, que, cuando en muy -  
breve espacio truje ocupadas las manos por su rostro y pechos, --  
ella con las suyas no holgaba. Qué, metiéndolas por mis faltri-  
queras, me sacó lo poco que llevaba en ellas (Libro II, Cap. II,  
Pág. 438). En otro lugar afirma que Es el amor tan todo en todo,  
tan contrario en sus defectos, que aunque más dél se diga, queda-  
rá menos entendido; empero diremos dél algo con los muchos. Es-  
amor una prisión de locura, nacida de ocio, criada con voluntad-  
y dineros y curada con torpeza. Es un exceso de codicia bestial,  
sutilísima y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazón,  
como la yerba del balletero, que hasta llegar a él, como a su -  
centro, no para. Huésped que con gusto convidamos y, una vez re-  
cibido en casa, con mucho trabajo aún es dificultoso echarlo de-  
ella. Es niño antojadizo y desvaría, es viejo y caduco, es hijo  
que a sus padres no perdona y padre que a sus hijos maltrata. -  
Es dios que no tiene misericordia, enemigo encubierto, amigo ---  
 fingido, ciego certero, débil para el trabajo y como la muerte -  
fuerte (Cap. V; pág. 471). En suma para él el amor, deseo de --

inmortalidad, sólo existe en función de uno mismo y, al no tener recipiente en el cual volcarse, muere víctima de su propia incapacidad. De allí concluimos que, siendo el amor el resorte que hace girar al mundo (como en verdad lo es para Alemán), las cosas y resultados de las acciones humanas serán invariablemente negativos: el matrimonio, la mujer, la sociedad entera y, en general la vida toda. Guzmanillo es su más vivo ejemplo. Ello no obstante, Guzmán lucha por ir contra la Fortuna para salir de sus tendencias y de sus vicios. Se vuelve implacable contra su propio destino sin llegar a conseguir, aun cuando lo pretende, ahogarse plenamente, convirtiéndose en definitiva en bestia (como más tarde lo hará Estebanillo González) o, en el mejor de los casos, cambiar de ruta. Su catolicismo lo invita a pensar en Dios, a ir a misa y a seguir sus costumbres de buen cristiano. Lo convida a buscar el lado positivo a los demás -como cuando en Italia sirve al Cardenal- o como, al ver el vicio en cabeza ajena, comenta que la muerte acecha y que el castigo eterno no se hace esperar. Sin embargo, al salir de misa se va a mariscar, es decir, a ver qué encuentra por mala manera. Exhibe sin cortapujos su cinismo y su falsedad; hace, después de un bello discurso contra el engaño, una descripción detallada acerca de las bellaquerías del Embajador su señor con cuanta mujer casada se topa en su camino, al mismo tiempo que él -Guzmán- se alza de hombros no inquietándose si no corren riesgo su vida y su momentánea comodidad.

Sin terminar aún el análisis de la obra ¿no se ve ya cla---

ramente que Guzmán es justo el tipo que más odia y repudia el calvinismo y con él todo el mundo moderno? Si la modernidad pregona el amor al trabajo, Guzmán lo desprecia; si la vida debe llevarse siempre sobre miras económicas y bases útiles, nada hay tan inútil como el pícaro, que vive de los demás sin tener noticia de lo que es el ahorro o el mundo progresista de los negocios. Si la mendicidad es el pecado, Guzmán, en su catolicismo, la ve como consecuencia lógica de la pobreza y, por ende, grata en todo a Dios. Se ve palpablemente que el mundo nuevo y el del pícaro llevan metas opuestas que alcanzar: se excluyen recíprocamente y si aquél desprecia a éste, Guzmán simplemente pasa a --- aquél por alto sin siquiera percatarse de que va en su contra. Guzmanillo es imaginativo, aventurero, impráctico, sin virtudes, y sí, en cambio, con muchos vicios; el hombre moderno que parte en gran manera de Calvino es, en cambio, razonable, sedentario, trabajador y, en su sentido, "virtuoso".

Pero no anticipemos demasiado. Volviendo a la obra de Alemán nos encontramos que el autor, como hombre de letras, erudito, humanista barroco, se da perfecta cuenta de la desgraciada situación política a la que han llegado los españoles en su tiempo. El español ya no es más el valiente guerrero temido por sus adversarios en todo el Universo; ahora, nos dice por boca de --- Guzmán ya estamos muy abatidos porque los que más nos han de --- honrar nos desfavorecen. El solo nombre español, que otro tiempo peleaba y con la reputación templaba dél todo el mundo, ya -- por nuestros pecados la tenemos casi perdida. Estamos tan fallidos, que aún con las fuerzas nos bastamos; pues lo que fuimos --

somos y seremos (Cap. IX; pág. 261). España ha sido pisoteada - pero no vencida en su honor; Alemán, con gran sentido del pasado pretende ser sin conseguirlo; se dice a sí mismo somos y seremos, con la convicción de que quizás jamás puedan los españoles volver a levantar cabeza. Y si esto no es así ¿qué otra cosa resulta el propio Guzmán, por lo menos objetivamente, si no lo negativo de la ya negativa España?; ¿qué es el pícaro si no un anticaballero, un individuo de mal vivir, espejo de una sociedad que sólo sirve para hundir más y más la reputación del suelo patrio? Natural resulta que España y sus tipos humanos sean vistos por el extranjero con incompreensión y desagrado.

Por lo demás, la atracción que ejerce en el autor -como entantos otros- su esplendoroso pasado histórico es demasiado fuerte y signo, también ello, de incapacidad de adaptación a una vida distinta: se sigue anhelando la época imperial. Por eso mientras por una parte Alemán crea un tipo vivo, retrato de su medio y de su psicología sociales, intercala relatos que recuerdan constantemente la grandeza anterior. ¿No son acaso Ozmín y Daraja - dos tipos perfectos de héroes españoles que ya en el siglo XVII - se lloran por ausentes? En estas narraciones el escritor da --- rinda suelta a su patriotismo al querer refugiarse en sistemas de vida tan legítimos como inactuales. Ozmín y Daraja, moros -- al fin, y enemigos de todo español, quedan insensiblemente convertidos en arquetipos humanos admirablemente idealizados. Alemán, nuevo Midas, toca, y a su contacto todo se convierte en nacional, estrictamente hablando; él mismo se sorprende y para ---

disculpar su actitud, convierte a la postre a sus héroes al catolicismo. Pero a pesar de ello es el pícaro y no estos relatos que huelen a viejo lo importante, lo "real" de la novela. Guzmán continúa contando sus aventuras y cada vez resultan más degradadas a medida que se avanza en la lectura de la obra. Llega a ser perjuro y hasta sacrílego y todo con tal de poder vivir -vocación al fin- de mala manera su existencia.

Al ver a Guzmán no podemos menos de recordar al otro incomprendido, si bien tan opuesto en todo, al pícaro: Don Quijote. La distancia que los separa es enorme; el abismo entre ellos infranqueable. Si Don Quijote sale a desfacer entuertos, Guzmanillo sale a "facerlos". Uno quiere aventuras: las provoca; el otro las pretende pero cuando pelagra su insignificante humanidad huye de ellas, las esquivo. Para Guzmán no hay honor ni gloria y es que, como dice Ortega y Gasset "es la época de Felipe IV la segunda generación que llega a la vida cansada de heroísmo imperial. Falta la empresa auténticamente sentida, con ello la tensión, y sin tensión se afloja la disciplina que mantiene al hombre "en forma". "El honor -agrega-, se ha vuelto una excrescencia de vegetación de exuberancia tropical que envuelve toda la vida, vaciándola de su serio contenido el cual queda suplantado por el más enroscado formalismo".(1) Parte del Guzmán (Caps. II, III y IV del Libro II) embiste contra aquella armazón artificiosa de la honra. (Ibidem).

(1).- Papeles sobre Velázquez y Goya; pág. 220.

Por su parte Don Quijote representa el ideal más puro, la regeneración por un camino de humano ascetismo. Es él el loco, el andante caballero que pretende, insensatamente, reformar al mundo y, como a Dulcinea "darle la salud que él no tiene". Guzmán, si bien positivo en cuanto a que da una gran lección con su vida, él mismo no es sino la degeneración que encarna en última instancia la vida española de la decadencia. Es por ello que en la unión de los dos se puede comprender en forma admirable el sentido completo del ser de lo español. España es lo uno y lo otro porque en ella alientan ambas posibilidades de vida: realismo e idealidad, ávido impulso de aventuras, desengaño e ilusión, gloria y decadencia. Si el Cid a veces se nos antoja -en --- cuanto caballero íntegro y pleno de honor- un Carlos V o un Felipe II, ¿no son acaso parecidas por su falta de heroicidad, las figuras de un Felipe IV o de un Fernando VII a un Guzmán o un Estebanillo González? Y sin embargo, como veremos el pícaro -en Guzmanillo sobre todo- tiene un trasfondo más que aún no hemos alcanzado.

La obra de Alemán tiene un carácter inequívoco, indiscutible: ha tratado de resolver el problema entero del género humano hurgando e -- investigando sus propios problemas y los de su patria, sin pensar que el "modelo" a imitar ya no es España. Es por ello que de lo particular, la narración se eleva a planos universales en los cuales podemos ver que la solución que el escritor propone es fundamentalmente cristiano-estoica, conforme a los cánones y formas de vida de los españoles del siglo XVII. Pero, a pesar de que sabemos por anticipado cuáles es esta solución que Alemán da a la vida ¿qué tipo de costumbres es, - en suma, el propuesto a todas las adversidades sufridas por el pícaro-

y por el pueblo en que ha tenido nacimiento? ¿Es quizás América en su amplitud de territorio, riquezas y gente nueva, en su fusión de razas, a donde Guzmanillo puede hallar consuelo a sus desgracias? Evidentemente no. Es cierto que, arrepentido de sus faltas, promete contarnos una tercera y última parte de su vida en Indias, pero lo más seguro, dada la índole católica del escritor, es que la hubiera terminado en la paz de un claustro, aunque no podemos conjeturar acerca de libros no escritos. En cuanto a la humanidad, que no debe guiarse por el pícaro ¿qué sentido tiene ese diferente camino? Guzmán entonces muy medievalmente nos contesta: ¿Qué tuvo Dios, qué amó Dios, qué padeció Dios? -- Trabajos. Pues cuando partiere dellos contigo, mucho te quiere, su -- regalo eres; fiesta te hace: sábelo recibir aprovechándote della. No creas que deja de darte gustos y haciendas por ser escaso, corto ni -- avariento. Porque si quieres ver lo que aqueso vale, pon los ojos en -- quien lo tiene, los moros, los infieles, los herejes. Mas a sus ami-- gos y a sus escogidos con pobreza, trabajos y persecuciones los ban-- quetea (Cap. VIII; pág. 503). En una palabra es la conformidad, nos dice, lo que nos queda por tener; no la acción, sino la contemplación, ya que en ella está la verdadera esencia de Dios. En este último párrafo podemos comprobar en definitiva lo que dijimos en principio, o sea que la forma de vida moderna es en todo distinta a lo que opina el español, a lo que hacen el pícaro y Don Quijote, inoportunos ambos en este nuevo panorama de vida y acción. Son los "herejes" los dueños -- del dinero; por eso se desprecia su poder en forma tan admirable y sin -- cera. Es natural que Erasmo y su sentido de prudencia, Calvino y su -- sentido de trabajo y pragmatismo, sean abominados por Alemán y, por --

tante, desconocidos por Guzmán de Alfarache.

La situación lastimosa de la España del XVII, política y socialmente hablando, es resultado del castigo celestial por los abundantes "pecados" que el español ha cometido. Alemán en esto ha sido sincero. Su obra -en doble plano de picaresca y de moral- explica su momento -- histórico. Todos los problemas planteados en ella han sido resueltos de acuerdo con la visión católico-española del mundo y de la vida. La riqueza, el amor carnal, los apetitos mundanos en suma, quedan prohibidos en esta obra de corte ignaciano en tantos aspectos. Los hombres con ella tienen ya una pauta que Alemán no ha hecho sino recordar y -- poner en claro, y el pícaro promete regenerarse en el futuro.

Es Guzmán de Alfarache el pícaro más real de la picaresca; es el que, como hemos dicho, más directamente parece salir de la vida, el -- más completo y propio de toda la rama picaresca; sin él, ésta no tendría el valor artístico y humano que posee. Con Guzmanillo avanzamos un paso más en nuestro recorrido y comprendemos al pícaro con más profundidad, más intensamente. Es, como hemos podido notar, un hombre -- excluido de una serie de posibilidades que se abren para todos aquellos que no sean como él. Pero, ¿qué le importa a Guzmanillo quedar -- excluido de una esfera de acción determinada y de un mundo moderno si vive en España? Su patria lo maltrata, lo mete en galeras, es cierto, pero a pesar de todo lo comprende al universalizarlo en el arte, identificándose con él en tantos aspectos. Y ¿no es esto precisamente -- la comprensión- lo más importante en su vida, lo que Guzmán más ha deseado y jamás conseguido en sus mil y una diarias aventuras?

Concluyendo podemos decir que al analizar la obra vemos que en --

toda ella no hay sino un afán de justificación, por parte de Alemán, - hacia el pícaro, a su vida insana y pecadora. Pero justamente por -- ser pecador el pícaro tiene una posible redención y en definitiva ha de salvarse. Hemos notado que a pesar de ser pícaro es el bienquisto de Dios, y no puede ser de otra manera. Dios ama al pecador mientras sea pecador, pues tiene un máximo empeño por reivindicarlo. No así - ocurre con el otro, el hereje, que aunque sea virtuoso no es el amado, el elegido. Guzmán no es otra cosa que el ser cansado, afligido, derrotado, es verdad, pero en último término orgulloso de ello, pues su derrota es la del cristiano que encuentra en este mundo un valle de - lágrimas, valle en el cual, al fin y al cabo, lo ha puesto Dios. Por eso al justificar Alemán al pícaro, justifica a lo español en última- instancia. España ya ha perdido su gran aventura del caballero andan- te; ahora se ofrece a sí misma otra nueva y la encuentra en el andra- joso hombrecillo que, por ser criatura divina, pobre y desamparada, y aún pecadora, es un ser metafísico. Después de aquella grandiosa --- aventura humana, España se propone como posibilidad de salvación esta aventura trascendente del pícaro.

No es explicable en otra forma que Guzmán (en sí mismo anti-hé- roe), encarne la conciencia española y por ello se convierta en héroe, en cuanto realización artística y símbolo histórico. Los pueblos por lo general buscan siempre lo mejor para volcar su sentido de heroici- dad y por ello un hombre de la gravedad de Alemán lo encontrará en el pícaro, mientras los otros países lo hallan en algo tan distinto a él como es el financiero. En definitiva el pícaro resulta -y en ello -- una vez más la paradoja- una especie de Amadís de la España del siglo XVII: es el héroe que la representa y la salva ante Dios.

III.- EL PICARO GROTESCO

- - - - -

En el apartado anterior hemos visto que la picardía alcanza en muy breve tiempo su más alta cima con el Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán. Lo "picaresco", esa posición que un determinado tipo de hombre adopta frente a sus circunstancias, se ha perfilado en él con absoluta claridad. Por lo demás Guzmán tiene, a pesar de ser pícaro (o más bien por serlo), un rango histórico que lo coloca en la categoría de héroe. Esta heroicidad suya nos da la clave más íntima de su ser y hace que nosotros estemos en la posibilidad de captar más cabalmente las otras novelas que encontraremos en seguida a nuestro paso.

Pero el pícaro no es uno solo, evidentemente. Cambia y se modula en las manos del escritor a donde llega. Cada novelista le imprime, como es natural, rasgos constitutivos de sí mismo y de allí resulta una gama de picardía admirablemente matizada. Si Lazarillo es, como hemos comprobado, ingenioso y alegre; si Guzmán pesimista y cruel-consigo mismo, ahora con Pablos nos toparemos con un pícaro singular y diferente, en cuanto a que sus caracteres específicos lo hacen en cierta forma distinto de los dos anteriores. En efecto, la Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños (escrita antes de 1601; publicada en 1926), es una pequeña novela en la cual vemos sutilezas, engaños, invenciones y modos, nacidos del ocio para vivir en la droga narrados en la forma genial y única en que sabe hacerlo quien es, sin lugar a dudas, el mejor estilista de la España de la Edad de Oro. Pocos libros habrá que puedan competir con éste en ingenio, vivacidad y agilidad mental, y -

ello basta para que la picardía, con él, tenga -junto con Alemán-, su más grande expositor. La novela es tan buena en sí, que más vale -- prescindir de elogios ya que ella sola se los tributa en cuanto se abren sus páginas ante nuestra curiosidad. Por lo demás, nadie tan-- indicado como Francisco de Quevedo Villegas para captar la psicología de los pícaros. No sólo los conoció de manera objetiva, sino que él mismo, en una de las múltiples facetas que presenta en su vida, nos muestra la picardía más auténtica que cabe imaginar.

Escribir la vida de un pícaro, nos dice el escritor en la presentación que hace de su libro al lector tiene más deleite si se conoce y se describe con gallardía, que otras invenciones de mayor ponderación. Pablos -al seguir en esto la tradición de sus hermanos- -- empieza por contarnos su nacimiento y su origen: su padre es barbero; su madre, que no era cristiana vieja, padecía grandes trabajos recién casada, y aún después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos para sacar el as de oros (Cap. I; pág.12). Su génesis es pues, como puede colegirse, bastante peculiar. Toda la obra, por lo demás, está salpicada de un humorismo punzante que nos produce una doble sensación de gusto y desagrado al mismo tiempo. La madre de Pablos, inspirada probablemente en Celestina, hubo fama de que se reedificaba doncellas; resucitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos; otros algebrista de voluntades-desconcertadas, y por mal nombre alcahueta y flux para los dineros de todos (Ibidem); pero ésto, a pesar de que a veces "avergüence" al héroe (ya podemos usar el vocablo sin comillas), no por ello lo molesta o perjudica esencialmente, antes al contrario, con cinismo se alza de

hombros y se ríe de estas agravantes circunstancias que lo rodean.

El argumento de la obra es bien sencillo en compensación con el barroquismo del idioma, difícil de entender, sobre todo por su sutilísimo juego de vocablos, muchas veces a primera vista anfibológico. En pocas palabras el escritor nos dice que Pablos, al huir de su casa, dá como criado de un jovencito rico el cual llega a estimarlo tanto que se hacen amigos por muchos años. Juntos pasan a estudiar a casa del licenciado Cabra, dueño de un internado, y de allí, por hambre, se salen para dar con sus cuerpos en Alcalá de Henares, en la famosa Universidad, en la cual Pablos, al igual que su amo, trata de estudiar. Otros azares lo llevan más adelante hacia Segovia, a recoger la herencia de su padre, muerto por entonces; de allí salta a Madrid, a la Corte, en donde vive aventuras sin fin, encontrándose con tipos de mal vivir que más adelante analizaremos con algún detenimiento. Vive entre pícaros, aprende el oficio admirablemente, y alguna que otra vez se hace limosnero, no sin dar a veces con sus huesos en la cárcel. Tiene algunos lances amorosos, todos ellos, como es de esperarse, muy desgraciados, en que las más veces resulta apaleado y cruelmente castigado. Se hace representante de una compañía de comedias; más tarde poeta y escritor y luego galán de monjas (bellaco monjil), última aventura amorosa cuyas propiedades se descubren lindamente. Se va después a Sevilla y por último embarca a Indias, no terminando en el libro su agitada historia.

Por lo que se ve, las cosas que le ocurren son simples aventuras sin trascendencia, pero en el Buscón lo importante estriba no en lo que pasa sino en cómo pasa, es decir, la forma en que tales suce-

tos quedan referidos. Pero al reflexionar sobre el verdadero carácter de la novela nos preguntamos ¿por qué ha escrito Quevedo una obra de este tipo? ¿qué representa el Buscón en su propia historia y en la de la novela picaresca? ¿qué lo ha hecho idear, como comprobaremos, -- un personaje en forma grotesca? Es verdad que entre líneas leemos -- una crítica a la sociedad y a las costumbres de la época, pero fundamentalmente este libro es la diversión que se proporciona a sí mismo -- un hombre lleno de preocupaciones y de puestos públicos, que, al querer olvidarse de todo, juega en el Buscón con la vida, en la forma -- más regocijada -pero amarga en el fondo- que nadie ha ideado jamás. ~~El~~ ~~Quevedo filósofo, moralista, pensador~~ profundo, está presente en todas las -- páginas de la vida de Pablos, como es obvio, pero al mismo tiempo se percibe una lucha que Quevedo realiza al tratar de salirse de una parte de él mismo que tanto le aburre. Es pues, la suya, una treta que inventa para reírse a sus anchas de su vida y de la de los demás, como pudiera hacer -como hace- el más genuino pícaro en la realidad.

Vossler afirma que es el Buscón el paso del pícaro de entre las filas de los protagonistas de una literatura humorística a los de los ejemplos y moralidades. Nos dice con su finura acostumbrada que "este Buscón no es un hombre, no es él mismo sino, como dice el subtítulo, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños" (1). A nosotros nos parece, pese a todo, una errónea interpretación. El Buscón dista mucho de ser un ejemplo, a pesar de que Quevedo lo haga notar y de que, al final del libro, diga claramente que nunca mejora su estado quien-

---

(1).- (Opus cit.); pág. 71.

muda solamente de lugar y no de vida y costumbres. Cuando Quevedo -- quiere hacer ética, la hace de verdad y no dando una pincelada des - cuidadamente, que eso y no otra cosa, es la ética de la obra. Véase - al moralista en los Sueños, en la Política de Dios, gobierno de Cris - to o en la Vida de Fray Tomás de Villanueva, ascética esta última en - todos sus aspectos. Quevedo en el Buscón hace pura y simplemente pi - cardía y por tal motivo la obra resulta tan absolutamente picaresca, - todo lo cual no contradice el sentido histórico que tiene, no sólo -- para el pícaro en sí, sino para la propia España.

Es obvio, por lo demás, que no encontramos en este tacaño el do - ble plano de picardía y moral de la obra de Alemán, ella sí con ten - dencias reformadoras en un sentido humano y social. Si el Buscón tie - ne su moraleja -que no moral- es porque a pesar de Quevedo mismo le - resulta difícil no aconsejar a la humanidad con el ejemplo de otros, - ya que no puede hacerlo con el propio, tan alejado de las buenas cos - tumbres.

La obra resulta una caricatura genial; es la vida pero total -- mente adulterada, llevada por un camino cómico-grotesco. Pablos es - el pícaro desfigurado, quizás por ello más pícaro que todos los otros juntos. Es, pudiéramos, decir, el "archipícaro" que vive en un mundo donde todos los defectos se ven con lupa, enormemente agrandados. Es - to nos conduce a traslucir una sociedad ridícula y una forma de ser - y unas costumbres que no se dan en la vida ordinaria. Todo está sa - tirizado, deformado, lo cual ofrece una apariencia monstruosa, diver - tida y aparatosa. Y sin embargo, el del Buscón es un Quevedo amargo, - cruel, como el que tenemos en los Sueños; su sátira nos repugna tam -

bién a veces por lo escatológico de la forma. Es enconada y hasta --  
venenosa como en esos Discursos suyos, por otra parte lo más importan-  
te de su producción. Todos los personajes que cruzan ante nosotros-  
las páginas de la novela nos dan la sensación de estar enmascarados, -  
como en carnaval. Los ejemplos son infinitos y por "sui generis" no-  
dejaremos de anotarlos. Con dos pinceladas deja perfectamente "ma --  
quilladas" a estas marionetas a las que maneja hábilmente.

Hé aquí la lista. Comienza por Pablos mismo, a quien en la es-  
cuela los niños le toman mala voluntad: Unos me llamaban don Ventosa;  
cuál decía, por disculpar la envidia, que me quería mal porque mi ma-  
dre le había chupado dos hermanitos pequeños, de noche (pág. 15). El  
más famoso y mejor logrado es sin duda el Dómine Cabra Los ojos aveci-  
nados al cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y-  
oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la  
nariz entre Roma y Francia, porque se le había comido de una búas de-  
resfriado, que aun no fueron de vicio, porque cuestan dineros; las --  
barbas, descoloridas del miedo de la boca vecina, que, de pura ham --  
bre, parecía que amenazaba a comérsela; los dientes, le faltaban no -  
sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagabundos se los habían --  
desterrado; el gazzate, largo como avestruz, con una nuez tan salida,  
que parecía que se iba a buscar de comer, forzada de la necesidad; --  
los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una.-  
Mirado de arriba abajo, parecía tenedor, o compás con dos piernas lar-  
gas y flacas; su andar, muy despacio... (págs. 20-21). Es cabra la -  
avaricia en caricatura, pues basta que nos diga Pablos que nos hizo -  
una plática corta que por no gastar más tiempo no duró más para que -

lo entendamos de esa manera, haciendo caso omiso de lo restante. Es natural que en el internado que regentea este hombre, la comida no sea nada abundante: trajeron caldo en escudillas de madera, tan claro, que en comer en una de ellas peligraba Narciso más que en la fuente (22). Uno de los muchachos discípulos de Cabra, Surre, el vizcaíno, estaba tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y entre tres no la acertaba a encaminar de las manos a la boca. Es natural que en este ambiente de hambre, Pablos se lamenta, no desaprovechando la oportunidad de decirnos escatológicamente: ¿Cómo encareceré yo mi tristeza y mi pena? Fué tanta que, considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé, aunque tenía gana, echar nada de él (24). Por ello, cuando llega la noche de ese día comenta que cenaron y cenamos todos, y no cenó ninguno. En la casa de Cabra hay una vieja que queda descrita en la siguiente forma: era tan sorda, que no oía nada; entendía por señas; ciega; y tan gran rezandera, que un día se le ensartó el rosario sobre la olla, y nos la trujo con el caldo más devoto que jamás comí (27). La limpieza de esta vieja es tal que Los viernes nos solía enviar unos huevos con tantas barbas a fuerza de pelos y canas suyas, que podían pretender correjimiento o abogacía (Ibidem). Mas adelante, al recordar a su propia madre una vez más nos dice que halláronla en su casa más piernas y cabezas que una capilla de milagros, y lo menos que hacía era sobre virgos y contrahacer doncellas (52).

En el camino de Alcalá a Segovia se encuentra a un arbitrista-loco (que por lo demás todos lo son en esta obra, graciosamente dis-

paratados). Tiene este hombre un delirio de grandeza tal que dice a Pablos que ahora lo pienso imprimir (habla de un documento) con --- otros trabajillos entre los cuales le doy al rey modo de ganar a Os- tende por dos caminos (54). ¡Y del estudiante de esgrima al que encuentra también en el camino, sátira en contra de don Luis Pacheco de Narváez, enemigo personal del autor, qué es si no una admirable caricatura?: Daba un salto y decía: "Con este compás alcanzo más, y gano los grados de perfil; ahora me aprovecho del movimiento remi- so para matar el natural; ésta había de ser cuchillada, y ésta, tajo (57). Dice tantas insensateces que ni Pablos mismo las entiende.

En seguida le toca el turno a un clérigo muy viejo, al cual topa cuando va camino a Madrid; éste es el diálogo: ¡Cosa admirable! pero sólo reparo en que llama v.m. señor san Corpus Criste, y Corpus Cristi no es santo, sino el día de la institución del santísimo sa- cramento" "¡Qué lindo es eso! -me respondió haciendo burla- yo le daré el calendario, y está canonizado, y apostaré a ello la cabeza (61). La obra nos dá a veces la sensación de que el mundo entero no es sino un juego de sordos en el que nadie se entiende, todos ven -- por sí mismos y cada quien tira hacia donde puede y a la hora en que le viene en gana. Este culto clérigo al que Pablos encuentra es el autor de una importante obra, El arca de Noé en la cual todo se hace entre gallos, raposas y jabalís, inconveniente por el cual aún no ha podido ponerse en escena. Viene inmediatamente después un soldado, el cual Quitóse el sombrero y mostróme el rostro: calzaba diez y siete puntos de cara, que tantos tenía en una cuchillada que le partía- las narices (68); en seguida un ermitaño, tan astuto en el juego, --

que deja sin un centavo a Pablos y el soldado, por lo que el protagonista, lleno de temor al perder su dinero dice que me comí las uñas mientras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda (71). Como tal ermitaño es de buen apetito metióse sesenta huevos. ¡No vi tal en mi vida! Entre tanta gente a la que encuentra Pablos, está un genovés que todo lo juraba por su conciencia, aunque yo pienso que conciencia en mercaderes es como virgo en cotarrera, que se vende sin hallarse (73). En casa de su tío, a donde llega por la herencia de su padre, como ya se ha dicho, un amigo de aquél, mulato, zurdo y bizco, entra en escena: traía la cara de punto, porque a puros chirlos la tenía toda hilvanada (75). A veces resulta macabro en sus exageraciones, como cuando al comer pasteles afirma que después de haber quitado las hojaldres, dijeron un responso todos, con su requiem aeternam, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes (76). Por lo demás, el tío tenía la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio accado y el otro nadando en mosto (77). Cuando llega a la Corte (Libro II, Cap. I) ve que a las doce y media entró por una puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies, más raída que su vergüenza. Allí en la Corte la pasa tan mal que todos los que me veían me juzgaban por comido; y si fuera de piojos, no erraran (97). Un tal don Cosme, la hipocresía hecha comcidad besaba la tierra en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos a las mujeres, pero las faldas sí (103).

Después de muchas andanzas él -Pablos- y los pillos amigos suyos van a dar a la cárcel. Allí encuentra a un preso al que llamábanle el Jayán; decía que estaba preso por cosas de aire, y así, sos

peché yo era por algunos fuelles, chirimías o abanicos. Y a los que le preguntaban si era por algo de esto, respondía que no, sino por pecados de atrás, y pensé que por cosas viejas quería decir, y al fin averigüé que por p... Por lo que era tan maldito, que traíamos todos con carlanças las traseras como mastines, y no habría quien osase ventosearse de miedo de acordarle donde tenía las asentaderas (107). Los presos que la pasaban muy apretados estaban como mo liendres en cabellos o chinches en cama.

Luego hace el amor a una rubia, y se hace pasar como nigromante; pero la moza es pretendida por un portugués que suspiraba más que beata en sermón de cuaresma; otro, un catalán la pretendía por lo bravo; y si no era poner huevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente. (115) Las mujeres como de costumbre en todas las obras de Quevedo, salen muy mal paradas; en cuanto ve la oportunidad la aprovecha diciendo que no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presunción.

La lista sería interminable y por ello es necesario remitir al lector al propio libro. Como puede comprobarse por las citas anteriores, esta farsa no llega a ser más que eso y el Buscón es él mismo siempre y no un "ejemplo," aun cuando nos lo haga saber así el propio autor. Sin embargo, Pablos viene siendo el "pequeño pícaro" si se compara con el grande, el propio Quevedo. Ya dijimos al principio de este capítulo que una de las tantas facetas que presenta su personalidad es en efecto ésta. Pícaro, por supuesto, a la alta escuela. Al recordar su vida, nos encontramos con que fué uno de los nombres que tuvieron más fama, no ya sólo como hombre de letras, si-

no como político y hombre de acción.

Quevedo entra y sale de Palacio cuando quiere; va por las calles de Madrid charlando con sus amigos para enterarse de todo; hurta y escudriña en los bajos fondos de la ciudad acechando el vicio y la corrupción. Lo mismo escribe obras serias que sátiras mordaces. Se burla de todos y en particular de sí mismo. ¿A quién si no a una mente de tipo picaresco se le podría haber ocurrido escribir cosas como la Premática contra los poetas gñeros o las Gracias y desgracias del ojo del c...? ¿A quién, si no a un pícaro, el pensar coplas como las que hizo contra Góngora y Alarcón? Recordemos aquellas que escribió precisamente para mortificar al irascible Góngora:

Ya que coplas componéis,  
ved qué dicen los poetas  
que, siendo para secretas,  
muy públicas las hacéis.  
Cólica dicen tenéis,  
pues por la boca purgáis;  
satírico diz que estáis,  
a todos nos dáis matraca:  
descubierto habéis la c...  
con las c...s que cantáis.  
De vos dicen por ahí  
Apolo y todo su bando  
que sois poeta nefando,  
pues cantáis el c... así.

O sus letrillas burlescas, en las que nos dice:

Por angelito creía,  
doncella, que almas guardabas  
y eras araña que andabas  
tras la pobre mosca mía

Siempre metido en pleitos, Quevedo no perdona a nadie; es intrigante, malo y hasta chismoso. No siempre íntegro consigo mismo. Tiene, es verdad, algunos afectos (como el que profesa a Osuna), pero las más de las veces carece de ellos y pasa de un bando a otro --

-en todos los terrenos- contradiciéndose en opiniones. Lo sabe todo y todo lo comenta. En Venecia, en la famosa conjuración, es sabido que al ir a ser muerto se salva gracias al ardid de disfrazarse de mendigo y a que conoce perfectamente el veneciano. Sin embargo, entre otras muchas, hay una característica que lo aleja de esta similitud con el pícaro: su valentía. Quevedo es hombre de honor, como -- buen castellano, y por ello capaz de desafiar a un desconocido al -- afrentar éste a una señora; se bate con él y lo mata a la salida de la iglesia, independientemente, claro está, de que él es el peor y -- más enconado enemigo de la mujer. Es demasiado heterogéneo para caber dentro de una sola modalidad. Sin embargo, al recordar su vida azarosa y llena de inquietudes, ¿no nos vienen a la mente las andanzas de su propio Buscón? Por eso resulta tan importante Quevedo en la picaresca, porque no sólo nos ha dejado un libro extraordinario -- que la encumbra, sino su vida que la ejemplifica. Quevedo, pícaro -- en tantas formas, hace de su pícaro literario lo que quiere, hasta -- dejarlo en verdad grotesco, haciendo sátira, para divertirse, de la vida picaresca y, por ende, en parto, de la suya misma.

Pero en el fondo de todo esto y a pesar de que el Buscón está en cierta forma tan alejado del desencanto inmenso del Guzmán, ¿no se ve en él asimismo una desgracia? Consiste en que España mira ahora hacia abajo, sacando a sus héroes de las bajas clases del pueblo, en lugar de hacerlo, como antaño, de caballeros andantes o de santos. -- Pero esto ya no debe sorprendernos, pues la actitud de Alemán lo ha explicado bien claro. Tan héroe es Guzmán como Don Pablos, paradigmas ambos de la España vencida pero, en todo caso, siempre preferida

por Dios.

La vida del Buscón de Francisco de Quevedo es, en definitiva, la caricatura genial de una sociedad ruïnosa: lo grotesco que ridiculiza todo a su contacto. Es una tragicomedia en el sentido en que nos muestra, con humor incomparable y a carcajada limpia, a un pueblo sumido en una tragedia de la que sólo podrá aliviarse conservando una autenticidad en su derrota. Por lo demás, una vez encaminada la posición del español que se encuentra a sí mismo, lógicamente, en el pícaro, Quevedo nos permite percibir con claridad que en Pablos se llega a la deformación de esa misma posición. Esto sucede en la paradoja que implica la elección de un héroe que es un pícaro. Quevedo sabe, acepta que el pueblo español está representado en el pícaro; comprende el sentido de ese nuevo héroe y lo que hace es burlarse de que el español rezuma su vida en él. Pablos no es sino la extremosidad chillona y deformada.

En última instancia la caricatura resulta lo único que se le ocurre a Quevedo para lastimarse a sí mismo; él, que sólo vive para la España de Carlos V y de Felipe II. El Buscón nos produce la sensación de ser el dedo que lastima la llaga abierta. En él se ve que el pícaro -al principio sólo especie en la sociedad española- acaba por ser la sociedad española entera: es la representación de la vida de un coloso con pies de barro que al fin ha terminado por caer, vencido por su propio peso.

IV.- EL PICARO ENDEMONIADO  
- - - - -

Francisco de Quevedo Villegas es el gran exponente de la sátira en la historia de la literatura de los Siglos de Oro. Nunca, antes o después, encontró España otro pensador que poseyera la fuerza, el vigor y el ingenio que en él vemos sólo como algunas de sus múltiples - cualidades intelectuales. No es de extrañar, por tanto, que tuviera, en este terreno, continuadores que fueron, por ello precisamente, gran des admiradores suyos. Entre éstos se cuenta el famoso dramaturgo, - uno de los más grandes ingenios españoles, Luis Vélez de Guevara. La personalidad de Guevara es, sin embargo, bien distinta, en la vida -- diaria, de la de Quevedo. Es sabido que fué un hombre de una vida tris te, gris, rodeado de miserias y siempre con los bolsillos vacíos, lle no de hijos y cargado de deudas. Jamás tuvo la oportunidad de contar con un buen empleo que lo ayudara con sus gastos y, al tener esto en cuenta, pensamos que el escritor tuvo que estar, indudablemente, muy amargado. Falleció en 1664, con tantas deudas que en su testamento declara que "por el presente estoy muy alcanzado y necesitado de ha-- ciendas para poder disponer y dejar las misas que yo quisiera por mi alma".<sup>(1)</sup> Parece ser, ello no obstante, que su jovialidad y su "don de gentes" nunca lo abandonaron y que tuvo siempre amistades que pu-- dieron hacerle sus penas más llevaderas. Gracioso, afable, intelligen te y gran conversador, Luis Vélez de Guevara es una personalidad ---- atractiva. Por otra parte, quizás para alejarse algo de su produc---

---

(1).- Prólogo anónimo a la edición consultada de El Diablo Cojuelo.

ción dramática y probar la novela (o mejor dicho el relato), escribió El Diablo Cojuelo (hacia 1641) obra por la cual, a pesar de no ser en verdad una novela, lo hemos incluido en este estudio de la picaresca; es en ella precisamente donde encontramos la misma ruta -ideológica y formal-, que sigue su ilustre contemporáneo.

Guevara es aquí un conceptista en el más estricto sentido de la expresión y por ello su Diablo Cojuelo es difícil de entender tanto o más que el propio Quevedo. "Discurso" de no muy grandes proporciones, procede de la sátira de Rodrigo Fernández de Ribera Los antojos de -- mejor vista y de los Sueños de don Francisco, en particular del intítulado El mundo por de dentro; escrito, digo, con el cual el dramaturgo logra una altura comparable a la alcanzada por el autor de los Sueños. Es natural, empero, que difiera en algunas cosas de éste, materia que en su oportunidad analizaremos.

El Diablo Cojuelo es una sátira inteligentísima contra la vida y la humanidad del tiempo de Guevara. En ella se reflejan los vicios, - la corrupción y la inmoralidad a la que ha llegado la España del siglo XVII; el autor se vale de artificios como lo son el simbolismo y las abstracciones (la ambición, la avaricia, etc.) para criticar y -- atormentar a una sociedad insana. Dos son los principales protagonistas de la obra: Don Cleofás, un estudiante pobre, y el Diablo Cojuelo, un pequeño demonio que le sirve de guía en el recorrido que ambos han de hacer a través de algunas poblaciones de España. Es Cojuelo, usando términos de picardía, un "lazarillo" de Cleofás, ciego para ver la ignorancia y la maldad ajenas, al cual instruye sabiamente el diablillo.

Cleofás al huir de la justicia que le venía a los alcances por un estupro que no había comido ni bebido, que en el pleito de acreedores de una doncella al uso estaba graduado en el lugar veintidose--no, pretendiendo que el pobre licenciado escotase solo lo que tantos--habían merendado (Tranco I; pág. 11), va a dar a una buhardilla habitada por un alquimista y astrólogo, encontrándose como es natural, -- con un enorme desorden de redomas, tubos de ensayo y aparatos propios a tales estudios. Allí oye (pues que el astrólogo no está en ese momento) una voz lastimera que Cleofás no acierta a saber de dónde proviene. Por fin se da cuenta de que la voz parece salir de una redoma y es nada menos que la del Diablo Cojuelo, aprisionado en ese incómodo lugar. Cleofás lo saca de allí, ya que Cojuelo le promete salvarlo de la justicia en pago del servicio de devolverle a él la libertad. Hecho lo cual, los dos, en alas de una desenfadada fantasía, se van a hacer un recorrido por el Madrid nocturno, que a esas horas boqueaba de coches por el Prado.

La obra se desarrolla ágilmente y el diálogo de ambos personajes nos permite enterarnos de su contenido. Siempre perseguidos, se escamotean no sólo de la justicia que le sigue los talones muy de cerca a Cleofás, sino de los diablos que han sido avisados por el indignado astrólogo y que pretenden castigar a Cojuelo. Tienen que huir de Madrid y van a dar a Andalucía, a Córdoba y luego a Huelva, patria del propio Guevara; después llegan a Sevilla y el Discurso termina cuando Cojuelo es aprehendido, para gran asombro de Cleofás que queda desengañado de que hasta los diablos tienen sus alguaciles y -- que los alguaciles tienen a los diablos. (pág. 120). El -Cleofás-, no

tiene por tanto más remedio que volverse a estudiar a Alcalá.

Dividida en lo que el autor llama "trancos", la narración nos hace pensar en la sociedad de la época y sus costumbres. Al igual que Quevedo, Guevara critica todo y nada queda fuera de sus sagaces pero negativos comentarios. Cojuelo, gran conocedor de los hombres, los desmenuza con sus juicios y los hace aparecer desnudos, sin artificio, ante la presencia del joven estudiante. El diablejo opina en contra de la Corte, de la que dice que Bien hayan los berros, que nacen unos entrepernados con otros, como vecindades de la Corte, perdone la malicia de la comparación (pág. 17); agregando que es como un puchero humano que hierve de hombres y mujeres, unos hacia arriba y otros hacia abajo, y otros a través, haciendo un cruzado al son de la misma confusión; allí están todos pretendiéndose engañar los unos a los otros, levantándose una polvareda de embustes y mentiras, que no se descubriría una brizna de verdad por un ojo de la cara (pág. 29). No le satisface tal tipo de vida, pero diablo y cínico al fin, no dice cuál es la que debe pretenderse; simplemente se ríe de todo sin proporcionar medios de acción distintos.

Pero éste es sólo el comienzo. Ayudado por su ingenio fácil y verba abundantísima, Cojuelo guía a Cleofás y destapan los tejados de las casas de Madrid, como gran pastel al que se ha de quitar la corteza, si se quiere gustar de su sabroso contenido. En efecto, levantando a los techos de los edificios, por arte diabólica, lo hojaldrado, se descubrió la carne del pastelón de Madrid como entonces estaba, patentemente, que por el mucho calor estuvo estaba con menos cerebros, y tanta variedad de sabandijas racionales en esta arca del

mundo, que la del diluvio, comparada con ella, fué de capas y gorra (pág. 18). Cojuelo advierte a Cleofás que quiere que se dé cuenta de cómo funciona este teatro donde tantas figuras representan, las más-notables, en cuya variedad está su hermosura.(19) Y una vez que el teatro abre sus puertas a los dos indiscretos espectadores ¡vaya espectáculo!; todos los actores desfilan, pero como por arte de magia- (obsérvese la similitud con Quevedo), por un lado se ven con trajes- y ornamentos, disfraces y máscaras y por el otro completamente desnudos. Es decir, el mundo se presenta ante ellos con sus dos caras, - verdad e hipocresía, sinceridad y engaño, ser y parecer, y todo esto sin que los hombres mismos puedan evitarlo. Toda esta presentación nos recuerda al joven guiado por el Desengaño, un viejo barbado, --- cuando en El mundo por de dentro ven una cuerda bajo la cual está -- en un determinado momento como por arte de hechizo, toda la humanidad:

-¡Ea, gente! Cuerda, alto a la obra.

No lo hubieran dicho, cuando de todo el mundo que estaba al otro lado se vinieron a la sombra de la cuerda muchos y en entrando eran- todos tan diferentes, que parecía transmutación o encanto. Yo no conocí a ninguno.

-¡Válgate Dios por cuerda -decía yo-, que tales atropelías haces!

El viejo se limpiaba las lagañas, y daba unas carcajadas sin -- dientes con tantos dobleces de mejillas, que se arremetían a sollozos mirando mi confusión. (El mundo por de dentro; pág. 205)

Como a Cojuelo le da asco la gente, arrea con ella sin piedad:-

salen en pintoresco desfile alquimistas, maridos engañados (a uno de los cuales mientras duerme le están sacando a su mujer, como muela, sin sentillo, dos soldados), arbitristas, ciegos enamorados, una gramaticón que perdió el juicio buscándole a un verbo el gerundio (pág. 34), letrados, un sastre que está siempre cortando y cosiendo garchas (35); un músico sinsonte que remeda los demás pájaros y vuelve de cada pasaje como de un parasismo (Ibidem): todos estos y también historiadores, ricos avarientos y médicos. No por ser la lista ya en sí bastante completa, se libran los extranjeros (italianos, ingleses y franceses principalmente) y muchos otros más.

La baja nobleza encoleriza al Diablo tanto o más que los pequeños gremios de trabajadores. De los hidalgos dice vuelve allí los ojos, verás cómo se va desnudando aquel hidalgo que ha rondado toda la noche, tan caballero del milagro de las tripas como en las demás facciones, pues quitándose una cabellera, queda calvo; y las narices de carátula, chato; y unos bigotes postizos, lampiño; y un brazo de palo, estropeado; que pudiera irse más camino de la sepultura que de la cama (pág. 26). Por lo que se ve, en esta clase de gente todo es falso, oropelesco y absurdo. Y es que, al igual que Quevedo, Guevara tiene un gran sentido de la nobleza española y por ello critica en forma tan cruda a la que ha venido a menos. También como el autor de El mundo por de dentro, que nos enseña en este sueño la "Calle de la Hipocresía", Don Luis con Cojuelo nos conduce a la "Calle de los Gestos", que solamente saben a ella estas figuras de la baraja de la Corte, que vienen aquí a tomar el gesto con que han de andar - aquel día, y salen con perlesía de lindeza, unos con la boquita de -

riñón, otros con los ojitos dormidos, roncando hermosura, y todos con los dedos en las manos, índice y meñique, levantados, y esotros, de Gloria Patri. Pero salgámonos muy apriesa de aquí; que con tener estómago de demonio y no haberme mareado las maretas del infierno, me le han revuelto estas sabandijas, que nacieron para desacreditar la naturaleza y el rentoy (pág. 30). En esta calle es indudable que habitan los herejes, a los que el Diablo, insólitamente, también desprecia, en lugar de estar, por su propia naturaleza, de acuerdo con ellos; por lo menos Cojuelo tendría que estar satisfecho de poder llevarselos a todos al infierno: Aquel -dice Cojuelo- es el serenísimo infante don Fernando, questá por su hermano gobernando los estados de Flandes, y es arzobispo de Toledo y cardenal de España, y ha dado al infierno las mayores entradas de franceses y holandeses que ha tenido jamás después que se representa en él la eternidad de Dios, aunque entren los de Jerjes y Darío, y pienso que ha de hacer dar grada a mujeres de las luteranas, calvinistas y protestantes que siguen la seta de sus maridos, tanto, que los más de los días vuelve el dinero el purgatorio (pág. 96). Curioso diablo es éste que Guevara hace salir de los infiernos para decirnos cosas, al parecer, tan contradictorias. ¿Quién es en verdad este Diablo Cojuelo? ¿Por qué critica, siendo como es, un diablo, y por ello mismo, más que nadie, criticable? ¿Será la humanidad tan mala que todos los diablos son menos malos que ella por sí sola?

Es evidente, por lo demás, que Cojuelo está enteradísimo de todo, como por arte de magia aprendido de Satanás, su augusto padre. La Fortuna es, por su parte, también repudiada por él. No es de ningún-

modo (por lo menos en apariencia), una enviada directa de Dios; todo-  
lo contrario: no es sino un componente de varias fuerzas, a cual más-  
negativas, que se impone y gobierna a los hombres: Esotra que viene -  
-prosiguió Cojuelo-, que parece que va preñada, es la Ambición, que -  
está hidrópica de deseos y de imaginaciones. Esotra es la Avaricia,-  
que está opilada de oro, y no quiere tomar el acero, porque es más ba-  
jo metal. Aquellas que vienen, con togas largas y anteojos, sobre mi-  
notauros, son la Usura, la Simonía, la Mohatra, la Chisme, la Baraja-  
(la contienda), la Soberbia, la Invención, la Hazañería, dueñas de la  
Fortuna (pág. 74). Así pues todas ellas son, como dijimos, la guía  
de los hombres, ya que la Fortuna, su dueña y consejera, es sólo fiel  
sierva de las otras, grandes vicios que como columnas sostienen al --  
mundo. No hay nada bueno en este desfile alegórico: todo contaminado,  
sucio, desagradable. Pero la pintura no es, con mucho, tan amarga co-  
mo la de Quevedo en los Sueños o en La hora de todos; parece que, a -  
pesar de los temas mismos, asoma a la obra un algo de regocijada ani-  
mación.

Hasta este momento el análisis del "discurso" ha resultado por-  
sus mismas citas-, entretenido e interesante. Pero ¿qué relación hay  
entre él y nuestro tema? ¿Qué conexión tiene el Diablo Cojuelo y la-  
figura del pícaro, tema fundamental de este estudio? Es obvio que Co-  
juelo, como hemos podido ver, no es sino un personaje simbólico: la -  
conciencia, la crítica inteligente que en él toma cuerpo. Tal críti-  
ca es, sin embargo, sólo eso, crítica pura, pues el Diablo, como buen  
demonio, no propone (lo hemos visto), nada ético o positivo. Vélez -  
de Guevara hace de él -como Quevedo del Buscón- un instrumento de bur

la y diversión, sin proponer doctrinas morales.

Pero examinando la psicología de Cojuelo, nos damos cuenta también de que actúa, vive y piensa muy semejantemente al Buscón. Es travieso, ingenioso, divertido y aventurero; a veces, como Pablos, malo, cobarde y envidioso. Critica a una sociedad tan pervertida como él mismo. Sus circunstancias azarosas lo llevan, al final de la obra, a una "condenación" que es sin duda, el malhadado camino al cual, --- aparentemente, desembocan todos los pícaros. En definitiva, si Cojuelo actúa y piensa como un pícaro ¿no es este diablo una especie de pícaro simbólico? Hemos afirmado que es él, que representa la conciencia de la sociedad y de la vida, lo cual podría parecer un contrasentido si no hubiéramos visto que dentro del sentido español del mundo cabe perfectamente esta aparente paradoja. Simboliza, en efecto, la crítica y la conciencia, sin dejar no obstante de ser en él, los dos, modalidades picarescas, tal y como se dan cabalmente en el pícaro. El pícaro, al comprender sus circunstancias y las ajenas, se da el lujo de criticar todo, sin por ese hecho, naturalmente, pensar en reformar la sociedad o modificarse positivamente a sí mismo. El pícaro, ya lo hemos visto, constituye en el fondo otro problema: sin proponérselo justifica en forma trascendente a su pueblo y lo salva, lo cual no obsta para que como ser humano, es decir, en terrenos inmanentes, sea un ser negativo.

El Diablo Cojuelo es el artificio del cual se vale Guevara para mofarse de una vida que a él, en verdad, nada bien lo ha tratado. El que Cojuelo sea diablo y juez al mismo tiempo, constituye la más intrincada de las sátiras, ya que la humanidad es en este sentido burlesco del relato, peor que el propio demonio. Como si fuera poco lo-

anterior este pícaro diablo contempla y convive con una atmósfera de pícaros (el mundo entero lo es para Guevara), como podemos notarlo al leer una significativa página de la obra: La Postillona, llamada desde nombre porque pedía a las veinte limosna, no dejando calle ni barrio que no anduviese cada día, tuvo palabras con la Berlinga, tan larga como el nombre, que había sido senda de Esgueva a Zapardiel, sobre celos del Duque; y la Paulina, que apellidaban así porque maldecía a quien no le daba limosna, se picó con la Galeona, que llamaban desta suerte porque andaba artillada de niños que alquilaba para pe--  
dir, sobre haber dicho unas palabras preñadas al Marqués sin dar causa su señoría de ello, metiéndose la Lagartija y la Mendruga a revolverlas más, y el Piedepalo a las vueltas, con las fuerzas de Hércules,  
que eran dos pobres, uno sobre otro, que a no meterse Zampalimosnas,  
que era el garitero, de por medio, y Pericón el de la Barquera y Embudo el temerario, Tragadardos, Zancayo, Peruétano y Ahorcasopas, hubie-  
ra un paloteado, entre los pobres y pobras, de los diablos. El Duque y el Marqués interpusieron sus autoridades, y para quietallo de todo-  
punto enviaron por un particular, que trujo luego Piedepalo, para pagarle de bonete, que fueron unos ciegos y una gaita zamorana que muy-  
de cerca de allí se recogían, que fué menester pagárselo adelantado -  
por que se levantasen, y se concertó en treinta cuartos, y dijo el Du-  
que que no se había pagado tan caro particular jamás, por vida de la-  
Duquesa. Y al mismo tiempo que entró Piedepalo con el particular, -  
se entró entre ellos Cienllamas...etc. (pág. 108).

¿Pero la idea de la Fortuna, Divina Providencia del católico; - el diablo mismo, no son temas metafísicos a los cuales Guevara cari-

caturiza? Es el mismo problema que tenemos cuando examinamos al Quevedo de los Sueños. Uno y otro escritores hacen burla de los temas del más allá, pero no, evidentemente, por anticatólicos o herejes, como de primera intención pudiera parecernos; lo hacen justamente por lo contrario, es decir, por la gran familiaridad que el católico tiene al tratarse con Dios. Vélez de Guevara es, como todos sus coterráneos, católico, y por eso su obra resulta teñida de españolismo y catolicismo, modalidades tan afines como inseparables. Si Cojuelo no va de acuerdo con los herejes es porque antes que diablo, aunque ello mueva a risa, es católico; si se ensaña contra holandeses y franceses es porque los dos son pueblos contaminados por la Reforma y contrarios por ello a lo español. Pero esto no contradice la esencial picardía de Cojuelo. El pícaro es, una vez más lo afirmamos, español y católico, aunque sea mal español a veces y mal católico casi siempre, ya que sus costumbres son rechazadas y condenadas por la religión. Pero basta que un pícaro -Pablos por ejemplo-, se vea en peligro de morir, para que de inmediato pida a gritos confesión, sabiendo de antemano, por lo demás, que ha de salvarse, ya que el suyo es un Dios de la misericordia y del perdón.

La obra de Guevara es por conceptista, enormemente complicada, llena de metáforas que unidas una a otra, nos dan mágicamente la aclaración del rebuscamiento que envuelve al escritor. Por ello resulta en cierta forma barroco el argumento que nosotros mismos nos hacemos para explicarnos este Diablo Cojuelo, pero sólo así encontramos lo que, a nuestra manera de ver, es una sensata solución. Cojuelo es, como dijimos al principio, un "lazarillo" que guía los pasos de la humanidad (Cleofás en este caso) que quiere y debe aprender mucho acer-

ca de su propia naturaleza. Es él quien encamina los pasos del estudiante pero no hacia un camino sano, sino por el contrario, a uno inseguro y perdido. ¿Qué distinto este pícaro diablo barroco del demonio serio y austero que la tradición religiosa nos muestra! ¿Cuán lejos del Lucifer dantesco o del satanás de Milton, tan graves ambos -- aun cuando entre sí sean tan diferentes! En Guevara este diablo pequeño, cojo (por haber caído sobre él otros mil diablos cuando fueron todos arrojados del Paraíso), es igual en todo a ese tipo de humanidad a la cual hemos considerado pícaresca.

El Diablo Cojuelo de Luis Vélez de Guevara es la gran obra barroca de la picardía, simbólica y alegórica, pero al fin y al cabo con un gran sentido del hombre y de la vida. En ella la lección se trasluce, a pesar de Guevara. Cuadro de costumbres, más que una novela, a los que dan unión los dos personajes centrales, presenta un pícaro a primera vista distinto, sobrenatural, que sin embargo en el fondo va unido en una igual ideología con el Buscón; ambos son dos representaciones de una misma deformación: Guevara, como Quevedo, sabe que -- el pícaro es el símbolo histórico de España; conoce que con él ha de salvarse, sólo que a diferencia de Alemán, que toma muy en serio el problema, Guevara extrema aún más la deformación de Quevedo. Por otra parte, Cojuelo a su vez nos conduce a un conocimiento más pleno de la literatura de la época, ingeniosamente variable y rica en modalidades y caracteres. Es ella a su vez, la que nos ha puesto en contacto con la picardía desde un ángulo que, pese a las semejanzas que tiene con Quevedo, resulta, en cierta forma, nuevo y original. La trayectoria que perseguimos nos llevará ahora a conocer a otros dos--

pícaros más, con los cuales, en nuestra forma de pensar, este género de literatura quedará, en cuanto tal, esencialmente terminado.

V.- EL PICARO IMPOSTOR

- - - - -

Hasta ahora Lazarillo nos ha llevado de la mano -nuevos ciegos - de su propia historia- y, desenvuelto con distintos nombres, ha logrado hasta un cierto punto adentrarnos lo más posible en las intimidades de su vida. Desde él hasta Cojuelo hemos recorrido casi un siglo dialogando con la picaresca en la forma más humana que nos ha sido dable.

Pero el pícaro sigue una ruta que aún no ha llegado a su término y esta vez entrega su triste y raída figura en manos de un novelista- que al vestirlo con mejores galas lo disfraza de tal suerte que, al menos por lo pronto, lo hará ocultar su verdadera identidad. Al definir lo picaresco dijimos que era una cierta manera de actuar, de responder frente a determinadas circunstancias, de ser, en una palabra, - Pícaro, afirmamos, es todo aquel que quiere serlo (naturalmente si se tienen ciertas tendencias), ya que lo mismo el señor de un castillo - que el mozo último de su servidumbre pueden tener esa inclinación sui generis que los coloque en definitiva dentro de la vida picaresca. - Por lo demás, es Alonso de Castillo Solórzano quien nos dará a un pícaro que, como asentamos ya, cambia sus harapos para poder sacarle a la vida mejor provecho. En este caso parece que -de momento y en --- apariencias- sí es el hábito el que hace al monje, y el pícaro se refina al romper su propia esfera social y colarse hábilmente en otras - más altas en afán de robar, estafar y hacer lo que está de acuerdo -- con sus ancestrales y nunca olvidadas costumbres, por lo demás para - nosotros ya tan conocidas.

Para entender este cambio de escenario, de vestido y hasta de -- teatro tenemos que analizar en la vasta producción del escritor tres-

novelas que nos bastarán para conseguir nuestro propósito. Son ellas La niña de los embustes, Teresa de Manzanares; Aventuras del Bachiller Trapaza, quinta esencia de embusteros y maestro de embelecadores, y La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas, escritas entre los años de 1631 y 1642. Redactados en un modernísimo castellano, con gran finura y llenando plenamente su cometido de novelas picarescas, estos tres textos nos revelan a uno de los mejores escritores de la Edad de Oro española, poseedor de un estilo con tendencias en cierta forma anti-barrocas que hace que lo sintamos, por esta razón, muy cerca de nosotros. Estas novelas están cortadas, digamos, por un mismo patrón, y por ello forman una manera de grupo que explica admirablemente la transformación, en parte formal y en parte ideológica, que el pícaro sufre.

De los tres principales personajes que hay en tales obras, dos de ellos son mujeres y por ello, por vez primera nos encontramos en este estudio conque el pícaro viste faldas. En efecto, Teresa de Manzanares es la protagonista que se presenta con su embuste a los ojos de todos. Son por tanto el fraude y la hipocresía las características principales de esta mujer, huérfana ya desde los diez años. Como es costumbre en las novelas picarescas, Teresa cuenta su origen, relatando primero la historia de sus padres. Por lo demás la obra tiene, según nos lo hace notar el escritor, una intención: habrá de saber el señor lector, de cualquier estado que sea que la novela encaja perfectamente en tiempos de malicia como es este, por lo que no habrá de admirarse de que Teresa se identifique en último término con su medio y de que, como es natural, el relato vaya a dar cabida no sólo a un

pícaro principal -Teresa misma- sino a otros muchos que hacen las circunstancias aún más agravantes. Advertimos que como la novela es --- esencialmente difícil de describir en su argumento, al contener enormes cantidades de anécdotas, enredos e intrigas, nos limitaremos por ello a narrar lo fundamental para la mejor comprensión del análisis.- Como decíamos, su madre, gallega de nacimiento, queda pronto viuda - puesto que el padre de Teresa muere de gula y embriaguez. La gallega entonces se busca de inmediato un amante como única posible solución a su infortunio. Teresa por tanto no hace sino recoger la picardía y por legítima herencia y los malos hábitos que esta trae consigo.

Pronto se desliga de su madre y va a entrar de lleno en el teatro de la vida. Sirve a una tal Teodora, señora con la cual Teresa - hace las veces de Celestina; luego se casa y más tarde enviuda. Moza y hermosa, contrae matrimonio de nuevo y esta vez el marido es un viejo celoso que, al hacerle insoportable la vida a Teresa, ésta quiere divorciarse, pero caso raro, tienen horror a dar ese paso por temor de su "honra". Por lo que se colige, aún posee algún sentido de lo que es el honor, pero pronto dice adiós a esta honra suya y engaña -- al marido con el licenciado Sarabia, estudiante (pícaro él también), - con el cual formará pareja adecuada. Pero el castigo no se hace esperar y el adulterio le trae fatales consecuencias: su marido, al descubrir el engaño, muere de pena. Teresa se arrepiente y llora, pero con el fin de evitar el sufrimiento y olvidarse de este molestísimo incidente, que le podría impedir su vida de libertinaje, se va de su antiguo hogar y entra al servicio de una condesa, casa en la que ve oportunidad de prosperar socialmente.

Teresa es mujer de ingenio, cualidad que muestra constantemente en la trayectoria de sus aventuras; critica, hace chismes y pasa por encima, como hemos visto, de todo aquello que pueda alejarla de su ideal de vida. Una muestra de este ingenio y de su gala de buen humor lo tenemos cuando en casa de la duquesa hace burla del ama de casa, la cual era grandísima ayunadora por esforzar esto, y seguían todos su estilo, excediendo las obligaciones del precepto, y dilatándose por el calendario adelante: a San Dionisio, ayunaban por el dolor de la cabeza; a Santa Lucía, por la vista; a Santa Polonia, por las muelas; a San Blas, por la garganta; a San Gregorio, por el dolor de estómago; a San Erasmo, por el de vientre; a San Adrián, por las piernas; a San Antonio Abad, por el fuego; a San Vicente, mártir, por las fiebres; a San Antonio de Padua, por las cosas perdidas; a San Nicolás, obispo, por remediador de doncellas, y, finalmente, a San Crispín por la duración de su calzado. Todo lo cual le proporcionaba grandes provechos, sobre todo en la preservación de apoplejías y aumento de su dinero (Cap. VIII; pág. 1321). Con la amenidad propia de Cervantes, Castillo Solórzano nos sigue contando la vida de Teresa. Viajera incansable, va de una a otra parte de España (Madrid, Sevilla, Córdoba, Málaga), unas veces burlando, otras, siendo burlada. Topa con un ermitaño y éste, a manera de narración distinta, cuenta su historia, aun cuando más tarde estos temas se aprovecharán para la propia vida de Teresa; por lo demás no faltan en la historia del ermitaño elementos macabros, tan del gusto de la España del XVII.

Hasta aquí encontramos en realidad pocas situaciones picarescas si bien todo escrito con exquisita gracia; sin embargo, pronto echa-

mos de ver que Teresa, en su afán de hacer mofa (pícaro más lograda ya), llega a una maldad verdaderamente atroz, como cuando un "capón" la va a ver para que le dé un remedio que consiga hacerle nacer barba. Ella le dá una agua con la que todo el rostro tenía llagado y no así como quiera (según supimos de los que lo vieron) sino con heridas para curarse en muchos días (Cap.XII; pág. 1338). El autor, magnífico poeta, encuentra ocasión para intercalar entremeses de tipo picaresco con los cuales ilustra a veces las bromas de Teresa. Sus diálogos son siempre picantes y divertidos. Sirva de ilustración el siguiente ejemplo:

Yo vi un hombre en Madrid que se ofrecía,  
con dos unturas, a dejar preñada,  
dentro de un mes, la vieja más pasada.  
Acudió a su posada mucha gente,  
y el picarón, más cauto que inocente,  
antes de ver del mes el día postrero  
acogióse y llevóles el dinero (ibidem)

Y más adelante, en el mismo entremés:

Seis años ha, señor, que soy casado  
por mi desdicha, y como no he barbado  
en todo aqueste tiempo, le prometo  
que no me tiene mi mujer respeto;  
ella lo manda todo, ella gobierna,  
y yo sufro con paciencia eterna.

El "lampiño 2o." de la pieza dramática, cuenta su nacimiento en esta forma:

Ha siete lustros,  
o cinco si no son siete,  
puede hacer que me engendró  
mi padre Onofre Gutiérrez.  
Prenada de mi mi madre,  
dióle un mal de madre un viernes,  
de comerse un melón de agua  
que quiso todo comerle.  
Dos médicos, no muy doctos,  
la recetan que la echen,  
para aplacársele el mal,  
una ayuda de agua fuerte.

Recibióla, y yo que estaba  
descuidado y en su vientre,  
recibi el escopetazo  
del jiringal pistolete.  
Como era el septimo mes  
de su preñado, le vienen  
al instante los dolores,  
y nací en el mismo viernes  
con la barba desollada  
Sané della en tiempo breve,  
y al darme el bautismo santo  
porque helarme no pudiese  
el agua, mandó el padrino  
mezclarla con más caliente;  
echóse hirviendo en la pila,  
chapuzóme el doctor Lesmes  
abrasándose las manos  
y yo de nuevo peléme. (Ibidem)

En estas cosas, que en otro tipo de mujer serían inconcebibles, se le va la vida a Teresa. Aprovechando la historia que el ermitaño le cuenta, hace un embuste en Málaga, al hacerse pasar por la hija de un rico señor (que en otro tiempo fué secuestrada por moros), pero se aclara el engaño y ella tiene que huir. Sus costumbres fáciles a veces le acarrearán resultados funestos: riñas y muertes de galanes que la pretenden, lances de capa y espada, a más de otras situaciones que no nos parecen muy propias de pícaros por el mismo cariz que tienen. Pero ello se debe en parte a que siempre trata Teresa de subir peldaño a peldaño la escala social que tanto la preocupa. Se hace comedianta, oficio por el cual podemos darnos cuenta de la vida y costumbres del medio artístico de la época de Felipe IV. Por lo demás sus amoríos constantes (nunca verdaderos amores), le juegan algunas veces malas pasadas y ella, vengativa siempre, trata por esta manera de salir adelante sin importarle el mal que ocasiona.

Satírico a más de costumbrista, el autor se ensaña en contra de los médicos a los cuales odia (quizás por influencia de Quevedo y Gue

vara); Teresa los llama peste y contagio universal. Más adelante se vuelve a casar, ya viuda de Sarabia, con un individuo celoso al que engaña con un amante. En seguida quiere hacerse pasar por gran señora y se llega a olvidar del todo de su esposo, por lo que éste la abandona. Hipócrita y astuta, en Toledo muda de nombre y pesca a un rico; pronto parecióle buen éxito hacerle alguna estafa y la lleva a cabo dando lugar a episodios enormemente divertidos como lo es aquel en que, para burlar al rico, lo espanta con un criado suyo, al que previamente ha hecho pasar por muerto. Vuelve a la Corte, la cual, según Teresa Recibióme como madre y yo, como hija suya, alegréme de ver sus costosos edificios, sus nuevas fábricas, ocasión para aumentar cada día más vecindad a costa de las ciudades y villas de España, pues lo que aquí sobra de moradores viene a hacer falta en ellas, despoblándose por poblar la Corte, hechizo que hace con todo género de gente (Cap. XIX; pág. 1378). Conocedora magnífica de los hombres estafa a un genovés; pero éste acaba por vengarse y tiene Teresa que huir a Alcalá en donde, finalmente, casa con un mercader, hombre miserable cuyos infortunios merecen contarse en nuevo volúmen.

Pero Don Alfonso de Castillo Solórzano, sin embargo, no dedica a esta pícara otro libro. Por el contrario, la deja en el olvido y crea ahora un tipo de varón, el bachiller Trapaza, quinta esencia de embusteros y maestro de embelecadores. Zamarramala, Segovia, es patria del ridículo asunto de esta breve historia, y del más solemne embustero que han conocido los hombres (Cap. I). Trapaza, travieso desde niño se aficiona ya desde esa edad al juego de Juan Bolay y su existencia estará por eso en su mayor parte -azar sobre azar- cimen-

tada en el juego de cartas. Hace trampas y por supuesto casi siempre gana. Pero el bachiller dista mucho de ser, como hemos apuntado, harapiento y andrajoso; por el contrario Era osadísimo y presto en los buenos oficios que tenía, con que presto le calificaron por un muy fino cortesano (Cap. II; pág. 1390). Ya estudiaremos más adelante a este pícaro de Corte para hurgar su más profundo sentido. Como es natural, se enamora (hasta donde puede hacerlo un individuo como él), y para lograr sus propósitos se hace pasar por caballero. Sin embargo, como todos los pícaros, no siempre sus tretas le salen bien; con frecuencia es descubierto, echándole sus enemigos en cara su "humilde cuna," lo cual lo avergüenza y confunde. Por lo que se ve, empieza ya a perfilarse un pícaro distinto, alrededor del cual se habla de "celos", de "humildad de cuna" como cosa vergonzante, de "odios" y otras circunstancias más que no habíamos encontrado en los héroes de las novelas anteriores.

Pícaro de más categoría tiene, como Teresa, un criado a su servicio. Corre todos los caminos de España y siempre pretende ser lo que no es, para engaratusar a las gentes (como cuando pasa por indiano rico del Perú). Poco erótica, la novela no registra datos de tal índole, si bien Castillo nos dice que Trapaza se hace amante de una criada, Estefanía, convertida a la postre en pícaro: ambos se van a Andalucía y en el camino, para entretenimiento de los propios personajes, el autor intercala una narración de tipo amoroso-costumbrista, igual a las otras que están diseminadas en la obra. En esto no vemos sino la tendencia -ya analizada en Alemán- que tienen los escritores de la decadencia por vivir en este tipo de relatos la gran-

deza anterior, refugio de sus males presentes. La novelita, admirablemente bien construida, acaece en el ambiente de la Roma Imperial, pero el autor nos hace tan vívida descripción de su apogeo, que en ella vemos constantemente reflejada la España del Emperador.

Más adelante topamos con el pícaro en Córdoba, donde pierde a Estefanía por pleitos y celos de los dos, y se une a Pernia, otro pícaro a gran escala con el que realiza una grande y original estafa. Pernia se disfraza de la monja Alferez (muy popular por entonces en España) y logra Trapaza exhibirlo con muy buenas ganancias, explotando la credulidad del populacho. Después toma asiento con un caballero de Sevilla y se instala en su finca.

Más claramente que en Teresa de Manzanares vemos en Trapaza una tendencia predieciochoesca y cortesana, en la cual se admite ya la influencia de las costumbres y la moda francesas. Notamos que el ambiente empieza a dejar de ser auténticamente español. Castillo se da cuenta de esto e intercala versos en contra de la falta de originalidad de su pueblo:

Al comprar un guardainfante  
un marido a su mujer,  
estas razones le dijo,  
poniendo la vista en él:

Uso nuevo de los diablos,  
embuste de Lucifer  
trujo a España, porque tenga  
el segundo mal francés;

Aunque no eres mal de madre,  
le presumes parecer,  
pues siempre de panza en panza  
en estaciones te ven

.....  
¡Cuántas gordas por el uso  
no se quieren conocer,

y a cualquiera que se pone  
la haces jurar de tonel!

¡A cuántas prestas volumen,  
que en vigor Matusalén  
las alcabas del mondongo  
hizo pasar la vejez!

¡A cuántas que te han comprado  
suples va la desnudez,  
trayéndoles enjaulada  
una camisa arambel!

¡Cuántos vientres, sin ser rastro,  
cubrirás con una pez,  
y al llamarte guardaínfante  
guardademonios diré!

.....  
Y a ser, como eres de esparto,  
de metal de una sartén,  
por cencerro bien tocado  
pudieras servir a un buey.

Al cambiar de amos -característica del todo picaresca-, sirve-- Trapaza a un tal Don Tomé, al parecer inspirado en la figura de Don-- Quijote. En la finca en la cual pasan una temporada, un grupo de ami-- gos suyos hacen burla del pobre hombre, aprovechando el humor y la -- gracia de Trapaza, riéndose a una de la evidente locura de Tomé. Lo-- asustan por medio de trucos de aparecidos y les causa risa el que es-- té enamorado de una jovencita que por supuesto no ha de corresponder-- al pobre viejo. La novela llega a veces a un cierto preciosismo (co-- mo en esta parte) que le resta naturalidad y encanto. A pesar de la-- agilidad que Castillo Solórzano sabe imprimirle a sus pícaros, éstos, como se ve, distan mucho de ser los genuinos pícaros analizados ante-- riormente, sobre todo en cuanto a costumbres. En ello la obra tiene alguna semejanza con lo que será la picaresca fuera de España, como - Gil Blas de Santillana, que es un falso pícaro en cuanto que pretende

ser español sin jamás conseguirlo, pues no presenta en esencia las características del pícaro de la novelística castellana, con su profunda tragedia histórica (1). Trapaza es, no obstante, un pícaro español, como comprobaremos al finalizar este apartado.

Mas adelante el bachiller, siempre metido en malas artes, es robado en Jaén. Hay nuevos enredos y Trapaza se va esta vez a Madrid, estableciéndose en la Corte. Sin pensar ni por un instante en cambiar de costumbres, Bien le habría favorecido a Trapaza la suerte si él supiera usar bien después de haber adquirido mal; pero al igual que Guzmán empeora por momentos. Se vuelve a encontrar con Estefanía, la cual pretende ser ahora dama de partes y gran alcurnia; se identifican y vuelven juntos a sus andanzas. El la engaña de nuevo y la antigua criada en venganza lo acusa de falso caballero por tugués, título que ha adoptado Trapaza con descaro, por lo que es en carcelado y condenado a doscientos azotes y varios años de prisión en galeras. La vida de este "maestro de embelecadores" no termina, empero, con el libro, pues la Garduña de Sevilla está conectada con él como segundo volumen en el cual Rufina, nuevo personaje central de Solórzano, es hija de Estefanía y Trapaza. En esta obra vemos que el bachiller termina sus días al batirse a duelo (una vez más lo cortesano y caballeresco), con el burlador de su hija.

Rufina por su parte "enaltece" las virtudes de sus antecesoras y aún les **saca** un palmo de ventaja. Es ella la picardía de las pi -

---

(1).- Es evidente que el Abate Lesage no tomó al pícaro con la conciencia en que lo hacen los autores españoles, sino simplemente como figura literaria de gran atractivo.

cardías, más que la misma Teresa de Manzanares. Como ésta, joven, bella y astuta, se desliza por la vida haciendo al prójimo todo el mal que puede. El autor advierte en este nuevo libro que las suyas no son cosas fingidas; que el relato en esta aventura está tomado de la vida, por lo que resulta, en todos sentidos, verídico. El asunto de este libro -nos dice- es llamar a una mujer Garduña por haber nacido con la inclinación de este animal de quien hemos tratado, fué moza libre y liviana, hija de padres que, cuando le faltaron crianza, eran de tales costumbres que no enmendaron las depravadas que su hija tenía. Salió muy conforme a sus progenitores, con inclinación traviesa, con libertad demasiada y con despejo atrevido. Corrió en su juventud con desenfrenada osadía, dada a tan proterva inclinación, que no había bolsa reclusa ni caudal guardado contra las ganancias de sus cautelas y llaves maestras de sus astucias (Libro I; pág. 1492). Hay en esta historia una moraleja que nos dice que Sirva, pues, de advertimiento a los lectores esta pintura al vivo de lo que con algunas de este jaez sucede que de todas hago un compuesto para que los fáciles se abstengan, los arrojados escarmienten y los descuidados estén advertidos pues cosas como las que escribo no son fingidas de la idea, sino muy contingentes en estos tiempos. (Ibidem)

Parecida en el corte a las dos anteriores, la novela es magnífica expositora de las costumbres de la época. Hay venganzas, enredos, duelos, amoríos, odios, celos, en todo lo cual Rufina es principal personaje y promotora. La pícara vive más bien que mal, aun cuando la Fortuna no siempre esté de su lado. Como Teresa, se casa y engaña al marido; enviuda y empobrece. Enamora en seguida a un --

avaro al que roba. Hace viajes incontables y se va de Sevilla a Madrid a buscar mejor modo de vida por parecerle que aquella Corte era un mare magnum, donde todos campan y viven, y que ella pasaría mejor que otra con su moneda, si bien adquirida en mala guerra (Libro II; - pág. 1516). En los diálogos se nota una cierta aristocratización -- del lenguaje que obedece también a una tendencia afrancesada, pese -- al propio autor. A un genovés lo estafa con el trillado timo de la piedra filosofal; el enredo resulta chistoso porque Rufina lo hace -- creer que el oro se saca de los orines de un muchacho de pelo bermejo, amén de otras mezclas tan importantes como misteriosas. La sátira está evidentemente lanzada contra los alquimistas, a los que el autor dirige versos de gran efecto:

Alquimistas mentecatos  
más que codiciosos ricos  
que en multiplicar haciendas  
ponéis todos los sentidos  
.....  
Hombres de cascos baldados  
ligeros de colodrillo  
que para mofa de todos  
traéis a sesgo el juicio,  
¿en qué fundáis la intención?  
¿en qué estriba ese capricho  
que corrupción de materias  
engendren oro subido?  
¿Putrefacción de excrementos  
ha de producir al hijo  
del sol, que navega a España,  
de donde le inquirere el indio?  
¿De cicuta ponzoñosa  
del opio veneno impio  
ha de formarse un metal  
del mundo el más pretendido?



PHILOSOFIA

Lo curioso del caso, por otra parte, es que Rufina se encuentra casi siempre en su camino con pícaros disfrazados de señores, como ella misma. Por eso su trabajo es a veces mayor, pues es obvio --

que resulta más difícil engañar a un pícaro que a uno que no lo es. >Entre estos aparentes hombres de bien, topa la protagonista con Crispín, un falso ermitaño que no es sino el jefe de una bien organizada banda de ladrones. Rufina lo enamora, descubre su secreto y una vez en posesión de éste entrega a Crispín a la justicia para poder de este modo cargar con el botín. La novela es bastante extensa e interrumpida continuamente por relatos intercalados en la forma acostumbrada, casi todos contando sucesos de amor entre nobles. No obstante, la vida de esta pícara es menos artificial que las de Trapaza y Teresa. La obra termina cuando Rufina decide poner una tienda de mercaderías, prometiendo el autor una segunda parte que no llega a cumplir.

"El más fino y urbano de nuestros novelistas picarescos" (1), llama Valbuena Prat a Castillo Solórzano y, en verdad, nada más cierto. Hábil, culto y buen conocedor de la picardía, Castillo, como anticipamos, transforma al personaje dándole un matiz que antes no posee. Primeramente el pícaro gusta de llevar una existencia azarosa, es verdad, pero sin entusiasmarse mucho en poder prosperar; es más, si logra conseguirlo, se siente incómodo y fracasa siempre en este nuevo estado. Cuando Pablos, por ejemplo, va a casarse con alguna joven de cierta posición, es en el acto descubierto y ha de huir vergonzosamente, continuando su vida aventurera. Guzmán por otra parte, las veces que llega a tener algo de dinero (siempre mal habido) los golpes de suerte lo hacen volver a ser el pobre diablo que es cuando empieza a correr mundo. Es verdad que a los pícaros de Solór

---

(1).- En prólogo y notas a La novela picaresca española.

zано les sucede algo parecido, pero tanto Pablos como Guzmán viven--  
^miserablemente, sin disfraces, un poco "cara a cara" a la vida, si --  
acaso pudiera darse esta situación en un pícaro, sin pensar (aun --  
cuando algunas veces pasen por caballeros) que otra identidad les --  
puede, de una manera contundente, traer el triunfo: son pícaros ne -  
tos, pudiéramos decir. Los pícaros de Solórzano, en cambio, saben -  
que sin la máscara, sólo como pícaros, no hacen nada. Tienen que --  
ocultarse siempre, vivir como si fuesen otros, nunca ellos mismos. -  
La dramaturgia es su principal habilidad y constituye su mayor arma.  
Tanto Teresa, como Trapaza, Pernia, Estefanía, Crispín o Rufina -pí-  
caros todos educados en una escuela de mentira- están disfrazados: -  
son la hipocresía. Rufina y Teresa de grandes señoras, al igual que  
la miserable Estefanía; Trapaza algunas veces como caballero indiano  
del Perú, otras como caballero del hábito de Cristo, hurtando el ape-  
llido de los Mascareñas de Portugal. Pernia de Monja Alférez, lo --  
que es ya el colmo, y Crispín de santo y buen ermitaño. El pícaro -  
de Castillo Solórzano es pues, un tipo de individuo que reniega de -  
sí porque sabe que es la única forma no sólo de conseguir lo desea -  
do, sino en definitiva de vivir. Y justamente por ser la hipocresía  
la técnica distintiva de su carácter, ¿acaso no nos recuerdan la gran  
comedia francesa de Moliere que es el Tartufo? A Tartufo mismo, por  
su forma de vida, le llaman pícaro dentro de la obra (1).

---

(1).- Damis a Elmira: "Demasiado tiempo ha gobernado el pícaro a mi-  
padre, y ha estorbado mis amores así como los de Valerio. Pre-  
ciso es que se desengañe este facineroso y el cielo me ofrece-  
un fácil recurso para ello (Acto III; escena cuarta).

El pícaro no nace caballero y roba el título; pero desgracia -  
damente para él no es noble de verdad y por ello fracasa cuando tra-  
ta de serlo. Esto nos indica que a pesar de sus vistosas ropas y de  
sus corteses ademanes, el pícaro no deja nunca de ser él mismo, por-  
más que lo pretenda. Por lo demás, se ve que las obras de Castillo-  
Solórzano no nos dicen nada en contra de la sociedad y sus costum --  
bres degradadas (fuera de algunos comentarios pequeños), o contra la  
política del tiempo, pero en cambio nos presentan el vivo reflejo de  
una España corrompida y venida a menos que tiende a lo baladí e inú-  
til. La influencia (ya desde ahora perceptible) de la moda france -  
sa, anuncia el predominio de Luis XIV; es portadora del sentido que  
se le imprimirá a la vida bajo este nuevo orden de cosas establecido  
por la Europa moderna. "Trapaza -como Teresa o Rufina- es un Buscón  
urbano, con elegancia de Corte de Felipe IV" (1), si bien difiere mu-  
cho del héroe quevediano. Los celos, el odio, la vergüenza que sien-  
ten estos pícaros por su cuna humilde son elementos que anteriormen-  
te no habíamos encontrado por no ser genuinamente picarescos, es esa  
pretensión que tienen los personajes de Solórzano de ser caballeros-  
y damas de alcurnia, que acusa una psicología, como veremos, muy dis-  
tinta de la de los pícaros hasta antes de él estudiados. Trapaza no  
puede jamás ser escatológico, repugnante como el Buscón: no es, tam-  
poco, amargado y triste como Guzmán. Es oportunista, listo, como --  
aquéllos, pero sabe, mejor que sus antecesores, que a la vida hay que  
darle la vuelta, no salirle a la cara, si se quiere triunfar. Por -

---

\* (1).- Valbuena Prat, Angel: (Opus cit.)

ello el mensaje que nos da es bien distinto del de los otros. Estos nuevos pícaros son, pues, "cortesanos"; viven como caballeros ilustres, si bien las rópas les quedan flojas y a veces, sin pensarlo, se les caen a los pies.

Pero ¿no vemos acaso en ellos, en este juego que presentan en -- sus circunstancias, a la propia España? Cuando, al finalizar el reinado de los Austrias Felipe V, -el francés nieto de Luis XIV- toma el trono español, la pobre España queda directamente sujeta al dominio -- del Rey Sol. Entonces se forma una conciencia especial, de crisis -- histórica, en la que se libra la lucha que los españoles tienen consigo mismos. Por un lado, se quiere ser sí mismo, conservarse con autenticidad, aunque sea en el fracaso; seguir adelante con las propias formas de vida, a pesar de que éstas estén ya viejas y marchitas. Es el atraso, es verdad, o, si se quiere, el estancamiento, pero como ya dijimos, lo auténtico. Por otra parte existe el impulso hacia lo aje no, el "querer ser como", pues se sabe que en ello está implícito el triunfo, la gloria, el subir por rutas distintas a pesar del abandono del propio ser: la inautenticidad. España pretende ser como Francia, como Inglaterra, todo menos ella en sí y en esto estriba su verdadera decadencia.<sup>(1)</sup> Es ello la derrota, que no la otra, la de quedarse -- con lo caduco, es cierto, pero al fin y al cabo lo que es propio. --- ¿No es esta inquietud la que presentan Teresa, Trapaza y Eufina? ¿no hemos visto que quieren ser, a costa de todo, caballeros corteses y -- damas de alcurnia? ¿Les importa algo el no tener nada común con esa vida que les está prestada?

---

(1).- Coronado, Consuelo: (Opus cit).

El simbolismo que presenta nuestro pícaro es, ya lo hemos visto, el ser la representación -y la salvación- de la España de la decadencia; decadente sólo cuando adopta posiciones que no le corresponden.- El pícaro fracasa al pretender lo que no es y con ello da la gran lección a España, pues hace ver que la única posible ruta a seguir es la propia; que si no existe ninguna original, nueva, pero española siempre, tampoco debe de seguirse la extranjera, pues ésta, que lleva a los demás países al triunfo, le acarrea a España la más grande derrota: la negación de sí misma. No sólo es el poder político lo que ha perdido, sino su más esencial forma de ser. Sin embargo, el pícaro reconoce que se ha equivocado y vuelve al camino.

El pícaro es la representación de lo español, como hemos visto, en todos sus aspectos: la representación en su ruina, en la vacilación que tiene de entregarse plenamente a una vida que no le corresponde.- Por eso los personajes de Castillo Solórzano son tan importantes en la pesquisa que del ser del pícaro hemos emprendido.

Por lo que se ve se está colando en la picaresca una hipocresía que antes no existía. Se hará la objeción de que, en todo caso, ya estaba desde antes, pero las bromas y los trucos de los otros pícaros no son hipocresía, pues es lo propio. En cambio en estos pícaros ocurre que la cualidad sine qua non, es el ser falso, hipócrita. El pícaro en definitiva ha perdido su sentido de heroicidad que hemos dicho tiene en Mateo Alemán y que se exagera en Quevedo y Guevara. Con Castillo Solórzano deja de ser héroe; su misión trascendente se destruye casi completamente: ya no es el "salvador" de España. Lo que lo hacía tener ese sentido eran su pobreza, sus harapos, su triste condi--

ción humana. Pierde ésto y queda vacío: no es más el elegido de Dios.

En otras palabras el pícaro se convierte en el sinvergüenza, en el estafador, en el pícaro tal y como lo entendemos hoy día; es el -tramposo, exclusiva y totalmente negativo. Solórzano coge la picaresca y se queda sólo con la forma literaria, liquidando al pícaro como héroe español. Es por ello -por la forma literaria- no obstante, -por lo que se le puede considerar aún dentro del estudio de la picaresca. Si se prefiere, es también ideológicamente picaresca su obra, pero con un sentido distinto del tipo humano.

Es evidente la diferencia que existe entre Trapaza y el primitivo Lazarillo o Guzmán, llenos de una cierta grandeza que éste no presenta. El pícaro de Solórzano ha perdido su razón de ser, es decir, -no tiene objeto alguno. Ello no obstante debemos tener presente que hay una intuición magnífica en el autor en lo que se refiere al vaciamiento que hace del pícaro por lo que respecta a su heroicidad, -pues ésto es lo que le pasa a España.

Sin embargo con Estebanillo González se completa la historia, -pues en él veremos la transformación final que sufre este pícaro ya titubeante de Solórzano, cuando Esteban se deja arrastrar en forma total por lo extranjero, lo ajeno, convirtiéndose en algo híbrido y lastimoso. Es, en total, de cuentas, la inautenticidad que presenta España a través del pícaro: lo que, por no anticipar demasiado, analizaremos al tratar la vida de este hombre de buen humor.

VI.- MUERTE DE LA PICARESCA  
- - - - -

Experto en tales dones, he quedado  
en lances y donaires tan curtido  
que si llegase al fin que he deseado  
pondré todas las chanzas en olvido:  
y si no estoy del mundo retirado,  
me hallo de no estarlo arrepentido  
(Estebanillo González; prólogo).

Hemos afirmado anteriormente que la novela picaresca española termina, bajo nuestro punto de vista, con la obra intitulada La Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor; compuesta por él mismo, del año de 1646, publicada en Amberes. Pero por lo general no es ésta sino la Vida de Torres Villarroel la novela considerada -- por la crítica como la que cierra, en el siglo XVIII, el género en cuestión. Sin embargo tal texto es, a nuestro juicio, una supervivencia de la novela picaresca, cosa que estudiaremos a su debido tiempo. Hasta ahora, por lo demás, hemos seguido al pícaro en una trayectoria que nos ha conducido por un camino sorprendente en el sentido de que no sólo aclara su posición dentro de las letras españolas (ya que nunca se ha sabido bien a donde y como colocarlo), sino que revela su sentido humano y su relación directa con la historia de España. Estebanillo por su parte, digo, cierra el ciclo en todos los aspectos y nos entrega la esencia íntima y final de la vida del pícaro.

En efecto, la novela que, como dice muy bien Valbuena Prat, tiene la tendencia a caer dentro de la crónica histórica, debido a la enorme cantidad de narraciones verídicas que contiene, es la exposición de la situación no sólo española, sino europea en general durante la segunda mitad del siglo XVII. Por ello la vida de Esteban re-

sulta grandemente ilustrativa. Estebanillo, personaje central de la obra, cuenta él mismo su vida,<sup>(1)</sup> anticipando que no es sino un ridículo discurso hecho por él humilde sabandija. Sin embargo, hace hincapié en que lo que cuenta es verdadero; su historia, nos dice, es por tal motivo muy importante, porque no es la fingida de Guzmán de Alfarache, ni la fabulosa de Lazarillo de Tormes, ni la supuesta del caballero de la Tenaza (prólogo; pág. 1637). Sabe su relato a verdad y constantemente olerá a la pólvora que más de una vez se desprende de los campos de batalla en los cuales Esteban anda. Estamos ya, pues, desde el principio, frente a una obra picaresca; el autor, consciente de lo que es el pícaro lo toma (o se toma a sí mismo) como modelo y sigue en cierta forma a los anteriores que le sirven de ejemplo.

No es raro, pues, que tenga muchos puntos de contacto esta narración con las demás hasta aquí estudiadas, y también otros tantos que la diferenciarán radicalmente de aquéllas. Entre los primeros, habremos de decir que, como Alfarache o Trapaza, Estebanillo tiene un ávido impulso de aventuras que supera, con mucho, a los de sus predecesores. Infatigable, viaja sin cesar por toda Europa, siendo en verdad su itinerario tan caprichoso como puede serlo toda obra producto del azar. En cuanto a su origen, es fácil contarlo: Mi patria -nos dice- es común de dos, pues mi padre, que esté en la gloria, me decía que era español trasplantado en italiano, y gallego enfierto en romano, nacido en la villa de Salvatierra y bautizado en la

(1).- No se sabe si Estebanillo González es un anónimo o si en efecto es el nombre original del escritor.

ciudad de Roma: la una cabeza del mundo, y la otra rabo de Castilla,  
servidumbre de Asturias y albañar de Portugal, por lo cual me he juz-  
gado por centauro a lo pícaro, medio hombre y medio rocín: la parte-  
de hombre por lo que tengo de Roma, y la parte de rocín por lo que -  
me toca de Galicia (Libro I; cap. I; pág. 1640). Por lo que se ve, -  
esta curiosa mezcla de nacionalidades le da un carácter híbrido que -  
nos ayudará más adelante a conocer el sentido histórico de la vida -  
de Estoban.

Por otra parte, si hemos dicho que el cinismo es una caracterís-  
tica del pícaro, en Estebanillo tal condición se acentúa en forma --  
desmesurada. Exhibe no sólo sus más íntimos y profundos sentimientos  
(todos ellos, es obvio decirlo, negativos), sino sus costumbres y ma-  
los hábitos, con risa y desvergüenza. Esteban es, sin duda, el más-  
degradado de todos los pícaros que hemos encontrado en nuestra ruta.  
Sus oficios los conocemos pronto, pues al principio de la obra nos -  
dice en versos, muy graciosamente, que:

Yo, Estebanillo González,  
que fui niño de la escuela  
gorrón de nominativos  
y rapador de mollerías,

romero medio tunante,  
fullero de todas tretas,  
aprendiz de guisar panzas,  
sota-alférez de banderas,

criado de un Secretario  
marmitón de una Eminencia  
barrendero y niño Rey,  
de un Príncipe de la Iglesia

barbero de mendigantes  
cirujano de apariencias  
maestro de mancar brazos  
y enfermero sin conciencia  
.....

zurcidor de ajenos gustos,  
trainel de toda braveza,  
mandil de toda hermosura,  
casamentero de medias,  
.....  
pastelero de caballos,  
gorgotero de dos cestas,  
destilador al autora  
y vivandero a la siesta,

no sólo es todo ello, sino que, lo más importante, dada su voluble y tornadiza personalidad, también es el ser

mosquito de todos vinos,  
mono de todas tabernas,  
raposa de las cantinas,  
cuervo de todas las mesas.  
(pág. 1639).

Con tan descarada e insólita advertencia, su vida será leída, bien - lo sabe él, con avidez, además de que es de tal suerte de condición- y holgura, que caben en ella las existencias de todos los demás seres humanos, sea cual fuere su condición: Aquí hallará el curioso di-- chos agudos; el soldado, batallas campales y viajes a Levante; el -- amante enredos amorosos; el alegre diversidad de chanzas y variedad de burlas; el melancólico, epitafios fúnebres a los tiernos malogros del Cardenal Infante, de la Reina de España y de la Emperatriz María; el poeta, compostura nueva y romances ridículos; el recogido en su - albergue las flores de la fullería, las leyes de la gente del hampa, las preeminencias de los pícaros de jábega, las astucias de los mar- mitones, la cautela de los vivanderos; y finalmente, los prodigios - de mi vida, que han tenido más vueltas y revueltas que el laberinto- de Creta. Donde, después de haber leído y héchote más cruces que si hubieras visto al demonio, la tendrás por digna y merecedora de haber salido a luz. Dios te saque de las tinieblas della con bien, para -

que tú quedes contento, y yo pagado y libre de tu censura (pág.1637).

Lo que le importa pues, primordialmente, es contar su vida, sin pensar de ninguna manera en que ella -como la de Guzmán-, pueda o no -- servir de escarmiento a la gente; la ética simplemente no cuenta para Esteban. Por lo demás, su padre se preocupa por él cuando niño y lo pone a estudiar pues no es tonto y aprende fácil. Ello no obstante, sus malas inclinaciones lo hacen abandonar las letras; es echado con cajas destempladas de la escuela y se coloca en seguida con un tal Bernardo de Vadía, barbero del Duque de Albuquerque, empleo con el cual empiezan sus infinitas aventuras. Agudo, ingenioso, listo y sin escrúpulos tal parece que nuestro personaje no ha necesitado de procesos para llegar a hacerse pícaro, como los anteriores. Se plantea en esa forma de vida por natural instinto, pues bien sabe que el serlo es oficio de listos y que por tanto tal existencia le ocasionará con el tiempo pingües ~~ganancias~~ ~~de inenarrables~~ ~~aventuras~~. Es afecto a los naipes y hace trampas en todas partes, ganando y derrochando el dinero de inmediato, sobre todo en vino, ya que las mujeres casi siempre lo desprecian por feo y desagradable.

Estebanillo González, nuevo Judío Errante, llega a Mesina, hace viajes a Levante, está en Palermo, Roma, Nápoles y Lombardía, donde desempeña los más variados y aún contradictorios oficios, de los que ya hablaremos después con detenimiento. Zaragoza, Madrid, Portugal, Sevilla, París, Roma nuevamente, Polonia, Inglaterra y Bruselas, -- quedan holladas por sus sucios zapatos y en todas va dejando la huella de su figura repugnante, aunque agrade en calidad de bufón. La obra es, por lo demás, difícil de leerse no sólo por la cantidad ---

exhaustiva de hechos (sobre todo de armas) descritos con una minuciosidad que a veces fatiga, sino también por las palabras tomadas de los vocabularios de la germanía, auténticamente populares, es cierto, pero para nosotros punto menos que ininteligibles.

Esteban es desconfiado, malo, ambicioso. Su persona no deja a pesar de sus constantes donaires y gracias- sino un sabor desagradable que mucho dista de relacionarse con el subtítulo de la obra: hombre de buen humor. Sus chistes son picantes, obscenos, descarados, y frecuentemente llega a una crueldad en verdad monstruosa. Después de servir a Bernardo de Vadía se hace mozo de un capitán y en seguida aprendiz de barbero, oficio este último con el cual nos damos cuenta en seguida de su incapacidad, de su negación total de comprensión y sentido humanos. No sólo hace el mal conscientemente, sino por el placer que le produce el realizarlo. Siendo barbero, después de que el primer parroquiano cae en sus manos, él -Esteban-, está temblando de que viniese mi amo y le viese la horrenda figura que tenía, pues su rostro más era tapicería de arañas que cara de cristiano, porque eran tantos los lunares que le había puesto, que a háberse los visto a la luna de un espejo, quedara lunático o frenético. Yo, viendo que mis principios más eran de carnicero que de barbero, saqué del estuche de mi maestro una de sus mejores y más cortantes navajas, con la cual empecé a bizarrear y hacer riza con aquella barba boba, que harto lo era el dueño, pues pasaba tantos martirios a pie quedo, sin estar tierra del Japón. Quise la mala suerte, que siempre, huyendo de los ricos, da en seguir a los pobres, que al tiempo que lo iba enjerdando y quitándole veinte años de edad, tro-

pezó la navaja en uno de los remiendos o tacones que le había puesto,  
y embazándose en la tela de araña, no quiso pasar adelante, por lo -  
cual me obligó a apretar la no ligera mano: y dando un grito el do--  
liente, quiso levantarse, por lo cual fué fuerza y mandamiento de --  
apremio cruzarle no más de la mitad de la cara, que la otra mitad la  
tenía él cortada, y presumo que no por bueno; y así por verlo pobre,  
le hice amistad de emparejarle la sangre (pág. 1659). De lo cual no  
sólo no se arrepiente, sino que se sale a la calle diciendo para sí:  
Ahora que estoy libre, ande el pleito.

Y si como aprendiz de barbero hace tales sangrías; ¡qué no hará cuando lo es de médico! El relato entonces es impresionante: Empecé a hacer las guardias a los dolientes, conforme me tocaban, tanto de día como de noche, acudiendo a darles lo que les ordenaba el doctor y lo demás que necesitaban. Ofrecióse una sangría el mismo día que entré en la dignidad, y el cirujano, por hacer prueba de mí, me la encomendó. Yo, llegando a la cama del enfermo, le arremangué el brazo derecho, y estregándoselo suavemente, le di garrote con un listón de zapato que había pescado a una moza de un ventorrillo en el discurso del camino. Saqué la lanceta, y por haber leído, cuando andaba trahojando los libros de mi postrer amo, que para ser buena la sangría era necesario romper bien la vena, adestrado de ciencia y no de experiencia, la rompí tan bien, que más pareció la herida lanzada de moro izquierdo que lancetada de barbero derecho. Al fin, salí tan bien della, que solamente quedó el doliente manco de aquel brazo y sano del izquierdo, por no haber llegado a él la punta de mi acero, -  
De qué Dios libre a todo fiel cristiano (pág. 1661). Por más que --

Esteban tenga afán de exhibicionismo, o sea mentiroso o exagerado y por tanto estas anécdotas poco probables, lo importante es que, haciéndolo o no, la tendencia del pícaro es en él bastante más negativa que en Guzmanillo o Pablos, ninguno de los cuales se hubiera atrevido ya no a hacer, sino tan siquiera a pensar tales maldades. Con los pasajes referidos captamos pues, casi del todo, la psicología del personaje.

Como es obvio, Esteban no quiere a nadie, no reconoce nada cerca de sí, ni familia ni hogar, patria, frontera o religión. A sus padres pronto los olvida y no tan solo, sino que cuando los recuerda es por circunstancias bien especiales, como la acaecida a la muerte de su progenitor: el pícaro entonces embarca para Sicilia con más intención de la herencia que de hacer bien por su alma (pág. 1664). Al igual que los otros pícaros, el amor es cosa bien negativa en su vida. Teniendo siempre distintas miras (el robo, la holganza, la aventura) no piensa en la mujer como una posibilidad para realizar una vida normal, ni mucho menos: la toma como instrumento de placer, pues, distintamente, en ello, sí, a Guzmán, deja entrever constantemente su lujuria. Nada nos dice de lo que piensa acerca del amor y esto nos indica que no lo tiene en cuenta. Es vano, veleidoso; aparenta una modestia falsa a todas luces y si muestra sus vicios y se nombra bestia a sí mismo es por hacerse notable y claro, por exhibicionismo. Ilega -cosa natural en él- a pegarle a una mujer y a dirigirle versos satíricos mordaces. Nos cuenta que en alguna ocasión Aficionéme a una doncella de su señora, y dama de dame, labradora en asco y cortesana en guardar fe. Tenía pocos años y muchas astucias.

Traía todo su dote y ajuar a cuestras, y el testamento en la uña. Ser  
yía, por ser huérfana y estar en parte recogida, a una tía suya, ta--  
bernera, adonde yo tenía conocimiento y entrada los ratos de mi ocio-  
sidad. Puse los ojos en tal polla, y pareciéndome que ya estaba en -  
edad de poner huevos, le dí un día un pellizco tan apretado como el -  
amor que le tenía, y ella me pagó la lisonja con una coz tan desigual  
a su adamedura, que malos años para la más briosa yegua. Y como es -  
propio de pollinos el hacer el amor a coz y bocado, no extrañé al son  
de la castañeta (pág. 1717); y otra vez que Fuf a la villa del Calcar,  
adonde cargué de todo lo competente a mi tráfico: y en particular --  
busqué una criada de las que se usaban en campaña; mercadante en la-  
tienda, criada en la mesa, fregona en la cocina y dama en el lecho.-  
(pág. 1698).

Mentiroso y falaz como es, en su biografía aparecen constante--  
mente alusiones como ésta: me embarqué en su navío, porque es de hom-  
bres como yo el hurdir una mentira y es muy fácil engañar a un hombre  
de bien (pág. 1690); jamás lo abandona por tanto la conciencia que -  
tiene de sí mismo. Por otra parte, su dureza de corazón lo hace ima-  
ginar grosoras burlas, como la que hace a un judío al cual nos dice  
que agarróle con el gatillo una muela, que me pareció la más abulta-  
da de todas las demás, y por hacer reir a Sus Majestades a costa de-  
llanto ajeno, tiré con tanta fuerza, que no sólo se la saqué, pero -  
pero muy grande parte de la quijada con ella (pág. 1711). - - - -  
Ello no obstante, algunas veces resulta él mismo objeto de engaños -  
y risas, como cuando lo hacen creer que lo van a "capar". No deja -  
de ser enormemente cómica la descripción que nos ha dejado en el re-

lato: No sé como encarecer de la suerte que quedé, pues fué tal que - cubriéndome el rostro de un sudor frío y el cuerpo de un mortal desmayo, pienso que lucharon la vida y la muerte por espacio de dos horas, teniéndome privado de sentidos y enajenado de potencias; mas volviendo en mí al cabo de la lucha, y viendo la desdicha que había venido a casa de los Muñatones, pues quedaba con mayorazgo que no le podía dar sucesor, y acordándome de lo poco que había ganado en el moderno oficio, y lo mucho que perdía en haberlo usado, volví a renovar el llanto, y con el mismo sentimiento con que se despide el cuerpo del alma, me empecé a despedir de la carne de mis carnes, y no hueso de mis -- huesos, diciendo:

-¡Ay! dulces prendas por mí mal perdidas, nacidas y procreadas con este desdichado cuerpo, compañeras en todas mis aflicciones, causa y origen de mi mal logrado bozo, sabe el cielo lo que siento el -- dejaros y la falta tan grande que me haréis en esta larga ausencia -- (pág. 1709).

Varias veces pasa por soldado; una vez de leva, en Francia e Italia. Otra vez sus aventuras lo colocan, en Barcelona, al borde de la muerte, de la cual se salva gracias a su simpatía y buen humor. Durante las batallas, aprovecha los cadáveres de los caballos para hacer empanadas que vende en seguida al regimiento al cual pertenece. Por lo demás -testigo presencial en las batallas de Norlingen y Leipzig- muestra su cobardía en ellas a cada paso, y lo hace con gusto y desenfado. En una ocasión se oculta en un pajar, abandonando al amo bajo cuyas órdenes sirve:

-Pícaro, ¿cómo sois tan cobarde que me habéis dejado, y a vista

de una armada habéis vuelto las espaldas y puéstoos en huída?

Yo le respondí:

- Señor, ¿quién le ha dicho a Vuecelencia que yo soy valiente, o en qué ocasión no lo he hecho mucho peor que hoy? Si Vuecelencia me envió a llamar a Flandes para que le sirviese de soldado, está -- mal informado de mis partes, porque como otros son archiprestes de -- presbíteros, yo soy archigallina de gallinas.

Obligóle la respuesta a convertir su enojo en placer y a disculparme de lo sucedido.

En Norlingen contempla desde talanquera, es decir, a salvo, cómo huyen los escuadrones de suecos sin atreverse a salir de su escondite. Va a estas guerras Tan neutral, que no me metía en dibujos, ni trataba de hacer otra cosa sino de hendir mi barriga, siendo balles-tera el fogón, mi cuchara mi pica, y mi cañón de crujía mi reverenda olla; por lo que se ve, carece totalmente de sentido heroíco. Al -- mismo tiempo critica con descaro, eso sí, a la milicia española, llegándola a considerar como huestes mercenarias: ha llegado a tal estado la milicia -afirma- que ya no hay descuidada madre que en reconociendo las faltas de su hija y sobras de nietos de diferentes padres, como quesos de muchas leches, no se consuele con decir que no le faltará a su cordera un soldado con quien casarla: el negro del llanto es que se vienen a cumplir sus santas profecías. Sólo cuando bebe se vuelve valiente, pues olvida del todo su figura enclenque -- y desmedrada: de ello nos da pruebas al contarnos que destreza la -- tienda de un mercader indefenso, estando ebrio. Los desafíos de semejante personaje ¡fácil es imaginarlo!, no son aquellos hechos por-

salvar el honor de la patria o el de la mujer que se ama; los celos o la honra mancillada. Esteban es desafiado a beber vino por un estudiante holandés, siendo el triunfador aquél que más ingiera y soporte en su sano juicio.

Entra al servicio de Su Alteza Serenísima, el cardenal Infante, pero cansado de todos estos oficios pasados, por haber mediado tan poco en ellos, sabiendo cuan agradable es el troppo variar, me hice padre de damas, defensor de criadas y amparador de pobretas: vendíme por natural de Alcaudete; picaba a todas horas como alguacil, y cantaba a todos rates como alcaudón; tenía aposentos de congregación de ninfas de cantón, salas de busconas, palacios de cortesanas y alcázares de tusonas. Vendía sus mercancías a todos precios, vivía siempre con el adelantado, por tener esculpido en la memoria aquellos --  
versos conceptuosos que dicen:

Que quien no paga tentado  
mal pagará arrepentido.

Señalaba horas sin ser mano de reloj, hacía amistades sin ser valiente, y llevaba a cada instante a vistas sin ser casamentero (pág.1698)

Todo comentario es obvio ante los que hace Esteban de su propia vida. El no se degrada cada vez más; es en sí un degradado desde el principio al fin de su existencia, aun cuando al final se arrepienta de su vida toda. En Guzmán hay siempre, recordemos, la lucha entre el bien y el mal, sus virtudes y sus pasiones: en Esteban tal lucha no existe ni por asomo; y si Esteban nos parece inmoral él, para sí mismo (al no tener conciencia del mal o del bien, que en última instancia llega a eso), es amoral. El libro no está escrito, como el de Alemán para escarmiento de la gente, sino para hacerme memorable,

lo que nos revela en el autor una personalidad ya del todo moderna, - de la cual hablaremos más adelante.

Hemos dicho que Estebanillo no es, que no creemos que sea sincero cuando se desprecia a sí mismo; no lo es porque se siente feliz - de ser así, y no de alguna otra manera. La prueba de ello la tenemos en que en una ocasión le prometen hacerlo grande de España y él no acepta, en forma radical y categórica. Por lo demás, sabe que su degeneramiento innato lo ha conducido a una negación total de su humanidad y que ha quedado, sin sentirlo casi, convertido en bestia. - Lo cuenta con descaro, sin que haya en él asomo de tristeza. Claramente comenta que Volvió el león español a su leonera, y yo, como oso colmenero, le fuí acompañando, para lamerme los dedos en la cueva de la corte (pág. 1715). Y más adelante, refiriéndose al duque de Amalfi: Aquí fué donde se me infundió un abismo de gravedad, viendo que - de bufón de una Excelencia había llegado a serlo de una Alteza Real; y como otros dan en querer perros, monos y otros diferentes animales, dió Su Alteza en quererme bien (que hay ojos que de lagañas se enamoran, y como hay hombres de bien poca dicha, hay pícaros con mucha -- suerte), y mostrando en mandarme hacer muy ricos y costosos vestidos (Ibidem). ¿Puede haber mayor conciencia, pero al mismo tiempo más - degradante, que la que Esteban posee de sí mismo? Hay una distancia infinita entre él y los pícaros de Castillo Solórzano, que quieren a toda costa pasar por cortesanos.

Apuntamos en principio que el origen híbrido que tiene Estebanillo nos daría la clave para comprender su sentido histórico. En efecto, el pícaro -español antes que nada- reconoce patria y religión. -

Esteban en cambio es, pudiéramos decir, cosmopolita, aun cuando la --  
concepción final del libro sea, como veremos, absoluta y totalmente--  
española. Nos relata que en el interín haré como hasta aquí he hecho,  
que ha sido a dos manos, como embarrador, siendo español en lo fanfa-  
rrón, y romano en calabaza, y gallego con los gallegos, e italiano --  
con los italianos, tomando de cada nación algo y de entrambas no na--  
da. Pues te certifico que con el alemán soy alemán; con el flamenco,  
flamenco; y con el armenio, armenio; y con quien voy voy, y con quien  
vengo vengo (pág. 1641). O sea que puede ser con el tudesco protes--  
tante, con el árabe mahometano, con el español católico y él, para sí  
mismo, no tiene sino una sola religión, un único afán, una sola afi--  
ción: su propia y repugnante persona. Por lo demás, sus posibilida--  
des -lo estamos constatando a cada paso- son ilimitadas y él un ser -  
infinito.

En una ocasión roba a un moribundo mientras masculle latinismos--  
en alabanza del Señor: Yo, viendo que se llegaba la hora en que él --  
diése cuenta a Dios, y yo tomase cuenta a su bolsa, envié con un com-  
pañero mío a que le trajese el Capellán Mayor; y yo, haciendo del hi-  
pócrita desalado, más por el dinero que por el medio difunto, me eché  
de bruces sobre la cabecera, y diciendo:

- Jesús María, in manus tuas, Domine, commendo spiritum meum le  
iba metiendo debajo de la cabecera la mano; y al instante que agarré  
con la breve mina de tan preciosos metales, la fui conduciendo a mi-  
faltriquera, volviendo a repetir:

- Jesús, Jesús, Dios vava contigo.

Pensaban los circunstantes que el "Dios vava contigo" lo decía-

al enfermo, siendo muy al contrario, porque yo lo decía a la bolsa,  
por el peligro que corría desde la cabecera hasta llegar a ser sepul-  
tada en mis calzones (pág. 1663); y luego remata la hazafia diciéndo--  
nos que yo solamente era el que apresuraba su vida, para dar fin y --  
muerte a su dinero. Es natural que no piense en que está cometiendo--  
un acto en contra del catolicismo, ya que para él tal concepción de -  
vida ha dejado de tener sentido; Estebanillo es un sujeto maleable, -  
acomodaticio, arbitrario, que hace siempre lo que más le conviene, --  
al sacarle partido a todo.

Como dijimos, la idea del bien y del mal es ignorada, o más bien  
desconocida, por Esteban, sordo a todo llamado de la gracia. El, re-  
cordemos, en su bestialidad ha llegado a convertirse casi en instin--  
to puro. Ello no obstante su personalidad está admirablemente bien -  
delineada: es agradable cuando quiere serlo: ingenioso, como hemos --  
podido comprobar; locuaz y divertido; pero también vicioso sin que --  
por ello, naturalmente, se sienta pecador: la gula, la lascivia, el -  
miedo, son en él "modos de ser", nunca pecados. En definitiva, para-  
nosotros son la puerta que nos permite entrar a las profundidades del  
ser de Estebanillo, revelándonoslo con plenitud. Y si hemos afirma--  
do que tiene conciencia de sí, nos referimos a ese conocimiento que -  
posee de su forma interior de vida, sin que esto signifique que la --  
considere en verdad negativa. Su falsedad e hipocresía son necesarias  
en él porque las toma como parte integrante de sí; tiene derecho a e-  
llas puesto que son las armas defensivas para luchar contra una vida  
hostil.

Estamos pues frente a un género de picardía especial, que en el

fondo nos dará la visión que del mundo moderno tiene España. Esteban, carácter complicado y atractivo, se nos presenta como la máxima degradación del tipo que aparece en obras anteriores. Escatológico, desagradable, las más veces; divertido, desvergonzado, en otras, Esteban es humano en toda su fealdad moral. Verídico en ocasiones, falso y mentiroso en la mayor parte de ellas, siempre nos mantiene interesados en la exposición que hace de su vida. Estebanillo es lo que pudiéramos decir la aceptación, la entrada del género picaresco en el resto del mundo y trae esto consigo un desleimiento lógico del arquetipo, estrictamente nacional si hemos de verlo como la representación de la España de la decadencia. Esteban en cuanto "pícaro español", hijo legítimo de toda la rama de la novelística que hemos estudiado, se ha salido de sus propios cauces y por ello ha dejado de ser él mismo: su inautenticidad histórica y humana es evidente. Es el final de la picardía que termina en cuanto se hace del género algo universal, alejándose de ese sentido que nosotros le hemos encontrado. Por ello también -aún aquí-, Estebanillo sigue, a pesar de él mismo, representando a España, que ha acabado por ser la España de la pandere-ta y el traje de colores chillones de la dinastía de los Borbones, sobre todo la de Fernando VII, posterior, es verdad, pero parecido en muchas formas al propio Estebanillo. Miedosos, ridículos, sin ninguna heroicidad, inauténticos, ¿no son el Rey y el pícaro símbolos de la España que agoniza?

Si Guzmán, en relación con los viejos relatos intercalados a manera de novelas cortas dentro de la obra de Alemán, es lo moderno (moderno a la española, sin dejar por ello de ser católico; moderno en -

cuanto que es el retrato vivo de la España del XVII), Esteban es también moderno, pero por el contrario, lo es en el sentido no español de su comprensión, en cuanto que, desligado de su ascendencia medieval, queda aislado totalmente de la idea de Dios.

La biografía nace generalmente como intento de lección moral; -- aquel que cuenta su vida, no cabe duda que lo hace porque anida en él algo de vanidad: es evidente que, toda o parte de ella --no importa en qué grado--, será aprovechada por los hombres. Tal el caso de Esteban aun cuando como hombre sea amoral. Su vida tiene en sí y -- por sí un valor. Cobra un sentido interno, que no externo: rasgo éste completamente moderno, que no se había acusado anteriormente en las otras obras. Y puesto que se pone como centro a la vida misma, no es de extrañar la minuciosidad del texto, que hace de ella el objeto de su más preciosa atención. Por tal motivo esta novela es la inmanencia y no la trascendencia, como el Guzmán de Mateo Alemán.

Mas si el decir vida tiene para Esteban un valor en sí, entonces su condición deja ya de ser negativa, simplemente es. La vida, cualquiera que sea, es vida. Por ello el ser pícaro es para Esteban un valor, por eso su vergüenza es falsa a todas luces, por eso se -- tiene amor, al igual que Narciso: porque en existir, sólo y por eso, está su grandeza y su justificación. Cualquier vida tiene pues un sentido; no hay tiempo para ser bueno, para ser devoto. No nos extrañemos que por tanto todo sea desarraigo en tales condiciones: patria, familia, religión, pues lo personal es lo único importante: el propio yo. Las otras cosas son lastre que hay que descargar.

Es el intento del hombre moderno de fundar la existencia en sí-

misma. La vida de Esteban nos parece, por tanto, en caricatura, semejante al pensamiento de Maquiavelo. Para éste por encima del Príncipe no hay nada; para Estebanillo más arriba del pícaro no hay nadie: es el "príncipe" en tonos bajos, que ya no tiene, sin embargo, ni siquiera la voluntad de dominio ajeno o personal.

Ello no obstante parecerá un contrasentido afirmar que la biografía generalmente nace como lección moral, si hemos añadido que la de Esteban cobra sólo un sentido interno, que no externo; y es que no tiene una lección moral habida en el personaje, pero el libro en cambio sí la contiene, y por ello es una moral en segundo plano. No podría ser de otra manera tratándose de una novela española del XVIII, y la lección que se nos brinda es ejemplar. Si para el italiano las formas de vida nueva desembocan en el Príncipe autónomo y desafiante; si para muchos otros pueblos dan como resultado al hombre de negocios, claramente vemos que el español nos da una muy española visión de este hombre moderno que se queda sin Dios. Puesto que a Dios no se le necesita, puesto que es un obstáculo y sólo se piensa en el hombre como meta suprema, allí está, a la mano, el resultado: el propio Esteban. El pícaro, por dos vías distintas, adviene a la historia igualmente positivo: si Guzmán es el héroe, el elegido, que salva a su patria, Esteban por el contrario, ya sin sentido de heroicidad, es la conclusión humana, negativa, a que conduce la vida alejada de Dios. Este último pícaro es, en mucha forma, el ejemplo que Huizinga nos da en el ahorcado. El hombre que va a ser ahorcado se postula héroe de repente, porque en su negativa existencia está la lección divina. Advertimos que estamos frente a un género de picardía especial, que nos entrega la visión, es decir, lo que piensa España del mundo moderno -

y el desprecio que siente por él. Todos los hombres, por tanto, si no son pícaros, es porque está la cárcel de por medio. Por ello, al dejar cerrada esta aventura, el pueblo español abandona -junto con la figura del pícaro degradado- el nuevo camino que no quiso o no pudo seguir. Es el fin del proceso que hemos ~~comenzado~~ comenzado y que llega a su agotamiento, pero justamente ese agotamiento del hecho histórico, el no tener posibilidades, es ya un hecho nuevo que nos conduce a otras, -- distintas e infinitas.

La ruta de España -de locura e insensatez-, hollada por caballeros andantes y por santos, quijotes y pícaros, es la de un país que, al contar con un sentido de la vida y del hombre ha logrado, en arte, una culminación que pocos pueblos realizan en la misma forma. La primera parte de este trabajo no sólo tiene, empero, como objeto el darle un lugar en el terreno de lo literario a la novela picaresca española, sino colocar al pícaro en el sitio histórico que a nuestro parecer merece.

Al resumir en pocas palabras lo que hemos estudiado hasta ahora, vemos que Estebanillo González es la muerte de la picaresca, si bien para llegar a este fallecimiento antes se ha desarrollado un proceso de vida e inquietud: el pícaro nace desde tiempos inmemoriales, pero toma cuerpo, se hace carácter de primer plano sólo al identificarse con la decadencia española: por eso el pícaro es un arquetipo nacional de la literatura. Lázaro, iniciación de la novelística en cuestión, anuncia la degeneración en que más adelante se caerá, aun cuando él mismo no tiene una verdadera compenetración con su época. Guzmán, en cambio, coloca al pícaro como héroe y de esta manera Alemán-

lo justifica al mismo tiempo que a su pueblo. El pobre, el desterrado, es por tal motivo el elegido de Dios y criatura metafísica que salva a España, la cual, al abandonar la gran aventura del caballero-andante, encuentra esta otra en verdad trascendente.

Por su parte el pícaro, si adquiere la dignidad de héroe, paga por ello un precio: queda excluido de las posibilidades de vida que traen consigo los tiempos nuevos, pues que su heroicidad es insensata. Esta posición queda extremada en Vélez de Guevara y Quevedo, deformadores de un solo problema, al idear el uno al pícaro endemoniado, Cojuelo; y el otro al pícaro grotesco, Pablos: ambos burla de su propio destino. Sin embargo, en ninguno de ellos el pícaro ha dejado de ser el héroe: la derrota se vive aún con integridad.

El siguiente paso nos revela una modalidad distinta, transformación radical del tipo humano. El pícaro de Castillo Solórzano es el que, al tratar de ser, de aparentar lo que no es, se convierte a la postre en algo en mucha forma inauténtico, ya que está en una situación de duda al no saber si debe quedarse con lo propio, pero inactual, o lo nuevo, que, al no corresponder tampoco a sus exigencias de vida, le acarrea un derrumbe interior. Con él se perfila una España que empieza a ofrecer, asimismo, una inautenticidad que la conducirá a la verdadera decadencia; decadencia, por lo demás, ya estudiada al concluir la trayectoria en el Estebanillo, cuya lección moral, en segundo plano, es tan definitiva como extraordinaria.

Nuestras pesquisas, empero, no terminan aquí. Muy por el contrario, se continuarán, de ahora en adelante, en nuestro suelo. Quevedo y Alemán nos envían a sus Buscones y Guzmanes a Indias a probar

fortuna y a cambiar de vida, de ser ello posible. No obstante, sabemos que la última parte de las historias de tales personajes, no casualmente se dejó de escribir. Teóricamente, por tanto, los pícaros nunca llegaron hasta nuestras tierras. Pero ¿acaso el pícaro, con su habilidad e ingenio acostumbrados, no pudo escaparse de las plumas de Alemán y Quevedo dando en otro lado con su cuerpo y llegar -- hasta aquí, para continuar su vida azarosa y aventurera, en tierras de América?

VII.- UNA SUPERVIVENCIA

- - - - -

Bajo el reinado de Fernando VI, fuera ya completamente de la órbita de los grandes valores artísticos y literarios españoles de la Edad de Oro, Diego de Torres Villarroel escribe una larga narración, interesante biografía que intitula Vida de Torres Villarroel, escrita por él mismo, entre los años de 1742 y 1758. Dividida en "Trozos", esta vida de Torres nos pone en contacto directo con las circunstancias históricas de su época, dándonos un matiz novedoso que hace que nosotros, buscadores de pícaros, no cataloguemos su obra precisamente dentro de la modalidad literaria que hemos venido estudiando, no obstante lo cual el género supervive en ella en cierto sentido.

De gusto quevediano, con un lenguaje apropiado y expresiones --- audaces, los primeros "trozos" aparecen empero del todo dentro de la picaresca. En efecto, Don Diego nos relata un tipo de experiencias - que en definitiva parecen vividas por un pícaro. Un cinismo agudo y un notable exhibicionismo se nos presentan desde luego en la novela, - tónicas que, por lo demás, no harán sino acentuarse a medida que la - historia avanza hasta un cierto punto en el cual, como veremos, el -- escritor olvida la farsa o comedia que representa, y cae en lo pro--- pio, lo que en verdad a él le pertenece. Pero no anticipemos.

En el prólogo al lector, picante y agudamente nos lanza a la cara que: Tú dirás (como si lo oyera), luego que agarres en tu mano este papel, que en Torres no es virtud, humildad ni entretenimiento escribir su vida, sino desvergüenza pura, truhanada sólida y filosofía-insolente de un pícarón, que ha hecho negocio en burlarse de sí mis--

mo, y gracia estar haciendo zumba y gresca de todas las gentes del mundo (pág. 1850). Por lo demás, mentira que su vida tiene una doctrina deleitable: no tampoco locuciones graciosas, sino muchos disparates, locuras y extravagancias, resultas entre las brutalidades de un idioma cerril, a ratos sucio, a veces basto y siempre desabrido y matorral. El lector se maliciará -bien lo sabe él- que sólo escribe por vanidad, que su franqueza y su negativismo hirientes no son sino la falsa humildad con que se retrata a sí mismo para parecer importante y llamar la atención -aun cuando sea de esta manera- pues en otra forma quizás nadie pondría en él su mirada. Y por eso, a pesar de -- que su vida no merece más honras y epitafios que el olvido y el silencio, cobra un significado importantísimo para él, Diego de Torres, que la describe con una acuciosidad que raya en lo desesperante. Su vida es tal que ni por mala ni por buena, ni por justa ni por ancha, puede servir a las imitaciones, los odios, los cariños, ni las utilidades. (1852).

Su retrato, por otra parte, no tarda en presentárnoslo ante nuestros ojos ya que, haciéndose una introspección sutil confiesa que --- Mirando a mi conciencia soy facineroso; mirando a los testigos soy -- regular, pasadero y tolerable. Soy pecador solapado y delincuente -- oscuro, de modo que se sospeche y no se jure. Tal vez soy bueno; pero no por eso dejo de ser malo. Muchos disparates de marca mayor y desconciertos plenarios tengo hechos en esta vida; pero no tan únicos que no los hayan ejecutado otros infinitos antes que yo. Ellos se -- confunden, se disimulan y pasan entre los demás. El uso plebeyo los -- conoce, los hace y no los extraña, ni en mí, ni en otro; porque todos

somos unos y, con corta diferencia, tan malos los unos como los otros.

A mi parecer soy medianamente loco, algo libre y un poco burlón,  
un mucho holgazán, un sí es no es presumido y un perdulario incorre-  
gible; porque siempre he conservado un aborrecimiento espantoso a los  
intereses, honras, aplausos, pretenciones, puestos, zalamerías del --  
mundo. La urgencia de mis necesidades, que han sido grandes y repe-  
tidas, jamás me pudo arrastrar a las antecámaras de los poderosos; sus  
paredes siempre estuvieron quejosas de mi desvío, pero no de mi vene-  
ración. Nunca he presentado un memorial, ni me he hallado bueno para  
corregidor, para alcalde, para cura, ni para otro oficio, por los que  
afanan otros tan indispuestos como yo... Finalmente, termina diciendo,  
estoy en los concursos cobarde, callado, con miedo y sospecha de mis-  
palabras y de mis acciones. Si este es genio, política, negociación-  
o soberbia apúrelo el que va leyendo que yo no sé más que confesarlo.

(1853). Es decir que, como afirma muy bien, tal vez es bueno, sin --  
por eso dejar de ser malo, lo cual nos indica que tiene una clara ---  
conciencia de su virtud tanto como de su maldad. Es, aunque no nos -  
lo diga, el hombre "medio", cabe decir, aquel que oscila entre el ---  
bien y el mal sin que jamás llegue a una extremosidad en cualquiera -  
de los dos aspectos: el mediocre.

Totalmente moderno en varias cosas sabe -como Estebanillo-, que-  
su vida es de él, que le pertenece, que tiene un valor en cuanto tal,  
sea buena, mala o regular; y tan es así, que la cuenta a todo el mun-  
do sin omitir detalle. Con ella puede hacer los visajes y transfor-  
maciones que hagan al gusto y a la conformidad; y ningún bergante me-  
la ha de vender mientras yo viva; ya para después de muerto les que--

da el espantajo de esta historia, para que no lleguen sus mentiras y sus ficciones a picar en mis gusanos (pág. 1854). Y justamente eso es lo que hace, transformar su vida, ya que la propia, evidentemente, no le satisface. ¿Qué mejor oportunidad le da su talento que el retocarla a su sabor y gusto en la literatura? ¿Qué mejor manera de vivir una vida escogida entre cientos, que el escribirla tal y como la imagina, a su justa medida? Espíritu inquieto, aventurero, se siente incómodo en ese huesudo y feo corpachón que le ha tocado en suerte. Hay que hacerse de nuevo, completamente distinto, con una personalidad diferente aunque impropia; las transformaciones, a pesar de que sean peores que la realidad, son siempre preferibles en cuanto posibilidades de nueva vida. Y sin más ni más el profesor de matemáticas, Don Diego de Torres y Villarroel, se mete a pícaro. No es ello, naturalmente, ocasional. Huele, olfatea, como muchos otros escritores, la calidad artística e histórica de esta figura; no en balde Quevedo, su héroe literario, ha sido en tantas ocasiones pícaro. No tampoco es así como así que Guzmán y Don Pablos tengan progenitores de tal suerte importantes. Y transformado en pícaro cuenta "su" vida; la "moldea", cabe decir, en el arquetipo que ha surgido y recorrido un siglo de historia, que ha llegado hasta él por medio de una gloriosa literatura, anterior, es verdad, pero por eso mismo tan extraordinaria. Y las primeras páginas de la obra, graciosas, entretenidas, burlonas, quevedescas, se deslizan en nuestras manos en la modalidad -engaño en este caso- de una fingida picaresca. Por ello Don Diego de Torres cuenta los acontecimientos de su vulgarísima historia. De niño se cría como todos los niños, con teta y moco, lágrimas y ca-

ca, besos y papilla... Ensuciando pañales, faldas y talegos, llorando a chorros, gimiendo a pausas, hecho el hasmereir de las viejas de la vecindad y el embelezamiento de mis padres, fuí pasando hasta que --- llegó el tiempo de la escuela y de los sabañones. (1858). Hace pues una narración en la cual a los hechos ordinarios y nada importantes de su vida, los va envolviendo en una atmósfera distinta, original, atractiva, sin importarle pasar por pícaro ya que, buen católico, sabe, en todo caso, las conexiones de éste con Dios.

Su alcoba más parecía garito de ladrón que aposento de estudiante; porque en él no había más que envoltorios de sogas, espadas de esgrima, barrenos y estacones. Dí en hurtar al rector y colegiales frutas, los chorizos y otros repuestos que guardaban en la despensa y en sus cuartos (pág. 1864). El retrato se acentúa cuando nos dice cínicamente que Disfrazábame treinta veces en una noche, ya de vieja, de borracho, de amolador francés, de sastre, de sacristán, de sopón, y me revolvía en los primeros trapos que encontraba que tuviesen alguna similitud a estas figuras. Representaba varios versos que yo componía a este propósito, y arremedaba, con propiedad ridículamente extraordinaria, los modos, locuciones y movimientos de estas y otras risibles y extravagantes piezas. Luego -imitando a los pícaros- se va a Portugal y en seguida se hace torero, a su regreso, en Salamanca.

Sin embargo, a pesar de la picardía del relato, si leemos el libro con detenimiento y entresacamos la mentira que Torres mismo declara existente, vemos pronto que lo que acontece es insignificante, ya que ni siguiera viaja con el incontenible deseo de aventuras de los pícaros de verdad, que padecen hambre y frío y a pesar de ello gozan-

con las noches de invierno en los campos de Europa. El lenguaje empleado en las descripciones es en cambio, y a pesar de la influencia de Quevedo, de gran originalidad, lo que no deja de entusiasmar enormemente. Torres es hombre moderno, pues aun cuando de niño nos dice - que tuve gran temor a los cuentos espantosos, a las novelas horribles y a las frecuentes invenciones, con que se estremecen y se estremecen las credulidades de la puerilidad y los engaños de la juventud y la vejez; pero ya ni asustan los calavernarios, ni me atemorizan los difuntos, ni me produce la menor tristeza la posibilidad de sus apariciones (pág. 1873). Su mundo es otro distinto de ese nebuloso y vago, de apariciones y fantasmas que, contra viento y marea, España trata de conservar para sí como preciada herencia. Es natural que su vida - no sólo sea un constante hablar de sí mismo, sino un inventar cosas - y más cosas que no se han podido vivir ni experimentar jamás.

Buen quevedista, critica y habla mal de todo: la sociedad, la política, la ciencia y dentro de ella el progreso y adelanto del mundo, - tan en contra no de él -de Torres- sino de todo lo picaresco e inútil, existencia en la cual el profesor ha querido modelarse.

Pero a medida que avanza la obra, sucede algo curioso: el autor se olvida de que ha querido ser otro individuo, de que ha pedido prestada una vida y, paulatinamente, casi sin proponérselo, quizás por su edad, empieza a contarnos la verdadera, la suya, la que, no siendo extraordinaria ni venturosa, tiene, sin embargo, también un valor en sí misma. Y la autobiografía toma una ruta nueva. Sus aventuras de ahora -si las hay- son comunes y hasta fastidiosas, una pura narración de hechos sin que siquiera se perciba en ellos ningún sentido de humor -

y gracia. Es, podríamos decir, un libro distinto. Lo obsesiona, sin embargo, el contarnos cosas "suyas", y así nos describe, sin tenernos nada de compasión las penalidades de una larga y chocante enfermedad que lo acosa; los médicos que lo visitan, lo que le prescriben, la -- cantidad de sangrías que le hacen, las horas de descanso: todo en un detallismo fastidioso. ¿Qué ha pasado con ese pícaro Torres al que Torres mismo ha querido dar movimiento? ¿Dónde está esa mentalidad rica en ociosidades y cinismo, en la cual ha tratado de fundirse? Todo esto se le olvida al matemático, cansado de ficciones y atento sólo a -- describir su "verdadera vida", aburrida y cómoda. Y en cierto momento se le escapa el secreto, pues nos dice imprudentemente que En la quietud de ella (de su vida) cumplí el cuarto trozo de mi edad, que es el asunto de esta historia; y desde este tiempo hasta hoy, que es el día veinte de mayo de 1743, no ha pasado por mí ventura ni suceso que sea digno de ponerse en esta relación. Voy manteniendo, gracias a Dios, -- la vida, sin especial congoja ni más pesadumbres que las que dan a todos los habitantes de la tierra, el mundo, el demonio y la carne. Vivo, y me han dejado vivir desde este término los impertinentes que viven de residenciar las vidas y obras ajenas, quieto y apacible, y ocupado sin reprehensión y sin molestia. Me ayudan a llevar la vida con alguna comodidad y descuido, la buena condición y compañía de mis hermanas y mis gentes, y mil ducados de renta al año... Vivo muy contento en Salamanca (pág. 1898) ¿Un pícaro que no tiene "especial congoja ni pesadumbres", a quien agrada la tranquilidad del hogar, sin que -- "haya pasado por mí ventura ni suceso que sea digno de ponerse en esta relación"?. No en balde Torres, a pesar de español, es hombre mo--

derno, con todas las conveniencias e inconveniencias que trae esta nueva forma de ser. Se le ha escapado decir que gusta -que ha gustado siempre-, de la comodidad, del bienestar, del vino caliente y las sábanas acogedoras en la suave intimidad del hogar, sin pensar en la aventura, tan propia del pícaro. Y es que Torres, hombre de su siglo no es, no ha sido nunca, un "Lazarillo"; por lo contrario es, a pesar de sí mismo, un buen burgués. No obstante su catolicismo, a él parecen estar aplicadas estas palabras: "La vida misma, se podría decir, es lo que ha cambiado, ya no necesita de interpretaciones trascendentes para tener un sentido, o en todo caso no es un supuesto necesario para poder vivir el dar respuesta a determinadas cuestiones concernientes al destino del mundo y del hombre" (1). No ocasionalmente es en esta época cuando surge el burgués, aquel que, no siendo pobre ni rico, bueno ni malo, tiene que tener, no obstante, un sitio en el mundo en el que cuenta, a pesar de esta conciencia nueva de clase y aún más contra de ella, el cristianismo. Sin embargo en Torres, en cuanto individuo, esta burguesía tiene matices diferentes. "El burgués puede seguir siendo católico, y sin embargo, hacer valer su peculiaridad -- dentro del mundo de la Iglesia, desarrollando un modo especial de hablar y de pensar que destaca claramente de la creyente simplicidad -- del hombre de campo" (2). Ya no es él el ser supersticioso, pues nada parece más ridículo y despreciable que el serlo. El burgués, como ya se dijo, no necesariamente debe ser incrédulo: " Lo que subsiste en pie es que el burgués puede prescindir de la fe de la Iglesia. Si con-

---

\* (1).- Grotehauysen, Bernhard: La formación de la conciencia burguesa (Prólogo al lector).

(2).- (Opus cit.); págs. 55, 58 y 88

serva determinadas ideas religiosas, es, cabe decir, asunto suyo particular. El individuo cree, mientras que es un hecho que la clase a la que él pertenece no cree; es más, ni siquiera puede creer dada toda su posición. O dicho de otra manera: La conciencia colectiva tiene un carácter marcadamente profano (1). Por eso, como el burgués ya no le tiene miedo al diablo, al mundo de aparecidos y fantasmas que envuelve a las clases humildes del pueblo español -a los pícaros y ganapanes-, por ello, digo, Torres no puede siendo burgués, creer en tales tonterías. El es moderno porque para él su vida y su muerte se le convierten en experiencias absolutamente personales. "La muerte para él significa el morir, y el morir afirma la vida" (2). El gran tema del siglo XVII español, la vida como sueño, ya no tiene práctica aplicación. La vida ha perdido su negativismo, ya no es una ilusión. El burgués sabe "para qué vivir; su vida tuvo un fin" (Ibidem). Por eso, en esto parecido a Estebanillo, Torres describe minuciosamente sus días, tan importantes para él, sin tener por supuesto el sentido que aquél posee.

La Vida de Torres es extraordinariamente novedosa porque nos presenta una información de vida -la picaresca- que ya no tiene, aunquequiera, vigencia alguna. Las cosas en el siglo XVIII, aún en España, se estilaban de otro modo y el pícaro queda a un lado, como vieja figura del pasado. Por eso mientras en Estebanillo aún se nos presenta --en un segundo plano-- el sentir de España frente al mundo moderno, en

---

(1).- (Opus cit); págs. 55, 58 y 88

(2).- (Ibidem); págs. 55, 58 y 88

Torres vemos que, como buen español que es, amando fuertemente su pasado, vuelve a él y recoge a una figura negativa pero por ello heroica a su manera, antes de decidirse a vivir una burguesía que le señala la época, pero, en todo caso, antagónica a su íntima forma de ser.

Torres Villarroel, tipo cabal de la burguesía española que asoma inmerso en un mundo de circunstancias frías y restringidas, lo único que puede hacer (a manera de evasión y sueño) es realizarse en la vida de la picardía; intento, por lo demás, frustrado. Por eso su libro viene a ser una comprobación indirecta de la tesis capital de nuestro ensayo, es decir, que el pícaro, como sabemos, encauzó el sentido heroico de la vida española. Es prueba porque en esta obra se constata todo lo expuesto anteriormente ya que Torres empieza su libro con el tratar de ser, de vivir, una existencia dentro de una ficción; y en segundo término, porque se ve del todo imposibilitado para mantener en pie este fingimiento. La Vida de Torres queda pues, al final de -- las otras novelas, no solo por su colocación cronológica, sino por -- representar la disolución de la picaresca: imposibilidad de vivir la vida heroica del pícaro (sólo la heroica), aun como realización literaria.

VIII.- EL PICARO ROMÁNTICO

- - - - -

- UNA CONTRADICCIÓN -

El problema que nos ha ocupado nos entregó una visión de la concepción española del mundo y de la vida en la llamada época decadente. El pícaro advino héroe a la historia en dos formas distintas: bien en un primer plano, como intento de salvación, en el Alfarache, o bien - como una lección -héroe en segundo plano- que España da al mundo cuando, colocada frente a la modernidad, se siente hundida: Estebanillo González. En esta forma, la picaresca encuentra un ciclo perfectamente definido que, sin embargo, aún no termina. Afirmamos que la picaresca "muere" en cuanto género español, pero que es justo eso lo que abre una serie de posibilidades que del propio género derivan.

Sólo lo español es genuinamente picaresco; nada más en él, afirmamos, se da el pícaro de una manera auténtica, con un sentido histórico determinado. Las corrientes de imitación europeas (Francia, Inglaterra, Alemania), son de diversión y entretenimiento. Si esto es así y la picaresca termina con Estebanillo, ¿qué es lo que sucede al pícaro en América, cuando viene a México? No es casual, dijimos, que Alemán y Quevedo manden a Indias a sus personajes, ¿por qué no los embarcan a África, Inglaterra o Noruega? De España, evidentemente, están cansados. No hay posible regeneración allá para el pícaro, parece indicarnos Alemán cuando lanza a Guzmán a la gran aventura. ¿Debe el pícaro regenerarse en América, efectivamente, o sólo es una salida de Alemán que se da cuenta que reivindicarlo significa una contradicción? El pícaro se salva a pesar de sí mismo, de su carácter negati-

vo; es el elegido, un símbolo histórico; pero esto indica un fenómeno distinto. El caso en Quevedo se presenta en forma diferente a Alemán pues que no es el que cambia de lugar el que mejora, sino el que trueca por otras, su vida y sus costumbres. Pablos no se regenera y Quevedo no cae en una contradicción en su novela.

El pícaro llegó a América, trascendió a América. No cabe duda - que España vive en Nueva España y que por ello, sabiamente, el pícaro conoce que, a pesar del Atlántico de por medio, aquí, como allá, encontrará abrigo y acomodo. Sin embargo, mientras en España tiene el pícaro una expresión literaria, mientras allá no sólo camina de carne y hueso haciendo fechorías, viviendo de los demás, en explotación del prójimo y aún de sí mismo, sino que también se hace arquetipo en las páginas de los novelistas del XVII, acá, durante la Colonia, queda -- trunco, cabría decir, ya que sólo y exclusivamente existe en la vida, que no en la literatura. Lo cierto es que en esta época, en Nueva España no hay novela; el pícaro no puede pasearse por los libros: no -- tiene expresión artística. El hecho de esta falta de literatura de -- imaginación se ha estudiado en diversas formas y sus causas se han de -- terminado ingenuamente, al pensarse que es la carencia de materiales, la dificultad de impresión de los libros, lo que hizo que la produc-- ción literaria tuviera una especie de paralización. Si tal cosa fue-- ra cierta, los libros podrían haberse escrito aunque no publicado. -- En Nueva España, pues, que sepamos, no hubo novela; el caso de los Infortunios de Alonso Ramírez, de Sigüenza y Góngora, es, más que nada, una relación de tipo histórico, en la que se ha querido ver, equivocadamente, un antecedente de la novela mexicana.

Así pues, para comprender este fenómeno, no debemos hacernos la pregunta negativa de por qué no se escribiría novela en Nueva España, sino formular la cuestión al revés, de una manera positiva: ¿por qué se escribió novela hasta la época de la Independencia?; por qué hasta 1813 se escribe el Periquillo. A nuestro juicio el problema es muy claro. Se escribe novela hasta el siglo XIX porque es en el momento en que se tiene ya algo que decir, hay ya el despertar de una conciencia propia. Si en la Colonia no se tiene esta conciencia es porque Nueva España se nutre de España; porque en la Colonia se está conforme con las producciones de la Metrópoli y nada se tiene que agregar: se está de acuerdo con la filosofía, con la religión, con el arte; la gente acepta todo porque todo le satisface. Por otra parte, para escribir se necesita un ambiente cultural adecuado, una tradición histórica analizada; algo propio y definitivo. En Indias desde luego este ambiente estaba en formación. Casos especiales son la poesía y el teatro, aun cuando son, en su mayor parte, hispánicos, sin características propias y cercanas a América. ¿Qué se escribe, en cambio, en la Colonia? Lo que es diferente a lo español, lo nuevo, lo que sucede aquí exclusivamente; por eso se redacta la crónica, la relación de tipo histórico. En el caso de la novela es ella -en su tiempo- un género que responde a las necesidades de una sociedad; sólo de carácter objetivo, podría decirse. Por eso no la hay en Nueva España porque no existe una sociedad que pueda expresarse con un sentido de individualidad. Pensemos que la novela en entonces no es la novela actual, psicológica, individualista, la que se escribe por de dentro, aun cuando también en ella se perciben reflejos sociales. Esta, en caso de --

que se hubiera escrito; podría haberse realizado en cualquier parte del mundo. En el caso particular de la picaresca, tan poco subjetiva, no la hay en Nueva España porque es antes que nada un género de tipo social y moral, que espeja un ambiente propio y exclusivo. La novela picaresca es expresión muy viva de la conciencia social, o del destino del hombre, como sucede con Lazarillo o Quevedo y aquí aún no se tiene este tipo de conciencia, aunque haya una sociedad. Por eso los problemas sociales novo-hispánicos están enfocados y resueltos en la producción novelística de la Metrópoli, se ventilan -- desde allá y eso es bastante; en otras palabras, la literatura que se escribe en España sirve a la Colonia. Por eso, cuando las circunstancias han cambiado, nace la novela.

Así pues, a pesar de que la picaresca se conoció y se gustó; -- aun cuando se leyeron la Vida del Buscón de Quevedo y Estebanillo González, se necesitó sin embargo un proceso lento para que el pícaro entrara de lleno -- si bien con un sentido ontológico distinto -- en la literatura americana. Todos los años de la Colonia son pues, sino estériles, llamémoslos formativos para que la conciencia de la novela se realice.

No ha de asombrarnos por tanto que el pícaro surja en México -- hasta la época independiente; no es casual ni tampoco tiene implícito un contrasentido. Sin embargo, hemos hablado del pícaro como tipo humano concomitante y explicativo, en parte, de la decadencia española. Si esto es así, como en efecto lo hemos comprobado, ¿qué -- viene a hacer, español por todos los costados, a un país ansioso de libertad, que trata de romper sus vínculos con un pasado histórico --

inmediato y con el cual tiene conexiones de todas clases? ¿Es acaso un tipo anacrónico que no tiene vigencia para el México de 1813? --- Si es así, ¿por qué Lizardi lo ha escogido para su novela, sin duda la más importante del siglo XIX mexicano? Pícaro y decadencia hispánica van de la mano; son una dualidad que se explica a sí misma. - El pícaro vive en España; tiene su razón de ser porque es el pobre, el derrotado, el desterrado metafísico, el que, en última instancia, reivindica a su época como símbolo histórico y artístico: su misión está completa y es lítica su vida, ya que tuvo un fin. Pero ¿a --- quién salva, de quién es redentor en el México independiente? Si -- América quiere desligarse de Europa, ¿no resulta un contrasentido -- "revivir" al pícaro, valga la expresión, para dar salida a una determinada conciencia nacional? ¿Cómo puede el pícaro -decadente en sí vivir en el México del XIX que, si no ha tenido aún gloria, menos -- puede tener decadencia?

¿No será que el pícaro de Lizardi ya no es el pícaro español? - ¿No será que este tipo, maleable de por sí, sujeto a tantas modificaciones, sufra una más y ahora se llega a transformar en otra cosa? ¿Quizás el pícaro, que ha servido para expresar el momento histórico de la decadencia española, va a servir para expresar algo tan distinto a ello como es el sentido utópico mexicano?. Evidentemente, - la obra de Lizardi es en muchos sentidos simbólica; Periquillo no es tan sólo él, sino la representación de un algo que surge por primera vez en México, aún cuando el pícaro no sea más que un mero pretexto que permita a Lizardi cumplir un cometido histórico distinto, en todo, al logrado por los novelistas españoles del siglo XVII. La Vida

y hechos de Periquillo Sarniento, de José Joaquín Fernández de Lizardi, es una novela que se escribe en México en pleno movimiento de Independencia y por tanto tiene un carácter peculiar, de vacilación -- ideológica, pues no siendo una obra totalmente moderna, es, por el -- contrario, una novela que cae en gran parte dentro del terreno colo- nialista que la antecede inmediatamente. Colonialista en su mayor -- parte, independiente en varios de sus rasgos, nos da la visión del -- México de entonces, que pugna por deshacerse de su pasado hispánico, sin por ello romper del todo con España. La vacilación, la duda, tó- nicas de toda crisis histórica y humana, aparecen en un primer plano con Lizardi, tal como el desengaño se presenta como figura principal en la novela española barroca y contrarreformista. Acaso el que juz- guemos al Periquillo más que nada como colonialista, se deba en mu- cha forma a que el tipo humano seleccionado por Lizardi para su em- presa sea un pícaro, genuino representante español de la vida y del- arte. Lo mismo sucede en el terreno político, en el cual se toma co- mo paladín a una figura como Fernando VII. Si la obra fuese en ver- dad y del todo independiente ¿por qué no escoger en todo caso al hom- bre de negocios, al comerciante y al viajero, que tan en consonancia va con el mundo del progreso, al que por lo demás tanto admira Lizar- di? Lo cierto es que la mirada del novelista cae de lleno en ese -- hombrecito miserable, hambriento y sucio, que tanto conocemos: el -- género picaresco se toma como molde.

Es evidente, por lo demás, que Lizardi conoce bien su litera- tura picaresca: ha leído a Alemán, a Quevedo, a Esteban González, a- Lesage, a Castillo Solórzano, particularmente, y ellos lo impulsan a

dar vida a Periquillo, su hermano tardío.

En efecto, formalmente, a nuestro parecer, la novela de Lizardi se conecta con Gil Blas; ideológicamente en todo con Alemán, pues sigue muy de cerca a Guzmán de Alfarache; Quevedo y los otros le sirven para moldear determinadas situaciones anexas y caracteres secundarios.

Fernández de Lizardi es antes que nada un educador; maestro de la juventud y del pueblo. De esta suerte su obra estará definitivamente conectada con la pedagogía, para él tan importante. Su libro, ya lo advertimos, debe tomarse en un cierto sentido alegórico, cabe decir; él habla en contra de todo aquello que le parece condenable; lo que es susceptible de modificación y, al mismo tiempo, necesita reformas. Así, no nos extrañará que la sociedad entera -no importando rango y condición- esté señalada por Lizardi, que impetuoso pretende cambiarlo todo a base de consejos. La novela, como Guzmán, está combinada en un doble plano; es pues, ascética por una parte y -- profana por la otra. Se trata de presentar una vida pecadora para que el lector aprenda la lección y fructifique en provecho de sí y de la patria, del bien común.

Es pues de todo punto absurdo pretender quitar los sermones -- de tipo moral que invaden las páginas del Periquillo; se ha dicho y creído que sin ellos resulta más ágil, ameno y divertido: todo en un solo plan. Pero en realidad, de no ser por los sermones (dispuestos en cualquier forma, pero con la misma intención), las puras aventuras de Periquillo no se habrían escrito; a ellos, pues, les debemos la obra; el personaje principal es, ya lo dijimos, un mero pretexto-

en Lizardi. En los sermones por tanto es donde podemos encontrar el más sólido pensamiento del autor, ya sea en crítica social o política y, de vez en cuando, religiosa; son llaves que nos permiten penetrar hasta las más recónditas profundidades de Lizardi. Por eso, igual que Guzmán, es ésta una novela compleja y ambiciosa. Está escrita en un período de ansiedad que se trasluce en todas sus páginas. La diferencia entre ambos (Guzmán y Periquillo) -salvando las respectivas distancias- estriba en que Alemán funde más los planos profano y ético, mientras que Lizardi, auténtico pedagogo más que literato, corta el relato con brusquedad para meternos de pronto un largo sermón en la cabeza.

Periquillo Sarniento se ha considerado como novela picaresca por muchas razones; porque el protagonista vive vida de pícaro, en lo fundamental; porque, además, el ambiente en que se mueve -la mayor parte de las veces de bajos fondos- es muy parecido a los que tienen Pablos y Trapaza. Por ser, además, como la novela española, una obra divertida, amena, se tome o no en cuenta su trasfondo amargo, que le da una sólida postura y un rango histórico. Lizardi conoce sus circunstancias, su medio social, su propia posición, aun cuando en terrenos políticos no sepa bien a qué atenerse. Su pensamiento es un conjunto de distintas y hasta antagónicas fuentes de vida que lo hacen complejo y a veces, lleno de contrasentidos. Ya se ha dicho que el período de Independencia lo es de crisis: proposición de doctrinas nuevas, tendencia a la liberación de lo español sin poder renunciar a ello de una manera categórica y definitiva por la afinidad de cultura y de raza. Lizardi está alucinado por el pen

samiento del siglo XVIII y se debate internamente para poder buscar un acomodo, es decir, inventar una fórmula que no excluya su catolicismo de la "razón," vocablo entendido en su sentido ilustrado. Así, sus opiniones fluctuarán entre ambas tendencias y a veces no sabrá por cual decidirse.

De esta suerte, Periquillo será un personaje ecléctico y difícil de explicar. Su importancia social estriba en que pertenece a la clase media del pueblo mexicano, pues es de allí de donde salen las mayores inquietudes y también las más definitivas soluciones a los problemas de un país. Además, al ser México un país de pícaros como lo llama Lizardi, no está por demás escribir la vida de un muchacho que está tan en consonancia con su medio social.

Antes la crítica habló del "mal gusto" de Lizardi; ahora nosotros llamaríamos a eso simplemente color local, logrado con perfección y gran conocimiento: es el pintar, a lo vivo, con lenguaje propio y muy mexicano, el sentir del populacho, introduciendo en la literatura una nota de autenticidad de la cual carecía anteriormente (1).

La primera parte de la obra, ideológicamente, transcurre desde la razón de ser de la misma (de carácter educativo, ya hemos dicho), pasando por la niñez de Pedro Sarmiento, hasta la muerte de sus padres. Se afirma que en la historia de Pedro todo es verídico, menos los nombres de los personajes; Lizardi pretende ganarse no sólo la-

---

(1).- Es un caso muy parecido al de Quevedo; escatológicos ambos, -- Lizardi se inspira en él, sólo que el novelista mexicano no deforma (en Periquillo) las situaciones, tal como lo hace Quevedo en el Buscón.

buena voluntad de sus lectores, sino merecer sus alabanzas.

Colocado en esta postura, el escritor relata, en primera persona, la vida de Pedro; por él mismo nos damos cuenta de que la educación que tuvo fué irregular, pues si por un lado el padre, consciente e inteligente, trataba de llevar a su hijo por un buen camino, la madre, consentidora y torpe, lo hizo descarriar. Muchas veces su padre comenta que ama a Pedro intensamente, pero que es la experiencia que tiene lo que le hace desconfiar de él; su amor no le quita el conocimiento que le tiene. Sabe que no le gusta el trabajo y que es muy voluble en su modo de pensar, a más de que es joven y le falta experiencia (Tomo I; pág. 184). ¿Pero que vale esta lógica ante la terquedad de la madre? Esto, a más de las inclinaciones perversas de Perico, lo llevarán poco a poco, en lento y bien desarrollado proceso (también como Guamán) hacia la perdición.

En estos primeros capítulos se nos dan, de una manera categórica, los rasgos de su personalidad, definitiva aunque no pocas veces contradictoria. Nace en México, capital de la América septentrional, en la Nueva España, alimentado por nodrizas borrachas unas, golosas o gálicas las otras. Criado, pues, sin dirección ni tino, no es de extrañar que pronto lo veamos en malos pasos. Travieso en un principio -su época escolar- Perico gradualmente va acentuando sus características negativas, sin por ello dejar de mostrarnos también sus virtudes. Es vanidoso, sin tener para ello ningún fundamento; lascivo (cosa en la que se aparta de sus antecesores españoles -exceptuando a Esteban González), a veces vengativo, aun cuando la mayor parte de ellas siempre suele perdonar el daño recibido; perezoso y glotón. Para que la lección que nos dé Lizardi sea mayor, --

su personaje tendrá que acumular en sí muchos y categóricos vicios; por eso es también cínico, hipócrita, engañoso y despilfarrado (las raras veces que tiene dinero). Por lo general comete el daño conscientemente, pues no es tonto: no es pues incontinente, sino malvado. Con minuciosidad hace gala de todo ello, y nos muestra con ejemplos su mal proceder. En cierta ocasión, Januario (1), amigo suyo, personificación del vicio, le hace ver que debe meterse de fraile, pues que sólo así puede librarse de llevar oficio, es decir, de trabajar. Al fin y al cabo, no todos los hombres hacen lo que deben, sino lo que más les acomoda; algunos hay que se ordenan porque son inútiles para otra cosa, o porque quieren obtener alguna capellanía; otros se casan por dinero con la primera que encuentran, sin pensar en el verdadero amor; los hay que se hacen soldados para no ser perseguidos por la justicia por tramposos o ladrones. Todos hacen pues lo que consideran más de acuerdo con sus inclinaciones. Que estas sean malas o peores, ¿qué importancia tiene? Sí, Perico -le dice su amigo finalmente- haces bien, alabo tu determinación; pero hermano, aviva, aviva el negocio, porque al mal gusto darle prisa (Tomo I; -- págs. 173-74). El, Perico, acepta gustoso la proposición y va al seminario. Habla con el preceptor y haciendo cara de santo, lo convence: Tales fueron mis palabras -nos dice- y mis hipocresías, que la llevó entre oreja y oreja a aquel prelado, y formó de mí un concepto ventajoso; ya se ve, él era bueno; yo era un pícaro, y ya se ha dicho lo fácil que es que los pícaros engañen a los hombres de bien,

---

(1).- Januario es un nombre simbólico que significa, entre otras cosas, dos caras; tal vez aluda Lizardi con ello a la hipocresía del muchacho.

y más si los cogen desprevenidos (I-180). Con su natural perverso y mal inclinado, no es raro ésto y aún mucho más; pero Perico, católico al fin, reconoce que no es culpa de la religión el que alguien como él se le acoja sin vocación y sin virtudes, sólo para evadir los muy justos designios de su padre; sin embargo, nada puede hacer por impedir su atracción al mal. Por el tipo de consejos que le da su padre inferiréis el fondo de maldad que abrigaba mi corazón, nos dice sin vergüenza.

Joven, fogoso, apasionado, nada le es peor que el recluir sus instintos en un convento. Poncianita, una joven a la cual Pedro no puede resistir, se le viene a la mente una y otra vez; sus deseos -- por ella lo enfurecen al grado de que exclama ¿Qué tal sería el alboroto de mis pasiones? (I-188); por lo que de inmediato empieza a sentir lo áspero del sayal. Sin embargo, los malos pasos aún no han empezado; ahora se entra a la época más desarreglada de la vida de Pedro. Todos sus delitos, nos cuenta, son hasta aquí frutos y pan pintado en comparación con los que han de venir. El mismo se horroriza al recordarlos, y su pluma cae de su mano al relatar los escandalosos procederes. El acordarse de los riesgos, de los lances difíciles por los que en esta época atraviesa, que amenazaron su vida y hasta su alma, lo hace estremecer. Por eso es tan importante el relato de esta parte de su juventud, ya que el hombre mientras más vicioso, está expuesto mayormente a crueles peligros. Y ¿no son --- ellos los que tanto interesan a la humanidad?. Una existencia tranquila y sedante a nadie le importa...

Ello no obstante, con frecuencia el arrepentimiento asoma a su

conciencia y lo azaetea; es la lucha eterna entre el bien y el mal -  
-tan agudizada en Guzmancillo- que hace tan interesante determinado-  
tipo de personalidades, que caen y se levantan entre las tinieblas y  
la luz. Dos años sobrevivió mi madre a la muerte de mi padre, y fué  
mucho, según las pesadumbres que le dí en ese tiempo y de que me --  
arrepiento cada vez que me acuerdo (I-237). Pero la vida de Pedro -  
sigue su curso: bailes, francachelas, borracheras, todo lo invita a-  
olvidar sus tristezas y amarguras. Al fin y al cabo se ve solo, --  
huérfano, pobre -como los maldecidos judíos sin poder reconocer feli  
gresía ni vecindad alguna; por eso, estando medio harapiento, cabiz-  
bajo, pensativo, se tira a la calle una vez más por todas, pensando-  
en realizar -a la mala- su vida.

Su candidez, su humildad congénita: su corazón noble y sensi -  
ble, nada rencoroso, compasivo a veces, virtudes de las cuales no --  
nos deja de hablar, si bien con poca frecuencia, están a punto de --  
naufragar en un mar de vicios y horrores. Pero al fin y al cabo, na  
die le brinda nada, y cuando es así, desgraciadamente no puede apro-  
vechar la ayuda. El juego -tanto como la holganza, o mejor dicho, a  
consecuencia de ella- lo atrae sin que pueda oponer el infeliz Pedro  
ninguna resistencia. Todo un código de reglas y estatutos del mal -  
jugar está descrito en las páginas de la novela. Así pues, se vuel-  
ve cócora, siempre en compañía de Januario, y ambos deciden mantener-  
se del juego. Pelados, rufianes, alcahuetes, ladrones y el hampa en-  
tera penetran ahora en la narración y le dan colorido y sabor genui-  
nos. El lenguaje popular -acierto de Lizardi- aparece con toda su -  
gracia y malicia; Januario, el cócora, explica su negocio: Mira -me

respondió- se procura tomar un buen lugar (pues más vale un asiento-  
\*delantero en una mesa de juego, que en una plaza de toros); y ya sen-  
tado uno allí, está vigiando al montero para cogerle un zapote o ver  
le una puerta, y entonces se da un codazo, que algo le toca al denun-  
ciante en esas topadas. O bien procura uno dibujar las paradas, mas  
car un naípe, arrastrar un muerto, o cuando no se puede nada de es-  
to, armarse con una apuesta al tiempo que la paguen, y entonces se  
dice: yo soy hombre de bien: a nadie vengo a estafar nada; y voto a  
este santo, y juro al otro, y los diablos me lleven si esta apuesta-  
no es mía... (I-275). El juego le viene muy bien a Periquillo ya --  
que estrechado de la necesidad, sabiéndose (o mejor dicho haciéndo --  
se) inútil para todo, le es fácil nada menos que tener el dinero sin  
trabajar, que era a lo que él siempre había aspirado. Su filosofía no --  
puede ser más clara: En esta profesión -afirma- lo que importa es ha-  
cer a un lado el alma y la vergüenza, pues haciéndolo así se pasa --  
una vida de ángeles (I-284). En una palabra, se convence a sí mismo --  
de las comodidades de la vida fácil. Su amigo le promete conducirlo  
a ser diestro veterano, ya sea entre los pillos decentes, ya sea en-  
tre los de la chichipelada, como son éstos (291); para lo cual han --  
de dormir donde les caiga la noche, aunque sea en los famosos arras-  
traderitos, llenos de gente desvergonzada, malamdrines, ociosos y va --  
gabundos, abundantes en chinches y piojos. Periquillo convive en --  
ese ambiente y no son pocos los lamentos que tiene frecuentemente en  
boca; en todo caso, es parte de la profesión y hay que aguantar. Des --  
pués fracasan y Pedro es apaleado. Naturalmente, la novela se hil --  
vana con los inevitables sermones, que están escritos según la natu-

raleza de las andanzas del personaje; páginas enteras las dedica Lizardi a las amonestaciones contra el juego:

Nada me quedó de observar en dicho tiempo en asunto de juego. --  
conceñ que es una verdad que es el crisol de los hombres, porque --  
allí se descubren sus pasiones sin rebozo, o, a lo menos, es menes -  
ter estar muy pobre sí para no descubrirlas, lo que es muy raro, ---  
pues el interés ciega, y en el juego no se piensa más que en ganar. --  
Y más adelante:

De la misma manera que el grosero descubre en el juego su fal-  
ta de educación con sus majaderías y ordinarièces, descubre el inmo-  
ral su mala conducta con sus votos y disparates; el embustero su ca-  
rácter con sus juramentos; el fullero, su mala fe con sus drogas; el  
ambicioso su codicia con la voracidad que juega; el mezquino, su mi-  
seria con sus poquedades y cicaterías; el desperdiciado, su abandono  
con sus garbos imprudentes; el sinvergüenza, su descoco con el arro-  
jo con que pide a su sombra; el vago... pero, ¿qué me canso? Si ---  
allí se conocen todos los vicios, porque se manifiestan sin disfra -  
ces.

El provocativo, el truhán, el soberbio, el lisonjero, el irre-  
ligioso, el padre consentidor, el marido lenón, el abandonado, la --  
buscona, la mala casada y todos, todos confiesan sin tormento el pie  
de que cojean; y por hipócritas que sean, en la calle, pierden los -  
estribos en el juego, y suspenden toda la apariencia de virtud, dán-  
dose a conocer tales como son. (I- págs. 301 y 302). Periquillo no-  
es sino un ejemplo de todos los flojos, perdidos, sinvergüenzas, que  
se exponen a los reveses y chascos de la fortuna.

Hermano del juego -indicado así- es el robo; del uno al otro --  
★ dista un solo paso; robar, dice Januario, no es otra cosa que quitar-  
le a otro lo suyo sin su voluntad (I-324); y según ello el mundo es-  
tá enteramente lleno de ladrones. Lo que acontece es que unos roban  
con apariencia de justicia (los peores, pues que no se exponen) y --  
otros sin ella. Unos roban a lo público y otros a lo privado... --  
cuestión de suerte, gusto y posición. Unos lo hacen, como afirma --  
muy bien el astuto muchacho, a las sombras de las leyes y otros en --  
contra de ellas. En fin, hermano, -termina diciendo- unos roban a -  
lo divino y otros a lo humano: pero todos roban (ibidem). La vida --  
misma pues, no es más que un dar y tomar. Y aquí se constata lo que  
dijimos al hablar de Estebanillo González, que el pícaro invade to --  
dos los terrenos, se viste de diferentes maneras y lo mismo aparece --  
en un escribano que en un magistrado o en un presidente de la Repú --  
blica. Si no están todos en la prisión es porque son unos los que --  
hacen de carceleros y otros de encarcelados, pero ésta es la situa --  
ción que priva en el mundo una vez que las virtudes y la calidad hu --  
mana de los individuos no se ha sabido encauzar con sabiduría y ti --  
no; el que el hombre sepa el poder del dinero es la causa de su des --  
gracia. La lección española se trasluce una vez más aquí.

Hasta ahora -con fortunas o sinsabores- Periquillo ha conserva --  
do su autonomía y libertad, a las que tanto quiere; pero sus desorbi --  
tadas formas de vida lo hacen perderlas y como Pablos (burlador bur --  
lado) va a dar a la cárcel. ¡Cuántas penas, cuántos sufrimientos --  
padece el pobre Periquillo! Lizardi se da gusto castigando al mu --  
chacho inexperto que no sabe defenderse en contra de las adversida --

des cuando le llegan. Los horrores de la prisión están des --  
critos con seguridad y buen trazo y Lizardi se complace en describir  
nes escatológicamente, con mano firme las monstruosidades de semejan  
te vida. Quevedo aparece muy de cerca e imitado con propiedad. Pero  
cuando estaba en lo mejor de mi engaño, he aquí que comienzan a dis-  
parar sobre mí unos jarritos con orines; pero tantos, tan llenos y--  
con tan buen tino, que en menos que lo cuento, ya estaba yo hecho --  
una sopa de meados, descalabrado y dado a Judas (373). Sus quejas -  
se explican plenamente: ¡Válgame Dios! y qué acongojado no sentí mi  
espíritu aquella noche al advertirme en una cárcel, enjuiciado por -  
ladrón, pobre, sin ningún valimiento, entre aquella canalla, y sin -  
esperanza de descansar siquiera con dormir, por las razones que he -  
referido; mas, al fin, como el sueño es valiente, hubo de rendirme y  
poco a poco me quedé dormido, aunque con sobresalto, junto a la puer  
ta, y apenas había comenzado a dormir, cuando saltó una rata sobre -  
mí, pero tan grande, que en su peso a mí se me presentó como gato de  
tienda; ello es que fué bastante para despertarme, llenarme de temor  
y quitarme el sueño; pues aún creía que los diablos y los muertos no  
tenían más que hacer de noche que andar espantando a los dormidos. -  
Lo cierto del caso fué que ya no pude dormir en toda la noche, acosa  
do del miedo, de la calor, de las chinches que me cercaban en ejér -  
bitos, de los desaforados ronquidos de aquellos pícaros y de los mal  
ditos efluvios que exhalan sus groseros cuerpos, junto con otras co-  
sas que no son para tomarlas en boca, pues aquel sótano era sala, re  
cámara, asistencia, cocina, comedor y todo junto. ¡Cuántas veces no  
me acordé de las ingratas noches que pasé en el arrastraderito de Ja

nuario! (374). Es aquí cuando vuelve, por un momento, a sentirse -  
bueno. Se conmueve del prójimo, se compadece de su miseria y los de-  
litos lo horrorizan sin que pueda determinarse a cometerlos. Su sen-  
sibilidad se excita ante la presencia de escenas lastimosas. Poco -  
cultivado su buen natural se da cuenta, empero, que estas reacciones  
son en él pasajeras.

Lizardi intercala, siguiendo la tradición, novelas cortas a la  
usanza romántica; la historia de Antonio sirve para demostrarnos la-  
injusticia del mundo; el oprobio reina en todas partes. Antonio --  
-el hombre sin tacha- es burlado por un marqués -especie de villa --  
no- que enamora a la esposa de aquél. Ella, noble mujer llena de --  
virtudes, no corresponde a las intenciones de su pretendiente y és -  
te, en venganza, hace que Antonio vaya a dar a la cárcel por un de -  
lito que no ha cometido. Después de muchos años el marqués se arre-  
piente y el matrimonio es feliz. La hija de ambos será más tarde --  
esposa y redentora del mismo Periquillo. Por supuesto es Antonio la  
guía de Pedro cuando se conocen en la prisión, pero poco tiempo des-  
pués sale en libertad y deja al muchacho sin sostén, abandonado a --  
sus pasiones. En seguida Antonio es substituido por Aguilita, la --  
drón empedernido que acaba por prostituir a Pedro con insanos conse-  
jos. Mira -le dice- en la cárcel sólo bebiendo o jugando se puede -  
pasar el rato, pues no hay nada qué hacer ni en qué ocuparse. (I- --  
400).

Periquillo sale de la cárcel y sigue rodando por la vida; aho-  
ra deja de ser autónomo para dedicarse a servir a diferentes amos: -  
un escribano, un barbero, un médico. Todos tres no son sino la per-

sonificación de diferentes tipos sociales, a la manera en que lo son el ciego, el clérigo y el escudero en Lazarillo de Tormes. No en -- balde Lizardi conoce las andanzas de las picardías española y francesa. -- Mientras se inspira en Estebanillo para crear al barbero, piensa en Gil Blas cuando habla del médico: ambos caracteres bien delineados y graciosos. El escribano es, naturalmente, un malvado, como lo son, -- en su sentido, los otros dos: hipócritas que se enmascaran en oficios o puestos públicos para explotar a la humanidad. El escribano todo lo hace con la mayor frescura, atropellando leyes, cédulas y reales órdenes, siempre que entre ellas y sus trapazas mediaba algún ratero interés (434), todo lo cual lo aprovecha Pedro en beneficio propio y aun sacando enorme ventaja del maestro. Como aprendiz de barbero ha ce cosas grotescas. Raro y lleno de contrasentidos, nos dice al hablarnos de esa época suya que yo mismo no soy capaz de definir mi carácter en aquellos tiempos, ni creo que nadie lo hubiera podido comprender (456). Nos cuenta de un indio al que con mucho garbo le puso los paños, hice al aprendiz que trajera la bacía con agua, asenté las navajas y le di una zurra de raspadas y tajos, que el infeliz, -- no pudiendo sufrir mi áspera mano, se levantó diciendo:

- Amoquale, quistiano, amoquale.  
que fué como decirme en castellano:  
No me cuadra tu modo, señor, no me cuadra (457).

Permanece con el barbero varios meses y según él fué mucho dado lo variable de mi ingenio (459). En el fondo lo que sucede es -- que odia al trabajo y no pone nada de su parte por hacer las cosas -- como debe. Por otra parte (como Quevedo), desprecia los oficios; -- los sastres, nos dice, acaban por enfermarse del pulmón; los hojala-

teros se cortan las manos y se queman con los fierros; los carpinte--  
ros se lastiman el pecho; los carroceros y los herreros -No lo permi-  
ta Dios- son como diablos cuando se acercan a la fragua (464).

El médico es quizás, de los tres, el mejor logrado, aun cuando -  
bastante calcado del Dr. Sangrado de Lesage. Este se llama Purgante-  
y como aquél, piensa que la medicina se mide por los latinajos que se  
hablan por hora:

-Ya, va sé la turbulenta catástrofe que te pasó con tu amo el --  
farmacéutico, dice a Pedro el doctor. En efecto, Perico, tú ibas a -  
despachar en un instante al pacato paciente del lecho al féretro im--  
provisadamente con el trueque del arsénico por la magnesia. Es cier-  
to que tu mano trémula y atolondrada tuvo mucha parte de la culpa, --  
mas no la tiene menos tu preceptor el fármaco, y todo fué por seguir-  
su capricho. Yo le documenté que todas estas drogas nocivas y venená-  
licas las encubriera bajo una llave bien segura que sólo tuviera el -  
oficial más diestro, y con esta asidua diligencia se evitarían estos-  
equivocos mortales; pero a pesar de mis insinuaciones, no me respondía  
más sino que eso era particularizarse e ir contra la secuela de los -  
fármacos, sin advertir, "que es propio del sabio mudar de parecer", -  
sapientis est mutare consilium, y que "la costumbre es otra naturale-  
za", consuetudo est altera natura. Allá se le haya. Pero dime, ¿qué  
te has hecho tanto tiempo? Porque si no han fallado las noticias que  
en las alas de la fama han penetrado mis aurículas, ya días hace que  
te lanzaste a la calle de la oficina de Esculapio. (23) Esta parte -  
de la obra es de un fino humorismo, que jamás cae en la burla grosera.  
Perico se va del lado del médico cuando decide robarlo para vengarse-

de él. Luego él mismo pasa por médico y hace de las suyas; es vil y sinvergüenza y si a veces acierta por chiripa muchas otras fracasa tan lamentablemente que lo corren del pueblo a donde ha tratado de ejercer "la profesión". Por lo demás la sátira social aparece frecuentemente, a veces muy acertada: ¿Qué importa, comenta Lizardi, que el alba- cea se quede con la herencia de los menores, porque éstos no son ca- paces de reclamarla? ¿Qué con que el usurero retenga los lucros? -- ¿Qué con que el comerciante se engrandezca con las ganancias ilícitas? ¿Ni qué, en que otros muchos, valiéndose de su poder o de la ignoran- cia de los demás, disfruten procazmente los bienes que les usurpan? - Jamás los gozarán sin zozobras (Tomo II-31). Lo notable es que a Pe- riquillo lo van poseyendo, cabría decir, distintos vicios y pecados - de acuerdo con las circunstancias precisas que le toca vivir. Como - "médico" su tónica es, indudablemente, la vanidad, expresada en la for- ma verbal de pedantería. Es también necio y presumido, de lo cual ha- brá más tarde que arrepentirse. La descripción de los estados de con- ciencia es, a veces, acertada, aun cuando los personajes son un poco- le una sola pieza, sin que den lugar a finos procesos. Nada hay, nos dice Periquillo, que espante tanto al hombre como la conciencia crimi- nal. Lo acosa y amedrenta en todas partes, y va en proporción con la culpa del delito perpetrado. Por eso, aún cuando el delincuente ja- más sea perseguido, él se haya siempre inquieto en todas partes. El desgraciado no vive sin fatiga, no se alimenta sin angustia, recelo y amargura que llegan hasta quitarle el sueño. Tal es el estado inte- rior, anímico, por el cual Pedro atraviesa con frecuencia. (II-79).

En cuanto al problema del amor, se presenta en él en forma muy se-

mejante a la de sus antecesores. Confunde siempre amor con pasiones y eso lo lleva al fracaso. La primera vez que se casa, pasa algunos días con su esposa en pleno estado de felicidad. Pero como es un matrimonio basado en la falsedad y en la hipocresía, pues engaña a la muchacha haciéndose pasar por un joven rico, ella viene a caer en la mentira, además de que se da cuenta de su flojera e inutilidad, celos y malos tratos. Tales cosas, es natural, debilitan tan ya en principio débil amor. Periquillo es, como Esteban, incapaz de querer a nadie como no sea a sí mismo; con nadie puede ser sincero si no es con él; de nadie le interesa el bienestar como no sea el propio. Los malos matrimonios, la falsa amistad, la envidia, dan ahora lugar para que Lizardi amoneste con dureza a sus contemporáneos, sin cansarse de fustigar con fracasos al pobre Periquillo. Por eso Lizardi no agota nunca el tema repitiendo incansable que la vida de Pedro no debe tomarse como exclusivo pasatiempo, pues entre los extravíos, lances burlescos y largas digresiones, se debe procurar aprovechar las máximas de sólida moral que van sembradas (II-159); todo lo cual dicho está por los múltiples periquillos que hay en el mundo (Ibidem). El lance termina con la muerte de su esposa y el arrepentimiento momentáneo de Periquillo. La segunda vez que se casa -y última-, será definitivamente feliz, lo cual le acarrea una regeneración total, final en cierta forma romántico que ya analizaremos más adelante.

Periquillo, como Guzmán, va empero de mal en peor; tal parece como si las circunstancias no acontecieran en su vida; no hay lecciones ni experiencias aprovechables; todo se le escurre y él, como pez en el agua, vive en el mal con soltura y felicidad. Una vez más lo en-

contramos, pero ahora es peculado y hasta profanador de cadáveres, --  
«Chusca, grotesca, es la aventura en que dismantelan -él y un amigo- -  
el cadáver de una vieja para robarla, pues en ese momento el cuerpo -  
se desploma, abiertos los brazos, encima de Pedro y su ayudante. Am-  
bos creen morir de miedo, pues piensan que la vieja ha resucitado pa-  
ra tomar venganza y caen desmayados hasta el amanecer, en que son en-  
contrados por el sacerdote de la iglesia donde el cadáver está guarda-  
do. Huye y vuelve a tomar su acostumbrado trato en estas aventuras -  
desaventuradas.

Las calles de mala nota, las pulquerías, los mesones, los citios  
ordinarios lo ven pasar a menudo. Sus camaradas son los tahures, los  
borrachos, léperos, rufianes y todo género de pelados. Así, llega a-  
una especie de corte de los milagros en la cual aprende -también él--  
el oficio de mendigo. Por supuesto un código de mendicidad (a la ma-  
nera en que aparece en Guzmán) está descrito con minucia. Periquillo  
se finge ciego y nos enseña la manera de pedir. De los pordioseros--  
Lizardi opina que sólo deben serlo los verdaderamente necesitados, pe-  
ro que hay que combatir a los falsos mendigos; es una postura equili-  
brada que trata de guardar como hombre moderno. En esto hay un abis-  
mo entre la mendicidad de Guzmanillo que lo eleva a héroe y la de Pe-  
riquillo, que es sólo pretexto para hacer sermones en contra de los -  
parásitos sociales. Lizardi no va precisamente en favor de los po---  
bres, sino de los que, siéndolo, son, al mismo tiempo, honestos: Así-  
hablara yo a los ricos soberbios y tontos al mismo tiempo que a voso-  
tros. ¡oh pobres honrados! os alentara a sufrir sus impropiedades y bal-  
done, a resignaros en la divina providencia y a continuar en vuestros

afanes honradamente, satisfechos de que no hay oficio vil como el hom-  
bre no lo sea; ni hay riqueza ni distinción alguna que descargue de --  
las notas de necio o vicioso a quien las tiene (I-256). Después, en--  
contra del pobre vicioso, en una nota a la página 256: A esos se diri-  
ge el apóstrofe, no a los pobres viciosos, pues a éstos si los ultra--  
jan por su mala conducta, bien se lo merecen. Ser pícaro a más de ser  
pobre es gran desgracia. Y en otro lugar: ...mientras menos tiene que  
perder el hombre, es más pícaro, o cuando no lo sea, está expuesto a --  
perlo. Por eso los hombres más pobres son los más perdidos y viciosos,  
porque no tienen ni honor ni intereses que perder (Tomo II-263). De -  
esta manera y aun cuando Lizardi en apariencia siga fielmente la línea  
de la picaresca, habrá siempre diferencias radicales que obedecen a la  
realidad histórica vivida. Pedro Sarmiento, bien se ve aquí, no por -  
ser mendigo obedece a circunstancias tan trascendentales como lo son,-  
para Guzmán, la miseria humana y la pobreza, indicadores del amor que  
nos tiene a los hombres. La influencia de Castillo Solórzano es evi-  
dente cuando Lizardi comenta, por boca de un pordiosero que También es  
necesario que sepa usted el orden de pedir según los tiempos del año -  
días de la semana; y así los lunes pedirá por la Divina Providencia,  
por San Cayetano y ... las almas del Purgatorio; los martes por San --  
Antonio de Padua; los miércoles por la Preciosa Sangre; los jueves por  
el Santísimo Sacramento; los viernes por los Dolores de María Santísi-  
ma; los sábados por la Pureza de la Virgen, y los domingos por Toda la  
orte del Cielo. (Pág. 171). Las mañas que se requieren para pedir --  
son pues indispensables al oficio, porque con la plegaria adecuada en-  
decuado tiempo, se excitan mejor la devoción y la piedad, afirma Pe--

riquillo. Él se siente contento pues según dice ¿quién no envidiará mi fortuna al verme admitido en la honradísima clase de los señores mendigos, en cuya respetable corporación se come y se bebe sin trabajos? (174). Pero claro, no puede Pedro vivir tanto tiempo con una misma gente y de buenas a primeras salta a ser escribiente del subdelegado de Tixtla, puesto que le permite robar a manos llenas y abusar de todo aquel que siendo débil, esté al alcance de su rapacería. Confiesa cínico que es al mismo tiempo el secretario, escribano, director y alcahuete del subdelegado. Entre otras cosas destierra a una muchacha bonita porque no le concede sus favores y le burla la mujer a un pobre y honrado trabajador: es su época más arbitraria y canallesca.- El azar lo lleva de nuevo a la cárcel y después se hace soldado, ayudante de un coronel, al cual embauca con su verba abundante e insincera.

Pero ésta es una nueva etapa de la vida de Periquillo en la que encuentra una regeneración, aun cuando pasajera. El coronel es uno de los caracteres que encarnan las virtudes humanas en la obra. Gracias a él, Pedro escarmienta y durante ocho años -los que pasa en su compañía se hace hombre de bien. Sale de México, va a Acapulco y de allí embarca a Manila, en donde pasa el tiempo al servicio del militar. En realidad en Periquillo no encontramos la afición al viaje tan marcada que tienen los pícaros españoles; su sed de aventuras se sacia en la ciudad. No necesita salir de México para buscar fortuna en otra parte; no es un viajero de oficio, pudiera decirse. Sin embargo, la excepción es su viaje a Manila, a cuya vuelta naufraga y va a dar a unas islas donde se queda a vivir con un chino, ejemplo, igual que-

el coronel, de virtud y calidad humanas.

✓ Varias son las peripecias de la travesía, pero en general, la novela cambia de tono y se vuelve un poco artificiosa, menos natural. Periquillo, por ser regularmente bueno, tiene ahora menos que contar; sus aventuras son menos interesantes y él lo sabe; quizás esta es la causa por la que años más tarde reincide en el pecado. Lo cierto es que cuando regresa del Pacífico, trayendo al chino consigo, vuelve a las andadas. Por su parte, el chino viene a ser una encarnación de una utopía. Lizardi pone en su boca la equidad y la sabiduría; su isla es un oasis de paz y cultura que es un modelo de perfección digno de imitarse. América, Occidente en general, deben tomar ejemplo de una organización de este tipo. El chino no deja de burlarse de nuestra civilización. Esta parte, evidentemente, es un eco (quizás inconsciente) que el escritor tiene de la Ilustración. El siglo XVIII habla de la organización oriental como mejor lograda porque en ella el cristianismo, enemigo fatal de la humanidad y de la cultura, no hizo estragos. En Lizardi, claro está, sólo encontramos la pura forma de este pensamiento.

Aquí el escritor se permite digresiones de tipo social de gran importancia, como lo es el problema racial, que él mismo no tiene bien definidas. Sin embargo, Lizardi encuentra ocasión de hablar en favor de la igualdad de razas, en un pleito que tienen un oficial inglés y un negro. Pone en boca del negro la voz de la razón, mientras que el oficial alega por la de la injusticia. Los conceptos que expone no pueden ser más modernos: Pues siendo así -dijo el negro dirigiéndome la palabra- sepa usted que el pensar que un negro es menor -

que un blanco, generalmente, es una preocupación opuesta a los principios de la razón, a la humanidad y a la virtud moral (II-246). Enseguida propugna en contra de la esclavitud y cita autoridades como Buffon que "grita en contra de estos odiosos tratamientos que ha introducido la codicia". Despreciar a los negros por su color y por su religión, que no siempre es la cristiana, es un error; maltratándolos creyéndolos raza inferior, es crueldad; el creer que no son capaces de albergar grandes almas que conozcan la virtud moral, es tontaría. La raza negra puede tenerlo todo: sabios, valerosos, justos, -- desinteresados, sensibles, héroes. La única diferencia es sensual y aparente y por tanto, no debe de contar (250). Esta línea de pensamiento es, por una parte, influencia del siglo XVIII, pero creemos que directamente le venga de los humanistas mexicanos.<sup>(1)</sup> En cambio, del problema del indio nada nos dice; en todo caso, es muy europeo ocuparse del negro y no del indio; éste, para Lizardi, es, evidentemente, un estorbo, pues el Periquillo está lleno de digresiones en su contra: Si es cierto -nos dice Periquillo- que hay aves de mal agüero, para -

---

(1).- Recordemos que Lizardi nos dice: "Ya te he dicho y hasta leído, que el hombre debe ser en el mundo un cosmopolita o paisano de todos sus semejantes, y que la patria del filósofo es el mundo". Igual que el padre Márquez: "Pero el verdadero filósofo, así como no asiente tales opiniones, así tampoco acusa inmediatamente de error a todos en un solo haz. Es cosmopolita (o sea ciudadano del mundo), tiene por compatriotas a todos los hombres, y sabe que cualquier lengua, por exótica que parezca, puede, en virtud de la cultura, ser tan sabia como la griega y cualquier pueblo por medio de la educación, puede llegar a ser tan culto como el que crea serlo en mayor grado con respecto a la cultura; -- la verdadera cultura no reconoce incapacidad en hombre alguno, -- o porque haya nacido blanco o negro...etc. (Jiménez Rueda, J.; - Historia de la Cultura en México; pág. 182).

¡Las aves más funestas y de peor prestigio son los indios, porque por ellos me han sucedido tantos males (I-87). Los indios son especie de seres extraños, casi míticos, que, igual que las mariposas negras o los cuervos, traen mala suerte. La paridad de razas es pues, en Lizardi, bastante relativa.

Un avaro, compañero de viaje de Periquillo, le hace decir con énfasis: ¡Ah, dinero, funesto motivo de la ruina temporal y eterna de los hombres! Días ha que un gentil llamó neciamente, sagrada (mejor hubiera dicho maldita) el hambre de oro, y exclamó que ¿a qué no obligaría a los mortales? Hijo... nunca sean la plata ni el oro los resortes de tu corazón; jamás la codicia del interés sea el eje sobre tu nueva voluntad. Busca el dinero como accidental, y no como el único y necesario para pasar la vida. La liberal sabiduría de Dios cuando creó al hombre le proveyó de cuanto necesitaba para vivir, sin acordarse para nada del dinero (230); palabras todas eco también de la Ilustración; de la felicidad poseída por el "hombre natural"; el empeño de la virtud.

A su regreso, después del naufragio y perdida su fortuna amasada con tantos trabajos, Perico piensa en hacerse noble y se finge conde ante el chino; la ambición lo invade nuevamente y se pone a soñar. -- ¿Qué le podrá impedir disfrutar de diversiones, valiéndose del engaño? ¿Qué ~~cantidad~~ cantidad de aduladores no lo rodeará, canonizando sus vicios como si fueran virtudes, aunque en la mente resulten sus peores enemigos?; si antes estaba jovial y cariñoso, la ambición, en unos -- cuantos días, lo había tornado intratable por soberbio: se hizo aborrecible de todos con razón. ¡Qué ingenuos nos parecen estos cambios

de personalidad, tan radicales y poco suavizados! Pedro, como hemos-  
venido notando, sólo muy de vez en cuando logra tener sutilezas en el  
carácter, pues por lo general su psicología es muy rudimentaria. Na-  
turalmente sus planes fracasan y el chino, más listo que él, lo repre-  
nde y lo hace su criado. Entonces, desesperado, trata de suicidarse,-  
lo que no logra conseguir. A pesar de estas crisis nerviosas, Peri-  
quillo nunca llega a ser verdaderamente un fatalista, ni asoma a su -  
espíritu la faz vieja y cansada del desengaño. Se queja, pero su in-  
fortunio no es tan negativo que lo obligue a la postración o al desan-  
helo. Cuando más, parodiando a Góngora nos dice:

Aprended, hombres de mí,  
lo que va de ayer a hoy,  
que ayer conde y virrey fui  
y hoy ni petatero soy

(Tomo II; 364).

Recontando sus infortunios, piensa que está, con razón, acobarda-  
do: en una ocasión una vieja le estampa una chinela en la boca; otra-  
vez, lo muelen a golpes y lo orinan los presos en la cárcel; una más-  
le dan una puñalada que lo pone al borde de la tumba, por cosas de --  
amor. Son tantos sus malos ratos, que jamás acabaría de contarlos; -  
¿acaso no lo corrieron a pedradas los indios de Tula? ¿y no le que--  
bró un indio setenta ollas en la cabeza? Una coscolina lo apedreó y-  
un difunto lo aporreó (pág. 374). Sus lamentaciones son constantes y  
el pobre se tiene que consolar sólo, pues nadie hay a su lado que lo-  
haga por él.

La necesidad lo obliga a formar parte de una banda de ladrones -

capitaneada por su antiguo amigo Aguilucho. Aquí aparece un rasgo de su carácter hasta ahora poco explotado: su cobardía. Confiesa que -- fué soldado de mantequilla, lo que no le impide ser cruel y sanguinario cuando la ocasión se le presenta, tanto, que nos recuerda una vez más a Estebanillo González. Se hace pasar por cirujano y le corta -- una pierna a un infeliz; enterado del caso, Aguilucho pregunta los -- instrumentos que son necesarios, a lo cual Periquillo contesta:

- Una navaja curva y una sierra inglesa para aserrar el hueso y quitarle los picos.

- Está bien - dijo el Aguilucho.

Y se fueron.

A la noche vinieron con un tranchete de zapatero y una sierra de gallo. Sin perder tiempo nos pusimos a la operación. ¡Válgame Dios! ¡cuánto hice padecer a aquel hombre! No quisiera acordarme de semejante sacrificio. Yo le corté la pierna como quien tasa un trozo de pulpa de carnero. El infeliz gritaba y lloraba amargamente; pero no le valió porque todos lo tenían afianzado. (II-382)

La novela teca a su término y Lizardi, en unas páginas más, logrará lo que no logré ninguno de los novelistas españoles, aun cuando para nosotros éstos lo hagan conscientemente: la regeneración de su personaje. El arrepentimiento asoma una vez más a la vida de Periquillo pero ahora quedará adueñado de su espíritu para siempre. - Reniega, de una vez por todas, de su vida anterior, nefasta por todos los costados. En un trozo muy bien logrado (influencia de Quevedo), ya siendo él viejo, nos da su opinión acerca de los hombres malos: Estos amigos pícaros que me perdieron y que pierden a tantos-

en el mundo, saben el arte maldito de disfrazar los vicios con nombres de virtudes. A la disipación llaman liberalidad; al juego, diversión honesta, por más que por modo de diversión se pierdan los caudales; a la lubricidad, cortesanía; a la embriaguez, placer; a la soberbia, autocracia; a la vanidad, circunspección; a la grosería, franqueza; a la chocarrería, gracia; a la estupidez, prudencia; a la hipocresía, virtud; a la provocación, valor; a la cobardía, recato; a la locuacidad, elocuencia; a la zonería, humildad; a la simpleza, sencillez; a la... (II-409). Para Lizardi el pícaro es aquel mal nacido que por virtud de su astucia y pésimos instintos, es capaz, mientras la justicia y la razón humanas no lo aniquilen, de alterar todo el orden universal de las cosas, al ir contra leyes divinas y humanas. Por eso lo que menos puede hacer es convertir y regenerar a Periquillo, que, si es verdad que empieza por practicar la caridad, es el amor de una mujer la que lo hace redimirse en el matrimonio y la virtud. En un estilo casero y familiar, como él mismo lo llama, Lizardi escribe toda su novela y acaba por recoger al final, en forma algo forzada, las historias de todos los personajes diseminados a lo largo de ella, probablemente en imitación a obras de este tipo. Su intención reformadora queda cumplida.

Este modo de terminar Periquillo Sarniento, a pesar de que el propio Pedro muere más tarde, es un "happy ending" muy propio del siglo XIX, el cual ha heredado la vieja maña del XVIII que consiste en pensar que vivimos en el mejor de los mundos posibles; idea que va a recoger, en forma definitiva, la filosofía del pragmatismo americano de William James. No en balde se le llama así, "happy ending", -

con el nombre inglés. La literatura de la época obedece a este anhelo: dejar una novela desastrada parecería indicar que éste no es el mejor de los mundos, lo cual va en contra de este tipo de ideas.

Pero en definitiva, ¿qué lugar ocupa Periquillo en la línea de la picaresca? ¿Es en verdad un pícaro? Cabe la posibilidad de pensar, como hemos venido apuntando, que quizás sea una contradicción ontológica en el pícaro redimirse. Periquillo no es un símbolo, como el pícaro español, de una decadencia; no está envuelto en desengaño y amargura. Al haber afirmado nosotros en páginas anteriores que sólo el género español es auténtico, ¿negamos la autenticidad de Periquillo? Si no es así, ¿cómo explicar su ser histórico?

Edmundo O'Gorman en La idea del descubrimiento de América ha dicho que muchas veces las formas artísticas suelen sobrevivir a sus premisas, es decir, se pierde el sentido de lo que se dijo y sólo queda la forma escueta. El género de la picaresca depende de determinadas circunstancias históricas de espacio y tiempo: da solución a ciertos problemas, tiene un sentido. En México se independiza de esas circunstancias, no depende de ellas. Tal género se ha convertido en una fórmula: es un molde literario que puede ser utilizado por un escritor en el sentido de que "se puede escribir picaresca", fuera de las circunstancias que la envolvieron primordialmente. El escritor utiliza al pícaro para decir ciertas cosas que quiere o debe decir. En el caso de Periquillo, Lizardi utiliza la picaresca para enseñar, lo que es violentar tremendamente al pícaro, pues éste no adviene a las letras mexicanas de una manera natural. Caso muy distinto es la enseñanza que la figura del pícaro trae en sí, como intento de lección moral y de salvación en la novela española del XVII. Pero Lizar

di al redimir al pícaro contradice su íntima esencia. Esta contradicción es doble, por ser redención en sí y porque tal redención es, en mucha forma, de tipo romántico y nada hay tan opuesto a lo esencial - en el pícaro como el Romanticismo.

Periquillo acaba por ser un modelo de virtudes que cobran solidez en cuanto se enamora de una muchacha buena que lo acompaña hasta su muerte. Es la mujer, como ya advertimos, la que redime al hombre, y por ello el caso es comparable al que acontece con el Don Juan Tenorio de Zorrilla, en el que Don Juan es salvado por el amor de Doña Inés. Zorrilla hace a un lado el sentido teológico que Tirso observa en El Burlador de Sevilla y se queda con el donjuanismo exclusivamente como "materia" para expresar un sentido histórico distinto. Por eso Periquillo es una exposición de la encrucijada histórica en la que está Lizardi: los fines para los que el escritor ha utilizado la picaresca son ajenos a la picaresca española, y de allí la contradicción. Tanto en uno como en otro caso (en Zorrilla y Lizardi) es el coger -- la forma hueca y servirse de olla como mero instrumento. Lizardi expresa en "picaresca" el sentido utópico mexicano: toma un molde ajeno para lograr lo propio y en este aspecto es auténtico. Lo mismo sucede en política. ¿No es así el movimiento de Independencia? Tomar la Constitución Americana como fórmula y tratar de vaciar en ella el --- contenido mexicano.

La rebeldía de Periquillo -entronque y vivencia del Romanticismo, según opinión de Agustín Yáñez- tiene implícita una libertad histórica proyectada al futuro, que el pícaro español desconoce. Este - último, sin regenerarse, encuentra a la postre su libertad y con él -

la de España; pero es la libertad fuera de esta vida, lo trascendente: Dios. Periquillo en cambio quiere su libertad aquí, para él y su historia; libertad inmanente en última instancia, que nada tiene que ver con la otra, a la que aspira la España del siglo XVII.

En Periquillo la realidad mexicana se hace presente en la novela. Ya en él se notan una serie de características que explican la psicología del pueblo bajo. El "pelado", por ejemplo, según definición de Samuel Ramos, (1) se amolda en parte al modo de ser de algunos personajes de la obra y en parte, también, al del propio Periquillo, cosa que veremos en las novelas posteriores de índole parecida. El sentimiento de menor valía, que acusa un complejo de inferioridad; la desconfianza, la agresividad, el "machismo", son tónicas que caracterizan al "pelado". De allí se deduce la conexión histórica que éste y el pícaro tienen. Por eso, de la variada gama de tipos humanos que existe en la germanía mexicana: el "pelado", el "rufián", el "lépero", saldrán después multitud de personajes que se diseminarán en la novela posterior al Periquillo. Constituyen estos tipos lo que se llama en general el "sinvergüenza", que no tiene el rango histórico del pícaro. Nos toca ahora estudiarlo, sacarlo de la novelística mexicana de los siglos XIX y XX pues con ello daremos por terminado el recorrido que hemos emprendido.

---

(1).- "Es un individuo que lleva su alma al descubierto, sin que nada esconda en sus más íntimos resortes. Ostenta cínicamente ciertos impulsos elementales que otros hombres procuran disimular. El "pelado" pertenece a una fauna social de categoría ínfima y representa el deshecho humano de la gran ciudad. En la jerarquía económica es menos que un proletario y en la intelectual un primitivo" (El Perfil del hombre y la cultura en México; pág. 54).

IX.- EPÍGONOS

- - - - -

La popularidad e influencia de Periquillo son considerables en el siglo XIX, período en el cual puede decirse que ya aparece, con propiedad, la literatura mexicana. La novelística del XIX es amplia y variada, por lo que nosotros hemos hecho una revisión de aquellas obras que, debido a su peculiar sentido, pudieran haber tenido conexiones con la picaresca, bien en línea recta con la producción española del XVII, o con ella a través de Lesage y Fernández de Lizardi. En todo caso, sólo vamos a tratar de detenernos en situaciones y personajes en los que hayamos encontrado ecos (no pueden ser más que eso), de la picaresca, caracteres que fluctúan, como ya advertimos, del pelado al rufián, quedándonos al margen de lo que constituye el asesino, que presenta ya un problema ajeno a nuestra investigación. Pero antes de estudiar o revisar estas producciones, nos detendremos algo más con Lizardi, que en su Don Catrín de la Fachenda nos encontramos con un tipo literario que debemos analizar.

Don Catrín es una novela corta, en cierto sentido de costumbres, que sigue la línea paterna de Periquillo. Decimos que es en cierta forma de costumbres, porque nos parece que Don Catrín es la exageración (y como toda exageración, grotesca) del tipo logrado por Lizardi con Pedro Sarmiento. Don Catrín es un joven inquieto, voluble, de cierto nivel social que, debido a su mala educación (eterno problema de Lizardi), se pierde en los vicios, sin que al final de su vida llegue a tener algún arrepentimiento por las culpas cometidas. En plan satírico, más que moralista en el sentido de Periquillo, Lizardi pin-

ta una vida extremosa y caricaturesca. Todo en la obra acentúa los problemas de su novela anterior, de modo que si a aquella la consideramos simbólica en mucha parte, ésta queda convertida en símbolo puro. Los personajes son tiesos, acartonados, y no tienen la viveza ni la frescura de los que acompañan a Periquillo en sus aventuras. Con nombres alegóricos (El Tremendo, Modesto, etc.), Lizardi nos da las tónicas de cada uno de sus caracteres. Catrín tiene, por su parte, un afán obsesionante de ser noble, ilustre, distinguido. Desprecia lo humilde, lo que está fuera de toda posibilidad de contacto con él mismo, figura de oropel. Hace alarde de su insensatez y procura, cínicamente, vivir al margen de toda moral cimentada y firme. Como Periquillo, gusta del juego, sólo que en Catrín el vicio lo lleva, sin que jamás pueda desprenderse de él, a perder lo poco que tiene.

Don Catrín es pues un desorientado, sin vocación ni verdadera línea que seguir pues no sirve para nada. Pensar que pueda solucionar sus problemas en la vida del campo (recordemos que para Lizardi el futuro de su patria sólo es la agricultura), es en Catrín una quimera absurda: eso se queda para los labradores o los indios, que son, en todo caso, gañanes y gente sin principios: Conque yo no se que carrera emprender que me proporcione dinero, honor y poco trabajo (pág.16). Se hace cadete sólo para llevar algo más descansada su vida, pero el intento de un rapto de una muchacha a la que seduce porque es rica, le acarrea su expulsión de la milicia. La muerte, la eternidad y el honor, son por lo demás, sólo fantasmas con los cuales la gente espanta nada más a los niños, piensa Don Catrín en alarde de pasar por hombre de mundo.

En general el personaje no entusiasma de ningún modo y resulta -- chocante y de mal gusto desde los primeros capítulos: Si el primer -- año de esos dos fué bueno, el segundo fué inmejorable, porque a sus -- principios se le puso a mi padre en la cabeza la majadería de morirse, y se salió con la suya: mi madre no tuvo valor para quedarse sola, y -- dentro de un mes le fué a acompañar al camposanto (pág. 37). Como intenta hacerlo todo, y en todo fracasa, el donjuanismo llama a su puerta con igual resultado que todo lo emprendido anteriormente. Lizardi repite todas las fórmulas que ha usado en Periquillo y no se da cuenta de que ya le conocemos sus trucos: emprendí ser jugador, porque el asunto era hallar un medio de comer, beber, vestir, pasear y tener -- dinero sin trabajar en nada, pues eso de trabajar es para la gente -- ordinaria (pág. 54). ¡Cuán alejado está de la sinceridad y la gracia que tiene Periquillo al decirnos las mismas cosas con parecidas palabras!

Después, claro está, se hace mendigo, en rápida y catastrófica degradación; él mismo se admira de sí cuando ve que lo que no logró de colegial, ni de soldado, ni de tahir, lo hace de limosnero. Tal línea de conducta lo lleva al agotamiento físico, se enferma y va a dar al hospital, donde le cortan una pierna. Como se supone que quiera confesarse, le llevan al capellán, ante el cual Don Catrín tiene una reacción de marcado desprecio. Para quitárselo de encima le cuenta algunas mentiras y se queda tranquilo, aun cuando no deja de molestarlo el que aquél insista en su arrepentimiento. ¿Cómo ha de arrepentirse él, Catrín, si su comportamiento ha sido excelente?, nos dice en arranque no sabemos si de cinismo o estupidez. Nada podrá espan--

tarlo, ni la muerte, ni el juicio final, ni el infierno. Las postrimerías no asustan a un espíritu fuerte y equilibrado como el suyo. Don Catrín muere olvidado de todo el mundo aun cuando él cree alcanzar la inmortalidad contando su vida. Este es, en pocas palabras, el carácter que nos entrega Lizardi como repetición inagotable de su tema educativo, si bien aquí la lección no es, como en Periquillo, de primera intención. Creemos en verdad que Don Catrín es sólo la inercia que tiene Periquillo sin ninguna otra intención importante, distinta en algo de las observaciones que se han hecho en el capítulo anterior. Teniendo en cuenta los "matices diferenciales" que hace notar Agustín Yáñez,<sup>(1)</sup> Catrín se adapta en todo a esta definición que se nos da del lépero: "incapaz de nada noble, ni siquiera de los recursos ingeniosos del pícaro, reacciona con villanía y bajeza", lo que concuerda muy bien con lo que nos dice Zamora Plowes<sup>(2)</sup> al estudiar la genealogía de la palabra catrín: "debe provenir de catre, inventada por los léperos para señalar, despectivamente, a sus congéneres que saltaron del petate al catre. Más tarde se generalizó para designar a todos los que dormían en cama y no vestían como los pelados".

Al ser Periquillo y Don Catrín las dos únicas obras que nos interesan en este estudio, por las afinidades con él, dejamos a Fernández de Lizardi para hacer una búsqueda en varias novelas mexicanas entre los años de 1865 a 1890 aproximadamente.

---

(1).- Fichas mexicanas: pág. 74.

(2).- Quince Uñas y Casanova aventureros: Tomo II: pág. 260.

Siguiendo un orden cronológico, comenzaremos por la obra de Luis G. Inclán Astucia, novela mexicana de costumbres donde aparece claramente el primer tipo genuinamente nuestro, el charro, fusión plena y madura que hacen con el tiempo las razas indígena e hispánica. En -- realidad Astucia no es una novela que pueda catalogarse ni con mucho, dentro de la línea picaresca que hemos venido estudiando, Ello no -- obstante, si pensamos en Inclán y lo incluimos dentro de estas pági-- nas se debe al hecho de que el personaje principal, Lorenzo Cabello, -- "Astucia" de sobrenombre -- tiene una juventud medio picaresca y en --- ocasiones actúa, en un cierto sentido, como pícaro. Es decir, en As-- tucia se notan reminiscencias lejanas y vagas de un género en desuso que ya no tiene vigencia alguna.

Más que en Periquillo la conciencia nacional se acentúa en esta obra, tan "charra" en todos sentidos. No cabe duda que tiene un deter-- minado valor histórico porque es la primera que nos presenta este ti-- po mexicano que encarna el ideal de un cierto sector del pueblo de -- provincia del siglo XIX. Astucia es la personificación del va-- lor, de la integridad, del honor entendido en forma muy propia, con-- cierto espíritu de aventuras y un "machismo" muy acentuado. Fanfa--- rrón algunas veces, no deja, empero, de sernos agradable, aun cuando muchas veces la obra caiga en una cursilería verdaderamente lamenta-- ble. Ello no obstante, se salva por su colorido, por su penetración para pintar las costumbres de la gente de campo. Su lenguaje -- en -- línea directa con el de Lizardi -- es también un acierto. El mismo -- Inclán nos hace saber que relata en la novela casos tal y como acontecieron, estrictamente apegado a la verdad, valiéndose de su pro-- pio dialecto, con el fin de no desfigurar hechos ni personajes, omi--



que Inclán ataca duramente. Astucia es, si se quiere, la personificación de la justicia y la rectitud en todos los órdenes, cosas que a la postre y a pesar de las adversidades presentadas, acaban por -- triunfar.

Parte de la novela es romántica. El charro, una vez olvidado el primer amor frustrado -la muchacha se ha casado con un hombre adinerado-, se enamora de una mujer a la que conoce en un baile. Las circunstancias les son desfavorables y después de muchas peripecias, ambos huyen a gozar un amor prohibido después de un rapto inevitable.- La obra termina también en un final feliz, muy a la manera del Periquillo, aun cuando bastante más acentuado,

En Astucia, pues, sólo hay elementos formales -muy pocos-; el pícaro asoma en pocas ocasiones y sale, en verdad, muy mal parado, pues como ya hemos visto, la regeneración de Lorenzo no es sólo total, -- sino que acaba por personificar la temeridad y el valor en la figura del charro mexicano.

También de corte romántico Martín Garatuza, de Vicente Riva Palacio acusa una conexión más directa con el pícaro. Novela histórica inspirada en los archivos de la Inquisición, se sitúa en la época de la Colonia y hace resaltar, en tonos exagerados y violentos, el problema del criollo durante el Virreinato. Sin embargo Martín Garatuza tiene en principio una marcada tendencia en contra del régimen colonial, tendencia que desaparece inconscientemente, a medida que avanza la obra, para dar lugar exclusivamente a un puro relato de -- aventuras que sólo se propone entretener y divertir, según expresión del autor, fuera de toda pretensión literaria.

Martín Garatuza es un personaje legendario, aventurero, audaz, - que simboliza la inteligencia y la suerte en favor de la justicia y del bien en contra de intereses bajos y despreciables. La novela es, como todas las de Riva Palacio, de enredos e intrigas, en los cuales la tónica amorosa tiene un papel preponderante. Castro Leal, que prologa la edición que hemos consultado, dice que "El protagonista de -- Martín Garatuza, que Riva Palacio se encontró ya de cuerpo entero en los archivos inquisitoriales, es una especie de pícaro; pero en lugar de pintarlo en su propio ambiente -los bajos fondos de la picardía colonial- lo muestra como instrumento de intriga en sus relaciones con otros intereses y otras clases sociales". (Prol; VIII).

Complicado en asuntos de muy diversa índole, Garatuza trata, en lo fundamental, de conspirar en contra del régimen gubernamental del Virrey Marqués de Cerralvo, para lograr -en afán romántico de libertad, totalmente anacrónico en Riva Palacio,- la Independencia de México. Por eso sus actividades lo colocarán como espía muchas veces, disfrazado de mozo o sacerdote, oficios que nos recuerdan las habilidades de los pícaros de la novela española del siglo XVII.

Cómico muchas veces, efectista las más, Riva Palacio logra su -- propósito de diversión y así ante nuestros ojos Garatuza hace de las suyas burlando a todo incauto que cae en sus manos. En una ocasión -pasa por sacerdote: Una hora después, Martín estaba delante del altar celebrando su primera misa en presencia de un devotísimo pueblo que miraba edificado al nuevo sacerdote (I-269). Y en seguida: El sermón hacía furor, los devotos lloraban y el predicador descendió a continuar la misa en medio de las bendiciones de sus fieles. (Ibidem)

Otra vez engaña al Virrey haciéndole creer, por conducto de una vieja amiga suya, que un cadáver comprado de ocasión es el de él y con eso se libra de sus persecuciones. Martín es el prototipo de aventurero de novela romántica, sólo que él mismo resulta romántico a medias, - pues nada se nos dice de sus sentimientos de tipo amoroso.

Algunos años posterior a Martín Garatuza es la novela de Manuel Payno Los Bandidos de Río Frío, obra extensísima que apareció en forma de folletín a la manera de las novelas francesas de tipo histórico. Varias veces nos dice el propio Payno que él, sin ser en verdad un literato, lo único que desea lograr es un cuadro, lo más acertado posible, del México de entonces en todos sus aspectos, acentuando la tónica social ya que el suyo es también un libro de costumbres. En Payno al mismo tiempo notamos el afán que tiene de retratar sitios - que tienden a desaparecer con el tiempo, para perpetuarlos en sus -- páginas, como cuando nos habla del puerto de San Lázaro, de pintoresca animación, inexistente ya para la época del novelista. Los Bandidos de Río Frío está inspirada en acontecimientos que hicieron un gran escándalo en la época en que se produjeron; así pues, sólo son ficticias las situaciones adyacentes y alguno que otro personaje. -- La obra, como todas las de su género, es, ya dijimos, tan larga, que Payno en alguna parte confiesa que ni él sabe cuál va a ser el final de sus personajes. Llena de situaciones complicadas, de enredos y - dificultades, surge la trama alrededor de una famosa banda de foragidos que se refugiaron en los montes de Río Frío para asaltar la diligencia que hacía el recorrido entre México y Veracruz. Los caracteres descritos son bastante objetivos, vistos muy por fuera; el aná

lisis poco escrupuloso, y aun a veces, ingenuo y hasta contradictorio (como el caso de Cecilia, la frutera de la Merced que es, al mismo tiempo que éso, una dama de finos sentimientos y maneras exquisitas). En cambio las costumbres (algunas de ellas) no dejan de entusiasmar al lector por lo bien logradas que aparecen.

El de Payno es un México heterogéneo, es decir, bastante exacto a su ser real, lleno, en parte, de tradiciones coloniales e indígenas, pero también de corrientes modernas que en esa época lo empezaban a invadir, como lo era el pensamiento del siglo XVIII y algunas de sus consecuencias, entre otras, las logias yorkinas que tanto pavor causaban entre los católicos de buena cepa. Así pues, costumbres del pueblo se nos describen en la forma siguiente: Las ceremonias que precedieron a la primera medicina fueron, si se quiere, sencillas. Se mató un gallo después de las doce de la noche y con su sangre se untaron dos cazuelas pequeñas que deberían servir para confeccionar cataplasmas para el vientre. A las cinco de la mañana, la enferma y las dos curanderas se postraron y besaron siete veces el suelo, a las ocho se encendieron a la Virgen de Guadalupe siete velas de cera de a libra cada una, y a las nueve en punto la enferma bebió un vaso con un cocimiento preparado por Matiana, y se le aplicó al vientre una cataplasma regada con la sangre de la lagartija. Las ventanas se cerraron, y el rancho quedó en silencio y en expectativa esperando el resultado (Tomo I; pág. 48). Y en seguida, con --trastando: Don Espiridión nada supo de ésto. Su mujer se lo ocultó temiendo contara el caso a las gentes de Tlalnepantla y se burlaran, pues entre los funcionarios había ya masones que no creían más que

en el Gran Arquitecto de la Naturaleza y se avanzaban a negar la aparición de la Virgen (I-50). Todo el libro está lleno de esta clase de costumbres que resultan la parte más atractiva; o también el escritor hace observaciones agudas sobre el carácter del mexicano, tales como ésta: ¡Qué gentes las del pueblo de México! Así pasan la vida. La cuestión del ahorro y de la economía, que es la cuestión capital de los franceses y los suizos, les es enteramente desconocida! (I-194).

Volviendo a nuestro tema, entre la serie interminable de personajes que pueblan Los Bandidos, a nuestro parecer sólo dos tienen características picarescas: Bedolla y el Licenciado Lamparilla, sobre todo el primero. Bedolla se coloca en un puesto público y es el clásico oportunista que se hace pasar por abogado, habiendo sido antes "tinterillo" en su pueblo. Es un hombre falaz y engañoso que se enriquece a costa de la incultura de la gente, no porque él sea culto, sino porque, eso sí, es listo y emprendedor. Inquieto, vivo y a veces hasta temerario es también cobarde cuando se ve perdido. Lamparilla es bastante mejor, pues para él está primero el amor que siente por Cecilia la frutera, aun cuando, complicado en las trapacerías de Bedolla, no deja de tener un temperamento apicarado. Hay otros tipos parecidos a él como Don Justo, que lleva negocios sucios y que a la postre es aniquilado al igual que Bedolla. Lamparilla, por su parte, acaba casándose con Cecilia.

Sin duda uno de los personajes más importantes es Relumbrón, que primeramente aparece como un sinvergüenza, bastante parecido al pícaro, pero que al final termina por ser asesino, víctima de su co-

dicia y de sus inclinaciones al juego. Hijo de la casualidad y del amor ilícito, Relumbrón pasa por ser un calavera lleno de buenas cualidades; hay pues en él una marcada doble personalidad que acaba por ponerse en claro y es, al final, ejecutado para escarmiento de los habitantes de la ciudad de México. Como decimos, no puede resistir Relumbrón su pasión por el oro, que lo hace soñar en absurdas fantasías de grandeza: Relumbrón no pudo resistir. A pesar del cansancio y del polvo de que estaba cubierto hasta las cejas y pestañas, en vez de entrar descendió para la calle del costado de casas que en suave pendiente conducía a la plaza, que era el punto donde comenzaban las nuevas construcciones y de donde partían las pintorescas y concurridas calles de que hemos hablado.

-Todas estas riquezas podrán ser mías en dos horas. Una sorpresa de los desalmados valentones de Tepetlaxtóc, podría acabar con una guarnición descuidada y dispersa, y los comerciantes no podrían organizar una defensa... ¡Qué dicha! En dos horas ser rico, riquísimo, dueño de millones, porque millones hay aquí, como quien dice, tirados en este triste pueblo y en estos campos estériles. Don Cayetano Rubio, don Gregorio Mier y Agüero González, serían unos pobres comparados conmigo (I-294). Y para lograr sus robos, Relumbrón se ingeniaba haciendo reuniones en su casa con gente de dinero: Relumbrón servía a todos, hasta lograr que el gas alegre de los vinos subiese al cerebro de sus convidados; pero él apenas besaba la espuma del champaña y al disimulo tiraba el resto debajo de la mesa; y chanceando con uno y platicando con otro, logró saber los negocios más notables que se habían verificado; quién había ganado o perdido;

los rumbos para donde se dirigían los efectos comprados o retirados de la feria; el dinero acuñado o en barras que tales o cuales personas llevaban; en fin, cuanto pudo y deseaba saber (IV-324). Relumbrón es, como dijimos, a la postre y siempre llevado por las circunstancias, un asesino. Pero toda su actuación dentro de la novela, se conecta con las andanzas de los pícaros, aun cuando haya diferencias enormes entre aquél y éstos.

La novela termina con el aniquilamiento de todos los malvados, como sucede en Astucia. El bien y la justicia triunfan y los buenos tienen su recompensa. El autor, por otra parte, gusta de lo macabro y se goza en describir escenas truculentas para dar más dramaticidad a sus situaciones. En Los Bandidos de Río Frío de Payno hay también, como en Astucia y Martín Garatuza, sólo reflejos de la picaresca, pero jamás en modo alguno, encontramos un tipo que esté relacionado directamente con Periquillo y el pícaro en general, como sucederá en la novela mexicana del siglo XX.

Tres son las obras que aparecen en México en nuestra época que tenemos que incluir para terminar este estudio: La vida inútil de Pito Pérez (1938); El Canillitas; novela de burlas y donaires (1942) y La Comedia Mexicana: Quince Uñas y Casanova aventureros; novela histórica picaresca (1945), de Leopoldo Zamora Plowes.

Pito Pérez es una curiosa novelita que escribió José Rubén Romero, recientemente fallecido, con el propósito de presentarnos un tipo nacido de las bajas clases del pueblo mexicano. Con un sabor original, Romero se inspira en parte en Lizardi y en Lesage para ---

crear su novela -cua no su personaje- pues éste resulta muy distinto al pícaro, aun cuando presenta algunas semejanzas con él. El mismo Pito Pérez reconoce que sus aventuras lo son de Periquillo o de Gil-Blas, lo mismo que sus argucias (pág. 87). Está dividida la novela en dos partes: la primera es un diálogo del escritor con el propio Pito, a quien conoce en su pueblo natal, y la última es la vida de Pito años después, en que vuelve a encontrar al escritor, terminando con la muerte de Pito.

Con muchos aciertos entre los que contamos retratos de personajes, situaciones cómicas, pintura de costumbres, color local y personalidad, están mezclados al mismo tiempo en la obra, desgraciadamente, infinidad de detalles de mal gusto, de pornografía y escatologismo que realmente la desmerecen considerablemente. Romero se inspira con frecuencia en Quevedo y como él, trata de llamar a las cosas por su nombre, sin pensar que Quevedo puede hacerlo por su genio, mientras que Romero se queda escuetamente en el mal gusto sin poder llegar a causar en el lector otra sensación que no sea de desagrado. Desde el principio sabemos como es este curioso Pito Pérez: Sus grandes zapatones rotos hacían muecas de dolor; su pantalón parecía confeccionado con telarañas, y su chaqueta, abrochada con un alfiler de seguridad, pedía socorro por todas las abiertas costuras -- sin que sus gritos lograran la conmiseración de las gentes. Un viejo "carrete" de paja nimbaba la cabeza de Pito Pérez.

Debajo de tan miserable vestidura el cuerpo, aún más miserable -- ble, mostraba sus pellejos descoloridos; y el rostro, pálido y enjuto, parecía el de un asceta consumido por los ayunos y las viglias-

(pág. 12).

Inteligente, inquieto, flojo como ninguno, ingenioso y borra - cho, Pito Pérez va por la vida sembrando a cada paso su filosofía -- congestionada de amargura y resentimiento, de asco y desprecio ante sí y ante los demás. Mi vida -nos dice- es triste como la de todos los truhanes, pero tanto he visto a las gentes reír de mi dolor, que he acabado por sonreír yo también pensando que mis penas no serán -- tan amargas, puesto que producen en los demás algún regocijo (pág.-- 22). Habla con una lógica admirable y todo cae destrozado por su -- lengua rabiosa e incontenible, en los deseos que tiene Pito de vengarse (como el pícaro) de una soledad que le ha sido contraria en to dos los momentos de su vida. Las tónicas del libro, sin duda alguna, lo son la amargura y el resentimiento, que aparecen donde quiera que se rasque un poco. Pito Pérez nos da la sensación de ir cargando -él sólo- a todo el Universo. Carácter negativo -no por sus vicios, sino por su indolencia- es el tipo perfecto del cínico, en cuanto a que rompe toda norma sin proponer doctrinas nuevas. ¿Tiene Pito Pérez algún camino de redención? Simplemente creemos que para él tal palabra no significa nada.

Desde pequeño es infeliz, nace "sin estrella" como decimos al hablar de la gente que siempre anda con descalabros en la vida. Su madre, que era una santa, se quitaba el pan de la boca para dárselos a los menesterosos. Por tal motivo, cría a otro muchacho al mismo tiempo de amamantar a su hijo. Las consecuencias son las siguientes: El niño advenedizo se crió fuerte y robusto, en tanto que yo aparecía débil y enfermo porque la leche no alcanzaba para los dos.-

Este fué mi primer infortunio y el caso se ha repetido a través de toda mi existencia. (25). Su mala suerte, pues, lo persigue desde que nace. Pronto nos enteramos, siguiendo el diálogo, de las andanzas de Pito Pérez: acólito en una parroquia, roba las limosnas de la iglesia; después huye y va a servir a un farmacéutico al cual engaña con su mujer por lo que, viéndose sorprendido en el adulterio, tiene que huir de nuevo. Los chistes, maliciosos y sutiles unos, de mal gusto y sin humor los otros, salpican la obra bajo la lengua siempre móvil de Pito. Cuando es acólito aprovecha amargamente la lección y nos dice:

¿Y sabe usted por qué no me apeaba mi vestido de acólito?, ---  
pues porque no tenía pantalones que ponerme y con las faldillas de  
la sotana cubría mis desnudeces hasta los tobillos. Así aprendí que  
los hábitos sirven para ocultar muchas cosas que a la luz del día --  
son inmorales (26); sátira en la que descubrimos la intención de Romero en contra del clero.

La filosofía práctica de Pito la lleva consigo para dar a todo aquel que la necesite, alguna dosis; es, además, sin lugar a dudas, provocada por un odio profundo a todo lo que él no ha podido o querido ser. Su escepticismo y abulia -máscaras de ese odio- lo anulan como persona para toda la vida. Rueda por las calles sin rumbo fijo, y hecho el "hazmerreir" de la gente va borracho diciendo verdades -- que a nada lo conducen.

La obra no casualmente está dividida en dos partes; en la primera en Pito se muestra aún el deseo de vivir, aunque para él vivir-signifique sólo hablar y tomar licores; en la segunda, como él mismo

lo dice, ya no soy un borracho respetable, ni siquiera ingenioso. Me escarnecen los chicos, me roban los tenderos, me humillan los gendarmes, y cuando quedo tendido en las banquetas, con la boca abierta y el boticario dormido, no hay alma caritativa que tienda sobre mis desnudeces el abrigo de un periódico (152). Ya aquí Pito empieza a vislumbrar a su amiga -la muerte- que lo acecha pero que aún no ha de llevárselo: La muerte y yo nos hablamos de tú desde hace tiempo; ella juega conmigo sin hacerme daño (156). Quizás toda la congoja y el cansancio de este hombre se deban a que en su vida le faltó el amor. En esto muy semejante al pícaro español, Pito Pérez sólo encuentra crueldad en lugar de ternura; sólo bromas a cambio de humana calidad. Sus grandes amores, a los que él recuerda con sarcasmo y tristeza, Soledad y Chucha, sólo le proporcionaron desdicha. Por eso no cree en el amor, ni siquiera en el amor propio: El amor -afirma-, es la incubadora de todas mis amarguras; el espejo de todos mis desengaños. Ha influido en contra mía de tal manera, que otro gallo me cantara si en el amor hubiera encontrado estímulo para luchar por algo o por alguien. Dicen que tira más una mujer que una yunta de bueyes, lo creo pero conmigo han ensayado las mujeres su fuerza de repulsión y no la de atracción. Aquí, en la intimidad, confieso a usted mis culpas que, por otra parte, no son un secreto para nadie. Borracho y tramposo, el amor me hubiera regenerado, pero ese diocillo impertinente jamás se acercó a mí con intenciones de redimirme, sino de escarnecerme. Con sus manos de niño inocente rompió todos los resortes de mi voluntad (88).

La vida inútil de Pito Pérez es un libro que se ha escrito co-

mo refugio a una parte de la personalidad del propio escritor, inspirado tal vez en un hombre de circunstancias análogas al tipo literario; sin embargo Pito Pérez no es, ni con mucho, el peladito mexicano, pues éste ni conoce la novena sinfonía de Beethoven ni es un amargado, aunque esté resentido en muchos aspectos. Pito Pérez, en cuanto tal, es un carácter aislado, que cuando se da en la realidad es individualmente y no puede ser un arquetipo nacional. La personalidad de Pito Pérez, su incontenible anhelo de destrozar el mundo en el que vive, queda pintado, certeramente, en las cláusulas de su testamento:

"Lego a la Humanidad todo el caudal de mi amargura.

Para los ricos, sedientos de oro, dejo la mierda de mi vida.

Para los pobres, por cobardes, mi desprecio, porque no se alzan y lo toran todo en un arranque de suprema justicia. ¡Miserables esclavos de una iglesia que les predica resignación y de un gobierno que les pide sumisión, sin darles nada en cambio!

No creí en nadie. No respeté a nadie. ¿Por qué? Porque nadie creyó en mí, porque nadie me respetó. Solamente los tontos o los enamorados se entregan sin restricción (183).

Este intento de regeneración social que nos presenta Romero en las últimas frases de la obra, nos indican que Pito, incapaz de armar una revolución que salve al pueblo de la Iglesia y del gobierno del Estado, se contenta sólo con gruñir, esperando que otros hagan en el transcurso de sus vidas lo que él no consiguió en la propia. Es un nihilista, en cuanto que nada hay en lo que pueda creer, ni siquiera en la posibilidad de otra vida, de la que nada nos dice pero-

en la que, evidentemente, tampoco cree.

El pensar en Pito Pérez como un arquetipo mexicano resulta denigrante por falso. Es, por lo demás, bastante amargo como para resultar un libro de entretenimiento, si es que Romero pensó en lograr tal cosa. Cínico, flojo, libertino, igual que el pícaro, éste en -- cambio tiene fe en Dios y sabe que la redención le espera pues es el elegido en cuanto pobre y desventurado. Pito no tiene eso siquiera: es el existir por existir, sin sentido alguno: su vida es inútil. En cuanto a eso, Romero ha logrado bien su propósito; en Pito Pérez qui zás se haya querido simbolizar que la vida humana no tiene sentido, -- lo que es un eco de nuestra actual crisis.

Pocos años después de la obra de José Rubén Romero, Artemio -- del Valle Arizpe publicó su libro El Canillitas, inspirado en la --- gran tradición literaria española. Novela de burlas y donaires, como la subtitula el autor, es una obra de diversión, escuetamente, -- que sólo en parte logra su propósito.

La novela está dividida en "trancos" (al igual que la Vida de -- Torres Villarreal) y es una degeneración, absurda y exagerada, del -- pícaro español al que se trata de imitar por todos los costados. Es natural que Félix Vargas, principal factor de los hechos que narra -- el novelista, nos resulte --en este intento de revivir al pícaro, por -- demás anacrónico-- una figura antipática tanto por sus costumbres --- (pornográficas y de mal gusto la mayor parte de las veces), como por -- que sólo conserva del pícaro el lado "gracioso," cabe decir, sin lo -- grar en modo alguno la amargura que en sí mismo representa.

Es Félix Vargas una figura de cartón, muy inspirada en el Buscón de Quevedo y la crítica que podemos hacer de él al respecto es - la que le hicimos a Pito Pérez, sólo que acrecentada: se ha pensado - que se pueden escribir cosas de mal gusto sin talento, lo que es im- posible, pues los resultados son funestos. La prueba más palpable - es este Canillitas que en nada favorece a la literatura mexicana. -- Ello no obstante, podemos decir en favor de la obra que tiene cosas - graciosas y que los primeros trancos alcanzan cierta ligereza que al final, empero, acaba ésta asimismo por perderse. La novela hacia la mitad, y de allí a lo último, nos da la sensación de estar hecha a - la fuerza, queriendo conservar una unidad temática en la persona de - Félix Vargas que fracasa del todo. Falto de imaginación y de verda- dero ingenio, en este libro Artemio del Valle Arizpe no hace sino -- desesperarnos ante la torpeza de su personaje, repugnante y grosero, cuyo único proceder consiste en embriagarse y tener relaciones con - cuanta prostituta encuentra en su camino.

La vida de Félix Vargas sigue la trayectoria de una vida de pí- caro. El muchacho nos cuenta su génesis: nacido en el vicio, no ne- cesita de procesos o transformaciones (no los hay, por lo demás) pa- ra llegar a la perdición: en ella está y en ella permanece hasta el - último día de su miserble existencia. Primeramente, a lo Quevedo, - Arizpe nos da el retrato del padre de Félix, un tal Serapio el Mochi- lón: Parecía, de tan flaco que era, que solamente manteníase con -- aleluyas. Poseía nariz purpúrea, ojo llorón, manos jugosas y rostro - atropellado por la viruela. Tuvo la coqueta pretensión de alisarse - el cutis y con perseverancia ejemplar se lo embadurnaba a diario con

leche de burra, a la que le había mezclado yeso y sesos de res, pero jamás se le emparejaron las cacarañas.

El Mochilón era un bergante poseedor de una larga cabellera mon-  
tuosa, fenomenal pelambre siempre alborotada y rígida. Se creía que  
andaba perennemente asustado porque traía todos los pelos de punta.-  
En esta cabeza greñuda, con alto rendimiento de caspa y tierra, se  
le podía sembrar una planta y si era de las trepadoras ésta crecería  
lozana, enredando sus guías en los retorcidos cuernos que con gran  
perseverancia le había puesto su mujer, quien en los días de fiesta-  
y de procesión se los adornaba con cascabeles, flámulas, gallarde --  
tes, faroles y campanillas. Por eso decían que era un imponente se-  
ñor de muchas campanillas (pág. 10).

Su madre, una tal María la Brincos, queda descrita en la si --  
guiente forma: Además de estas apetecibles excelencias, de estos --  
grandes desniveles corpóreos, mayores que los de un colchón de se --  
gunda mano, poseía la bacante un cierto olorcillo axilar que se mez-  
claba primorosamente con el de otras partes recónditas, fácilmente --  
adivinables, que encalabrinaba a los rufianes, ciertos, estadistas y  
pagotes que se le acercaban, haciéndoles aullar como comanches en --  
pleno delirio de alegría apenas se les entraba por las narices esa --  
combinación para ellos delicada, y si además con sus negros ojos ga-  
chones les echaba de soslayo una mirada promiscra, de esas que dicen  
"vengan y verán," en el acto los ponía en el paroxismo de la locura,  
y con cada suspiro de los que lanzaban podían abrir una puerta de --  
par en par (16). El libro todo tiene este matiz, por lo que sólo --  
unas páginas adelante nos dice que Recogió a Felisillos, por pura --

lástima, una prostibularia de éstas, no exenta de caridad, que enten-  
día por la Grititos, porque los daba muy melindrosos y finos entre -  
meclados con ardientes suspiros y lamentos cuando ejercía su noble-  
oficio, y éstos eran tales, que si le hubieran llegado a poner un --  
huevo enfrente de la boca, lo habría cocido en el acto, como si hu-  
biese estado tres noches sumergido en agua hirviendo (24). O si no,  
lo sucio se presenta con frecuencia Ni una mala liendre podía vivir-  
tranquila en aquella cabeza greñosa, menos un piojo porque sabía que  
constantemente peligraba su existencia, y temiendo una muerte airada  
y repentina, emigraba hacia otras testas en donde satisfacía pacífi-  
camente sus exigentes necesidades gastronómicas (Ibidem).

No sólo es Quevedo el único inspirador del Canillitas; lo son también en gran modo Celestina, el Rinconete y Cortadillo de Cervantes, El Diablo Cojuelo y Castillo Solórzano a través probablemente - de Lesage.

La siguiente descripción es casi una copia -si bien de mal gus-  
to- de un pasaje por demás conocido en Cervantes; es un momento en -  
que se describe a los léperos de la ciudad, en donde se ve el fantas-  
ma de Rinconete: Camisa no la tenían, a no ser que se tuviera la con-  
descendencia de llamar así aquel hilachero negro de mugre y rebosan-  
te de piojos; de calzones traían la mínima cantidad posible, y eso -  
sólo los pulidos y elegantes, que los demás se daban por muy bien --  
servidos con el trozo de sucio taparrabo que llevaban muy galanos pa-  
ra cubrirse lo que manda la costumbre que no se vea, y otros acata -  
ban este mandato imperioso envolviéndose en pedazos de arpillería o -  
en trozos de algo que fué sábana allá por los principios del mundo;-

sus pies ignoraron siempre lo que eran zapatos; medias, traían las -  
de la carne, y sombreros jamás los conocieron aquellas cabezas des -  
peluznadas, cuyo tupido greñero estaba muy bien habitado de toda cla  
se de animales, como una inexplorada selva tropical (46). Y recor -  
dando a Vélez de Guevara: Después le estaba atento a los numerosos -  
visajes que iba haciendo al ajustarle el áspero lazo de ixtle en tor  
no del cuello, y luego, no desperdiciaba ninguna de sus innumerables  
contorsiones y zangoloteos más espontáneos que si bailase una briosa  
zarabanda, un bullicuzcuz, una jacarandina o un popular guiriguiri -  
gay y al suave son de la dulzaina y del adufe (76). De Castillo Sc -  
lórzano por último, para no citar más, escoge el siguiente trozo: --  
Conceían a las mil maravillas infinidad de oraciones para todos los -  
males, que gangeaban con el ritmo mendicante habitual. La de Nues -  
tra Señora de la Soledad para que acabaran las tribulaciones; la de  
Santa Polonia para hacer cesar el más impertinente dolor de muelas; -  
la de la piedra imán para proteger a los ladrones y la del Justo ---  
Juez para verse libre de las cárceles; la de San Erasmo, la del Es -  
píritu Santo, grave y sonora, la de Santa Elena y la de la Virgen de  
Belén, todas tres para atraer al ausente y desamorado... (83), amén -  
de otros muchos que saca de Quevedo, sobre todo pintura de persona -  
jes y situaciones cómico-grotescas. El Canillitas, pues, es algo --  
así como un juntar sin tino ni medida todos los rasgos que a Arizpe  
le han parecido felices dentro del género picaresco.

Inspirado en Pablos, Canillitas va a dar a la cárcel. Toda --  
clase de truhanes invaden estas páginas: don Barbas, el Culipacá, --  
Don Quirileisón, Espiridión el Memo y otros más como Francesillo el--

Caloca, el Chanegue, el Gimigiede, el Roscas y el Friegaquedito, todos los cuales disputan a Félix Vargas la supremacía en el mal hablar y en el peor actuar; fascinerosos y malvados, a fuerza de querer ser ingeniosos sólo consiguen aburrirnos.

Sin embargo, las páginas más felices de la novela son las que derivan de La Celestina: Pronto fué peje para hacer con todas las reglas del arte el diaquilón, emplasto excelente para ablandar tumores; píldoras de acibar con estafiate; alquermes y esparadrapos de varios aglutinantes, y hasta algunos unguentos madurativos; preparaba diversas blanduras, que son los afeites que usan las mujeres para parecer más blancas, y coloretos para los frescores del rostro. Preparaba en un santiamén el cocimiento de guayacán para sudar las bubas, y a falta de éste, buenos eran también los de zarzaparrilla, sasafrás o la raíz de China para curar esa enfermedad cortesana y atajar sus estragos. También en un dos por tres hacía tanto el julepe rosado como el ordinario, y el julepe para refrescar y confortar en las calenturas; bebidas de celoquintida, que purga blandamente; de raíz de Jalapa, que también limpia el estómago de las superfluidades; de gordolobo, muy demandadas para las cámaras de sangre, y no tenía cuate en las de zaragatona para lubricar y linir el vientre. Con diestra prontitud despachaba a toda hora pastillas, licores, bálsamos, electuarios y linimentos. Recetas médicas que quizá eran salvación o, al menos, esperanza... Sabía que los polvos ad casum no eran más que sangre de macho cabrío seca y pulverizada; que el album graecum, llamado también canina, se hacía con excrementos de perros-nutridos algunos días antes exclusivamente con huesos, y amasado des

pués con agua de llantén, cortábasele en curiosos trocitos y se guar-  
daba para el uso... (141-142).

Félix viaja por toda la República en no se sabe qué afán de co-  
rrer mundo: desde Texas hasta Yucatán; fuera, sus pies lo llevan has-  
ta Guatemala y Cuba. Como Gil Blas y Periquillo Sarniento (no tene-  
mos noticia de cuál de los dos le venga la inspiración) Félix Vargas  
se hace médico y concluye por matar a un paciente. En esta forma --  
transcurre, sin verdadero contenido humano, su vida, hasta que le --  
llega la muerte, afortunadamente. Días después, como carroña, es en-  
contrado su cadáver: Pasaron días y días; y cuando el lodo, por el -  
peso del sol de mayo, estaba bien seco, endurecido, encontraron allí  
soterrado al Canillitas que ya se estaba desleyendo en la tierra. --  
Después de mil arduos trabajos, se logró al fin desenterrarlo como -  
si extrajeran una reliquia arqueológica de la más venerable antigüe-  
dad; pero ya muchas gallinas y guajolotes vagabundos le habían regis-  
trado el cuerpo con sus picos voraces; también los glotones cerdos y  
los perros del barrio se decidieron a la útil tarea de hacerle la --  
autopsia (366).

Concluyendo, podemos decir que en México, tales son los ecos -  
que ha tenido la figura del pícaro español siguiendo la línea de Pe-  
riquillo. Pito Pérez, desde luego, más genuino, tiene también un --  
distinto nivel, superior, en todo, al Canillitas. Ahora sólo nos --  
falta ver la obra de Leopoldo Zamora Plowes que, en todo diferente -  
a las dos anteriores, nos ofrece un ambiente -enfocado en lente pi-  
caresco- del México santanista, novela que, mejor que muchas de más-  
fama, hasta hoy, que sepamos, ha pasado totalmente inadvertida en el

campo de las letras.

Desconcertante a primera vista, por ser tan poco conocida es -- Quince Uñas y Casanova aventureros, que, como hemos dicho, nos da un panorama histórico del México del siglo XIX, sobre todo el que abarca desde la caída de Iturbide hasta que se vislumbra en el campo político la figura de Juárez, pasando, naturalmente, la mayor parte de la acción durante el Santanismo. En un pequeño prólogo al libro se nos advierte que Los hechos históricos que relata, los tomó (el autor) eclécticamente de sus lecturas; y sus juicios los apoyó en su verdad, seguramente influenciada por su propia imaginación, la que si frecuentemente hace de la Historia un arte, es imprescindible en una novela histórica. Sus personajes ficticios son, en general, representativos de una sociedad corrompida por casi cuarenta años de guerra civil -treinta de santanismo- creados por el autor de acuerdo con sus hechos, dichos y escritos, alerta para no deformarlos o caricaturizarlos. Y algo más adelante: Ha adoptado para escribir el tono picaresco como expresión de una sociedad desencantada y sin brújula y más de acuerdo con la idiosincrasia del mexicano, el cual unge su tragedia con humorismo.

Enorme en cuanto a su extensión, la novela está, efectivamente, guiada por los cánones arriba mencionados, aun cuando suponemos que el escritor, al decir "tono picaresco," entiende el término en el sentido de ingeniosidad, ligereza, frivolidad y agudeza, cosa que logra, a nuestro parecer, con gran efectividad. Bien escrita, con gran sentido del color local, Zamora es asombroso por la cantidad de hechos históricos que conoce y que, además, maneja con acierto de --

tal manera que jamás llega realmente a ser cansado o repetido. Es de sentirse, exclusivamente, que sus personajes no tengan la profundidad que deben tener en toda novela moderna, pero esta falta de análisis interno en ellos, se debe, a nuestro juicio, a que es la historia de México (como lo es la selva en La Vorágine de Rivera), su principal y más auténtico personaje.

Desconocemos totalmente los antecedentes del escritor, por lo que no nos es posible decir nada de su formación intelectual; se explica, por su obra, que es un hombre entusiasmado con la historia del país; que trata de llevar ésta -entrelazada con hechos y personajes ficticios- a un plan novelístico y dar a conocer por esta vía la cruenta tragedia histórica que envuelve la vida del pueblo mexicano.

Muchos son los personajes que se mueven en el ambiente abigarrado y estrambótico del período del General Santa Anna. Sin embargo, el título mismo nos indica cuáles, de todos ellos, son los más importantes: el propio Santa Anna -"Quince Uñas"- como dió en la marle el pueblo después de la pérdida de su pierna, de alma extraña, voluble y aventurera, y Casanova, invento del autor, al que hace derivar por línea recta del famoso Casanova europeo. Junto a ellos, cientos, miles de gentes que viven y conviven, tropezándose en una maraña de circunstancias divertidas unas, épicas otras, trágicas y aún macabras algunas más.

Hombres ilustres, a los cuales estamos acostumbrados a ver cruzar las páginas de la Historia de México, hablan, caminan, se divierten y mueren en esta Comedia Mexicana, llena de viveza y colorido; -

así, vemos en desfile interminable a Ignacio Ramírez, el dramaturgo-Gorostiza, Miramón, Leandro Valle, Melgar, el novelista Tomás de Cuéllar, Bernardo Ccutto, Guillermo Prieto, Payno, Quintana Roc, Ignacio Rodríguez Galván, Carlos Ma. Bustamante, Iturbide, el General Anaya, Gómez Farías, Juan de la Barrera, Melchor Ocampo, el pintor Pelegrín-Clavé y muchos más, en comunión con los otros, los ficticios, que -- tienen, naturalmente, una importancia decisiva en el desenvolvimiento de las circunstancias de la novela.

¿El argumento? La historia mexicana en combinación con una serie de elementos que acusan una imaginación poderosa y activa. La invasión norteamericana del 47, por ejemplo, ocupa la mayor parte -- del volumen segundo y está relatada con tal cantidad de minucias que no podemos menos de asombrarnos ante la enormidad de hechos sabidos y de otros -los más probablemente-, inventados.

Promoviendo constantemente detalles cómicos (de aquí la denominación "picaresca" en su uso actual), el escritor nos revela el -- el sentir popular de México frente a sus gobernantes; siempre amargado y sufrido y siempre, también, dispuesto a la risa mientras más fatales son los momentos por los que atraviesa.

Aunque frecuentemente se usa el término pícaro para hablar de Santa Anna y de Casanova, tal vocablo acusa la ideología de "sinvergüenza" pues ambos, Quince Uñas y Casanova, no son sino pillos en un ambiente que se prestaba considerablemente a que gente de talento -- y pocos escrúpulos hiciera del prójimo lo que más le viniera en gana. Sin embargo, el personaje que más puede estar ligado a la picaresca -- y lástima que el escritor no lo tome separadamente como hé --

roe de una novela- es Fray Lucas, que es magnífico exponente de un cierto sector del clero mexicano, horriblemente prostotuido en aquella época. Fray Lucas, sin precisamente estar corrompido moralmente, es bastante poco escrupuloso; abierto, simpático, borracho, libertino, es, de todos, el mejor logrado de la Comedia.

- ¿Fray Lucas, usted por estos antros? - le reconoció el capitán.

- ¿Y por qué no? En lugares peores me viste. Cómo te va, mi hijito...

- Casanova: ¿Pero en verdad es fraile su paternidad? Los bailes de máscaras han sido censurados por la Iglesia.

- Hermano, ¿crees que Dios nuestro Señor hizo la música y el baile y la alegría, para que tú, éste y aquél los disfruten y a mí, que me parta un rayo? ¡A mí, su hijo predilecto! El gozar sus obras, es adorarlo. Divirtiéndome con ellas me siento más cristiano -si fuera posible serlo más de lo que lo soy- porque me digo: "Señor, hiciste tan bellas obras a fin de que pudiéramos gozarlas todas tus ovejas." ¿O crees que soy un borrego negro en toda la familia humana? Entonces comprendo sus designios, cuando dijo: "Creced y multiplicaos." Porque si he de venir al mundo nomás para sufrir, ¿para qué crecer? Y me callo lo de multiplicar, porque de eso no sé, ni quiero... (I; pág. 8).

Con estos diálogos, casi siempre picantes, y unas que otras descripciones, Fray Lucas se nos va apareciendo de cuerpo entero: Por las tardes, ahito de cerveza, el fray acompañábase en la jaranita lánguidas canciones de amor (I-39). Y también:



- Señor capitán, como chileno tengo derecho para decir que el cohecho es el principio vital de los pueblos latinoamericanos. ---

- Lupe le miró con sorna y Fray Lucas admiró su cinismo. Unas le --  
guas adelante, un hombre enteramente desnudo parecía hacerles seña -  
les impúdicas. "A Guadalajara achácasele sodomía -dijo el fraile;-  
detengámonos para salvar a ese pecador." El hombre era gordo, la ba  
rriga bofa le colgaba hasta las rodillas y no obstante su falta de -  
ropa, perlaba su cuerpo el sudor. ¡Absurdo que fuera afeminado! Su  
cabeza lucía reluciente cerquillo: era un fraile.

- ¡Hermano! -exclamó Fray Lucas cubriéndole con su mano de --  
agua-¡Edificante ejemplo! ¿No le da vergüenza a su paternidad ense-  
ñar el Génesis en forma tan gráfica? Las santas escrituras cuentan-  
que Adán siquiera velaba con la hoja de parra, el nefando instrumen-  
to del pecado original. (I-400)

Fray Lucas ayuda en todo a Casanova, el cual, haciendo honor a su abuelo, no deja de tener relaciones con mujeres de todos tipos, - desde monjas hasta prostitutas. En una ocasión, el fraile ayuda a - raptar del convento a Sor María de la Purificación, joven enamorada - que no puede resistir el claustro. A todos los que intervienen en - el rapto se les ocurre poner una figura de cera en imitación de la - muchacha para que la crean muerta y así poder burlar la vigilancia - del convento. Estas páginas, vivas e ingeniosas, recuerdan algunas - de la picaresca española.

En cuanto a Casanova, es hábil, calculador, audaz, valiente y - patriota. Sus vicios pueden reducirse a uno sólo: las mujeres. El - juego nunca lo atrajo, y aunque apostaba fuertes cantidades, sobre -

todo a los gallos, su frialdad ante él le permitía conocer sus tretas (I-65). Como soldado no deja de tener una participación importante en la defensa del Castillo de Chapultepec ante las huestes invasoras. Hay un momento -bastante dramático- en el cual Casanova es sorprendido por el enemigo. Lo que hace (héroe en el momento culminante) es envolverse en la bandera nacional, pero entonces, claro, la escena chusca se presenta. Los americanos, al verlo con el estandarte encima de su cuerpo, sin ver el uniforme, que queda oculto, creen que es uno de los suyos que ha capturado la bandera y lo llevan en hombros vitoreándolo. El, que sabe inglés, cuenta en vivos colores "su hazaña" y después, sin ser visto, huye a filas mexicanas.

En una ocasión hace el amor a una diva italiana que impresiona con su voz y figura al México de la época: Nina Scope. Los diálogos que tiene con ella son divertidos, como lo es la circunstancia toda en general:

Detuvieron a cenar a Casanova y se prodigaron las añoranzas. -  
A las once de la noche Casanova fuése al hotel, y al encaminarse a su  
cuarto vió luz en el de la diva. Había bebido buen vino y sentía --  
correr en sus venas sangre caliente. Tocó a la puerta de la Scope.-  
"Come in." A la débil luz de un quinqué, en peinador y suelto el pe  
lo, Nina escribía. Casanova, cauteloso, púsose detrás de la silla -  
de la diva, se inclinó y la besó en la nuca.

- Maestro, por favor, tengo jaqueca.

- El clásico pretexto de la mujer, al amante viejo.

Furiosa, la Scope saltó empuñando la pluma de ave. "¡Caballe-

rol. Jamás fui humillada en forma tal. ¡Salga usted de aquí!"

Casanova arriesgó la pérdida de un ojo, desafiando la pluma y se postró a los pies de la primadona: pedía el castigo, mientras más cruel, mejor. Que ella le flagelara su pecado; que le extrajera la sangre de sus venas y, con ella, el amor que sentía por su Nina! --- Que le arrancara los labios, y así desaparecerían los instrumentos del primero y último beso a su adorada. La Scape lo perdonó, halagada en su vanidad. "Es de caballeros ser audaz; pero haga usted el favor de irse." Tocaron a la puerta y una voz preguntó: "Nina, --- ¿con quién hablas? ¿Acaso con un fantasma? Y Goebe abrió la puerta. Casanova se envolvió en una sábana y apenas entró el arpista se echó sobre él atropellándolo. El alemán, suspenso, dudó si sería víctima de un alma en pena. Casanova corrió procurando entrar a su cuarto. En el corredor se movían sombras misteriosas. ¿Eran como hasta media docena de fantasmas como él, que se desposaban con la obscuridad! En la penumbra distinguió a hombres y mujeres que vestían trajes de época como retratos antiguos escapados de sus marcos. El espanto le hizo confundir su cuarto, y entró en el de Maricielo. Al ruido, el bajo encendió la luz y al ver un fantasma, le cogió el pánico y aulló. Casanova se echó sobre él tratando de silenciarlo y Maricielo se desmayó en sus brazos murmurando: "¡Un íncubo!" Casanova decidió enfrentarse a sus compañeros los fantasmas que pululaban afuera, antes de verse sorprendido con el bajo en sus brazos (II- 274-275).

Al final, Casanova tiene un idilio de tipo romántico: se enamora en verdad de una joven y ésta muere de una peste que azota el

país en aquella época; por lo que se ve, hay de todo en la obra. Como dijimos, el color local está perfectamente bien logrado, como --- cuando dice:

Había en medio de la plazuela de Manzanares una caseta de te -  
cho de tejamanil, sustentado por unos vigones que estaban encajados-  
en la tierra. Arriba del techo, una bandera blanca izada en toско -  
palo, anunciaba que eso era una pulquería al aire libre. En su fon-  
do, detrás de un mostrador, eran ventrudas tinas de madera llenas de  
pulque, cuyos nombres de mujeres llevaban pintados y rezaban: La --  
Chepa, Anita, La Tanasia, Luz la Pedotes. Un pulquero gordo, desfa-  
jado, bigotudo y vestido de charro, metía en ellas las jícaras para-  
servir el pulque. Paralelas al mostrador, fungían de mesas dos hi -  
leras de tablas sobre unos caballetes y en rededor estaban sentados,  
en bancas, algunos léperos y chinas de la vida airada. Libaban el -  
neutle y comían las enchiladas que les servía una chimolera frente a  
su anafre, cubierto con la lámina para freír, en la que chirriaba la  
mantequilla. En un rincón, unos léperos jugaban a la rayuela sobre el -  
suelo aterraplenado. En el extremo de una de las mesas, un charrito  
tocaba la jaranita acompañándose de unas baladas -que después se lla-  
marían corridos-, rodeado de algunos soldados americanos con sus Mar  
garitas. En las tablas del fondo de la barraca estaba pintado con -  
letras verdes el nombre de la pulquería, La Madre Venus, y abajo, --  
al aceite, una Venus gorda, ventruda, pechona, desnuda, sin brazos -  
-como la de Milo- que navegaba sobre una concha azul y el mar púrpu-  
ra. La Venus nacida del mar, tenía tapado el sexo con un letrero --  
que rezaba: "Hoy no se fía, mañana sí" (II-208).

Y diálogos maliciosos y finos como el siguiente:

-¿En dónde podré conseguir seis muchachas para vírgenes romanas? -inquirió Casanova con el posadero.

-Señor, ahora no tenemos en el pueblo vírgenes disponibles: comenzaron a escacear cuando la guerra y en su última visita los señores ladrones cargaron con las que estaban. Si se espera usted tantito, unos dos años, ¡quién quite y podamos conseguirselas! -respondió el posadero con la malicia zumbona del campesino.

-Temo que fracase Herminia como contralto -insinuó la Scope, -agresiva- ¿Por qué no la haces debutar como vírgen?

-Porque ya no lo es, linda -suspiró Casanova malévolamente-; ahora aspira a ser matrona romana, y lo será.

-Eres un sinvergüenza.

Por fin Casanova fué a extramuros de la ciudad y cantándoles eso de:

Con los túnicos estrechos  
y listones de colores,  
solicitan compradores  
de sus deshonestos pechos,

pudo conseguir seis prostitutas, cantadoras permanentes en su negocio, las cuales se regocijaron de poder ser otra vez vírgenes, lo que les parecía increíble. (II-319)

Casanova es lo que pudiéramos llamar un portunista: Sirvo a -- quien me paga es su divisa. Partidario de ocasión, hace lo que quiere y como puede, sin moral ninguna, sólo respetando su sentido de mexicano. Tan pronto es monarquista como masón, aunque jamás santanista, pues por motivos personales, Santa Anna y él se odian a muerte. Inteligente y cínico, sólo comenta cuando es escuchado por gen-

te que lo entienda. Opina que en México, donde la unidad nacional se desconoce, el criollo piensa que la patria sólo le pertenece a -- él, mientras que el mestizo cree que es él su único representante; -- siendo la patria exclusivamente del Clero, según opinión de los curas, mientras los militares opinan que la patria es para el ejército y aun los españoles se la adjudican como propia, pues que fué un legado de Hernán Cortés. Llegará el día en que el pueblo también reclame a la patria como suya. Mientras tanto se entiende que de nadie es y en el fondo a pocos les importa (II-3).

El clima que priva durante la invasión americana, la prostitución del ejército invasor, el recorrido que hace y su comportamiento en Puebla y México, es realmente muy bueno. Entre todo ello, Zamora intercala notas extrañamente curiosas como son el conocimiento que tiene de cuándo se importó la "polka"; de dónde viene el "mint-jeule" y en qué lugares se tomaba; quienes pusieron la moda de los sombreros de charro y de dónde viene el sombrero del indio; dónde estaban los cajones de ropa más notables y las cantinas y restaurantes más famosos, así como otra inmensa cantidad de cosas más, tan inútiles como divertidas. De la Comedia se podrían sacar argumentos como para cien novelas aproximadamente y creo que nos quedamos cortos en la cifra. No es de extrañar, pues, que haya lugar para describir -- las supersticiones del pueblo bajo:

-Melquiades el Tatemado, el Cábula ¿se acuerdan? pos les tenía cicirisco a las mariposas negras. ¡Y qué caray! ¡Y con razón! Pos nomás era el ver una y se petateaba alguien en la casa. La una, en la viga del corredor, se llevó a ñora Jova; vió otra en la pader del

común y se estiró Agapito, el hermano, dizque. Y así mismo, nomás -  
echaba el ojo a una mariposa negra y ¡ahistá! que traigan el Viáti-  
co. Pos nada, que se quedó solito y su alma, por las mentadas mari-  
posas negras. Tatemado, pensó en él, a la siguiente que veas, no --  
quedarás pa contarlo, canijo. Se zambutió en una casa en el monte.-  
Y dónde, que estando allí, que va viendo una grandototota pegada al-  
petate y que coje la escoba y, ¡jija de la tiznada! la apachurró ---  
allí mesmo a la mariposa.

-Dicen que si apenas las ve uno las mata, bueno, pos que se-  
quita la encantada.

-Pos sí. Después fueron una, tres, un titipuchal y ay nomás -  
"El Tatemado" con la escoba, tizna y tizna y tizna marinosas (I- ---  
252). Don Generoso Pecador, otro personaje de la novela es una es -  
pecie de viejo usurero que encarna un tipo de la época:

Los señores Rodríguez derrocharon oro celebrando la entrada de  
Lucero, como novicia en el convento de la Enseñanza. El más empeña-  
do fué Don Generoso Pecador, el patrón de Plácida la cocinera, madre  
de Juanito y de Abel. Usurero y mayordomo de conventos, Don Genero-  
so gozaba fama de proveedor de novicias de jugosas dotes, de lo que-  
le quedaban muy buenas comisiones. En la Catedral presidía las pro-  
cesiones con enorme escapulario al cuello y llevaba el pendón de su-  
congregación; ayudaba las misas cantadas y se bebía el agua en la --  
que el sacerdote habíase lavado las manos; al toque de oración, en --  
dondequiera, hincábase poniendo los brazos en cruz, y los días de --  
disciplina, de los tormentos del mundo pasaba a los éxtasis de los --  
ejercicios espirituales en la Iglesia Profesa, y en la penumbra del-

templo se disciplinaba, para lo cual poseía una colección de cili --  
cios que usaba según el tamaño de sus pecados. Niño mimado de los -  
conventos, halagaba a las madres: "Sí, madrecita, los parchecitos -  
con la imagen de Nuestro Señor San Nicolás prueban bien a mi reuma."  
:- "Ya ve, don Generoso; aquí se le trata bien y con todo nos da cala  
bazas con las madres Claras." A todos los predicadores Don Generoso  
les llamaba "pico de oro." En su escritorio, frente a un crucifijo,  
y a su lado un nicho de Nuestra Señora de los Dolores, se entregaba-  
a los negocios: arrendatario de casas de los conventos, las subarren-  
daba con grandes utilidades. Cuando las madres sufrían necesidad, -  
entonces se las compraba por una bagatela. Inquilinos, empleados po-  
bres, artesanos, acudían a su escritorio para ser atormentados por -  
el usurero, quien exceptuaba a la vecina pizpireta y zalamera y, a -  
solas, con almíbares le exigía la renta o una compensación, fijando-  
los ojos humildemente en el suelo y restregándose las manos al enco-  
mendarse al Señor por ese su pecadillo carnal. En los hogares, con-  
sejero de moral, venerado por sus virtudes, los hombres le confiaban  
sus negocios, las mujeres sus cuitas privadas; si jóvenes ellas, con  
cedíales la razón, abrazándolas; era padrino del primer niño, agasa-  
jo de la esposa, acreedor del marido, adoración de las criadas y en-  
canto de las viejas con quienes rezaba al toque de ánimas; dábales -  
el remedio para el reuma, y recetas de las madres de San Bernardo --  
para jaleas; de las de San Lorenzo para alfeñiques, de las de la Con  
cepción para empanadas; pero con los ojos puestos en las hijas, a --  
quienes llevaba a pasear a las Cadenas, insinuándoles el estado per-  
fecto de la profesión de monja, realzándoles la esclavitud del hogar

y la perfidia de los hombres. Había enferma y venía en coche con la  
Virgen del Campo Florido, vela en mano y rezando en latín, para aus-  
cultar a la doncella de cuyo cuerpo mórbido no apartaba las manos. -  
Miembro de la Cofradía de Cocheros de Nuestro Señor -acompañantes --  
del Divinísimo- su soltería atribuíase a castidad, pero las que co -  
nocían su sensualismo, murmuraban de sus pecaminosos amores. Si to-  
da la gente llevaba uniforme, no el determinado, como el militar o -  
el lacayo, sino el convencional, lo mismo el abogado que el médico,-  
el aguador que el arriero, Don Generoso vestía el del usurero: som-  
brero de copa de ala anchísima, corbata blanca de dril, chaleco cor-  
to al cuadril, levitón guango hasta por abajo de la rodilla; en las-  
bolsas el paliacate doblado, el reloj de repetición con cadena de --  
oro terminada en un manajo de llaves y sellos, y, en la mano, el ---  
enorme paraguas de tela roja con funda gris (I-275).

Como el análisis de la obra, incertando para ilustrarlo algu -  
nos trozos de la misma, sería interminable, sólo agregaremos que las  
escenas macabras (que hemos dicho que las hay también, aun cuando en  
menos cantidad) son de gran efectividad:

La niña, como de doce años, rubia, envuelta en un sarapito, --  
contemplaba el fuego con ojos azorados como si viese en las llamas -  
ondulantes fatídicos recuerdos. Fray Lucas relató que sus compañe -  
ros empezaron a morir de hambre. El primero, el padre de la niña,  
que para nutrir la había dado las menguadas raciones que a él co --  
rrespondían. Cuando lo enterraron la niña se abrazó al cuerpo de su  
padre. No lloraba, la debilidad le ahorra las lágrimas. Abrieron  
la fosa en la nieve y todos tuvieron el mismo pensamiento: iban a en

tregar a la tierra el único alimento que les quedaba. Fray Lucas es  
taba responsando al muerto, cuando los famélicos, envidiosos de la  
tierra, lo sacaron y colocándolo en un palo, lo asaron a fuego len  
to. Fray Lucas protestó, los increpó de impíos, antropófagos, salva  
jes. Aunque desesperados, hombres y mujeres, conservaban un espíri  
tu de justicia: a la niña, huérfana reciente, correspondíanle las me  
jores tajadas de su padre. Así fué; por compasión no se le dijo que  
devoraba a su progenitor y a la fe que lo hizo con gusto. Volvió a  
presentarse el hambre; murieron otros y nos los comimos... Unos ---  
guías indios no quisieron comer carne humana, trataron de huir y fue  
ron cazados; proporcionaron otros días de alimento. De ochenta que  
damos veinte que habíamos devorado sesenta cadáveres (I-365-366).

Las coplas que canta el pueblo, con temas de amor, políticas o sarcásticas, son anotadas por Zamora con todo cuidado y vienen para ilustrar algunos momentos determinados:

Me quiso, lo amé,  
bebimos y lo besé;  
aburrido se escapó  
y el amor murió.  
Sólo vivió su cariño  
en el niño  
que me enjaretó.  
Es la historia de nuestro revés,  
¿te la cuento otra vez?  
me quiso, lo amé...  
(I-200)

El palomo y la paloma  
se fueron a un tiempo a misa,  
la paloma reza y reza  
y el palomo risa y risa  
(I-80)

O la que canta Fray Lucas:

Ya te conozco el lunar

que me anda comprometiendo,  
por eso yo soy tu chato  
por eso y sólo por eso.  
Que nadie mire el lunar  
donde se encuentra el secreto,  
porque aparte de tu madre  
sólo tú y yo lo sabemos  
(I-88)

Y esta otra:

-Guarda Bato para mañana;  
que te acabas la cazuela;  
-Anda a moler a tu agüela,  
que toda vía tengo gana  
.....  
Adiós, Bato, tuya soy  
y de cuantos quiera ser  
(I-137)

Y política:

"¿Quién a la Iglesia da fin?  
Valentín.  
¿Quién de los herejes es la hez?  
Gómez.  
¿Quién es causa de averías?  
Farías.  
Pues para darle los días  
cual merece este malvado,  
pídanle a Dios sea ahorcado  
Valentín Gómez Farías  
(II-11)

Además de muchas otras que no insertamos aquí por no hacer esto demasiado largo. Resumiendo podemos decir que la obra de Zamora-Flóres vale la pena de leerse por todas las condiciones positivas -- que a nuestro parecer, hay en ella. De difícil acceso por su extensión, proporciona sin embargo, una lectura amable y divertida que no deja de tener su sentido en cuanto a que nos coloca en directa comunicación con un México anterior que, a través de sus páginas, vuelve a vivir.

A P E N D I C E.  
- - - - -

I.- ALGUNAS NOVELAS EJEMPLARES DE

- - - - -

CERVANTES.

- - - - -

En la introducción a nuestra primera parte, advertimos que por ser este un trabajo de literatura, nos vemos en la obligación de discutir las novelas que se han considerado hasta ahora como picarescas y que, confundiéndolas quizás por meras semejanzas formales con las que en verdad constituyen el género, se han catalogado dentro de él. Nosotros por tal motivo, hemos hecho una especie de "índice expurgatorio" cabe decir, que creemos conveniente, pues, por una parte, se despeja el camino de la novelística estudiada y por otra, se podrá dar lugar adecuado y justo a las obras que a continuación vamos a analizar, situadas ya -por lo menos así lo creemos- fuera de la picaresca española. Algunas de éstas son tan obviamente no picarescas que más bien llegan a constituir una anti-picardía, por lo que no sabemos a qué atribuir el que se las haya confundido. Quizás, como se ha afirmado, se daba al hecho a que se han encontrado rasgos formales con las novelas picarescas, tales como el espíritu de aventuras, que si bien es una característica fundamental en el pícaro, por sí solo no indica picardía, o también el que el personaje principal de la trama cambie de aros con frecuencia. El pícaro es bastante más heterogeneo y complicado y por tanto no es posible confundirlo con otros tipos humanos que no tengan todo lo que a él lo constituye e informa.<sup>(1)</sup>

---

(1).- Lo mismo ha pasado con las novelas de caballerías; el ejemplo está en Roberto el Diablo, que nada tiene que ver con ellas.

Mucho se ha hablado acerca de la picardía en Cervantes, pues es natural que el más grande de los novelistas de la Edad de Oro española tenga relaciones -no importa por lo pronto de qué tipo-, con el pícaro, figura por lo demás de primer plano en la literatura de la época. En efecto, Cervantes, con su sensibilidad y con la fina percepción que poseía para captar su medio ambiente, tuvo no sólo, evidentemente, que saber del pícaro, sino que intuyó la enorme importancia del carácter histórico en él representado. Por una parte, es indudable que el libro de Alemán tuvo grandes y positivas repercusiones en su tiempo, y por la otra, no fué el suyo un caso aislado, como sabemos, sino que muchos otros ingenios españoles hicieron del pícaro objeto de su más minuciosa atención; ambas cosas, decimos, fueron suficientes para hacer del pícaro el héroe del siglo XVII. Sin embargo, podemos afirmar que a pesar de este conocimiento e intuición que Cervantes tuvo tanto del pícaro como del género picaresco, él, - en cuanto novelista, nunca quiso o más bien pudo crear un tipo humano que presentara sus características. Las causas son variadas, pero antes de analizarlas advertiremos que nosotros vamos a incluir en este corto capítulo lo que de la producción cervantina se ha considerado picaresco. No es ocasional que la edición de Manuel Aguilar, anotada y revisada por Valbuena Prat, incluya tres de sus Novelas -- ejemplares dentro de su grueso volumen que es la Novela Picaresca -- Española: La Ilustre Fregona (1597 a 1603); Rinconete y Cortadillo - (1601 a 1602) y El Casamiento Engañoso y Coloquio de los perros - - (1601 a 1605). Como justificación a su proceder, Valbuena nos dice que "La Ilustre Fregona entronca con la novelística idealizada en la

que pueden verse contactos italianos; se escoge porque es la que mejor presenta un tipo de pícaro si bien en la peculiar concepción de Cervantes, en que lo bajo o lo travieso se purifica y transfigura"<sup>(1)</sup>. Veamos si la novela responde a la crítica. Cervantes mismo nos dice que Trece años o más tendría Carriazo cuando, llevado de una inclinación picaresca, sin forzarle a ello ningún mal tratamiento que sus padres le hiciesen, sólo por su gusto y antojo, se desgarró como dicen los muchachos, de casa de sus padres y se fué por ese mundo adelante tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades no echaba de menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar a pie le cansaba ni el frío le ofendía ni el calor le enfadaba... con tanto gusto se soterraba en el pajar de un mesón como si se acostara entre dos sábanas de Holanda. (Pág. 67). Es decir, Cervantes, hábil observador no sólo de la vida, sino de la literatura, se da cuenta perfecta de cuáles son las costumbres y hábitos de un pícaro, para poder modelar así uno muy de su gusto. De primera intención -con tal comienzo- parece ser que la novela es en verdad picaresca, aun cuando desde ahora nos parezca, en tan pocos renglones, poco espontáneo el "pícaro" presentado. Tal parece, en efecto, que si este muchacho llegara a madurar dentro de esa existencia, sería algo forzado; no es la sensación de soltura que nos producen Guzmánillo o Esteban, pícaros verdaderos. No es de extrañar por tanto que, renglones más abajo, Cervantes mismo confirme nuestra opinión -al decir que... en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto (Ibidem), pícaro "virtuoso", bien criado

---

(1).- Opus Cit.

do, "hació". Ello evidentemente es un contrasentido, según nos confirma la vida picardil, tan opuesta en todo no sólo, presumimos, a la limpieza, materia de la que en verdad no tenemos noticia, aun cuando imaginamos al pícaro mugriento y andrajoso, sino a la bondad de la crianza y a la virtud. El pícaro no sólo no es virtuoso, lo hemos comprobado; por el contrario, es pecador: en sí lleva un mundo entero lleno de vicios y de lágrimas que lo colocan en un plan por demás negativo. Cervantes, por su parte, no desmiente esta "virtud" de su personaje, pues en la novelita, de argumento complicado, no sólo no se ven ambientes picarescos, sino que tanto Carriazo como Avendaño, su amigo, acaban por tener aventuras amorosas que los conducen a un término feliz en su vida. Valbuena Prat nos ha dicho que el pícaro cervantino es "bajo y travieso", pero que acaba por purificarse. En primer lugar, no hay bajeza ninguna en esta obra -ni en cualquier otra de Cervantes-; los pretendidos pícaros son dos aventureros jóvenes que intentan gozar una vida libre y mundana pero no necesariamente mala; en segundo término, la travesura es en sí misma tan poco degradante que no hay para que "purificarla". Esta ejemplar novela de Cervantes no es sino un cuadro magnífico de las costumbres sevillanas del siglo XVII. Y es que Cervantes mismo no es en sí nada pícaro, condición a nuestro parecer indispensable para poder lograr una auténtica figura picaresca en la literatura. Cervantes lo transforma todo a su contacto, como lo hace el propio Don Quijote, bajo cuya mirada el mundo se idealiza. Por eso el novelista, complicado siempre en esos dobles planos suyos de idealismo fantástico y realidad (recuérdese El Retablo de las Maravillas) no ha podido crear un tipo de naturaleza descarnada como es el pícaro. La prueba está en

que cuando lo intenta... lo transforma en hombre "virtuoso". Nosotros no podemos pedirle a Cervantes que lo haga en otra forma, pues es tanto como contradecir o trastocar su condición humana, tan distinta a la de un Quevedo, por ejemplo. En cuanto a Ginesillo de Pasamonte -citado como ejemplo de pícaro- no es sino la excepción que confirma la regla dentro de la vasta producción cervantina; hay que aceptar que es un brote ocasional y pasajero. Por lo que se refiere a Sancho ¿puede anidar en él, bondadoso y sincero como es, la conciencia de un pícaro? De los demás personajes del Quijote no hay nada que hablar al respecto.

Rinconete y Cortadillo es otro intento que fracasa, si nos empeñamos en ver intento de hacer picardía en Cervantes, ya que para nosotros estos personajes analizados constituyen más bien recursos estilísticos que le dan a su narración un sabor más genuinamente popular. Como sabemos Rinconete y Cortadillo son dos muchachitos que se lanzan al mundo en busca de aventuras. Se encuentran en su vida el uno al otro en forma accidental y hacen un vínculo amistoso que jamás quebrantan. Su apariencia física (excelente retrato del novelista), puede ser de pícaros: el uno ni el otro no pasaban de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias, de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traídos como llevados, y los del otro, picados y sin suelas, de manera que más le servían de comas que de zapatos. Traía el uno montera verde de cazador, el otro, un sombrero sin toquilla, bajo de copa y aneño de falda. A la espalda,

y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza,  
encorada y recogida toda en una manga; el otro venía escueto y sin  
alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, a-  
los que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, al-  
midonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hila--  
chos. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ova-  
da, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y por--  
que durasen más se las cercenaron y los dejaron de aquel talle. (Pág.  
100). ¿Pero qué distancia tan enorme hay entre éstos y nuestros pí-  
caros anteriores! Nos dan más bien la impresión que nos produce el  
cuadro de Murillo que es los Niños comiendo melón, en donde vemos a-  
dos jovencitos pobres y mugrosos admirablemente idealizados, bajo cu-  
yas ropas adivinamos sus cuerpos limpios y rosados. Rincón y Corta-  
do llegan al mercado de Sevilla en donde hacen un pequeño hurto -cir-  
cunstancia ésta la más atrevida de la obra- y de allí pasan a engro-  
sar las filas de la bien organizada banda del señor Monipodio, un --  
asesino a sueldo. Y aquí ¿qué ocurre con los dos muchachos? ¿Se vuel-  
ven en definitiva pícaros, o cometen actos que los colocan al borde-  
de la germanía? Todo lo contrario, titubean constantemente; anali--  
zan las costumbres de la gente del hampa y entonces Rinconete propu-  
so en sí de aconsejar a su compañero no durara mucho en aquella vida  
tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta (pág. 113).  
Sin embargo, si hemos de ser sinceros y justos, diremos que Cervan-  
tes agrega que por sus pocos años y experiencia se quedan ambos algu-  
nos meses más entre tal compañía, pero que éstas son cosas que piden-  
más luenga escritura, promesa que Cervantes no llega a cumplir. Es -

decir, que en caso de que los pequeños aventureros se hubieran decidido por una vida mala y tendenciosa, el pícaro se le queda al novelista en el tintero.

Es concebible por lo demás, que haya siempre una posible confusión entre las dos novelas ejemplares anteriores y la picaresca. Lo que sí nos es explicable es cómo se ha podido publicar El Casamiento engañoso y Coloquio de los perros dentro de la novelística que estamos estudiando. Es bien conocido que el Casamiento engañoso es sólo una especie de introducción o prólogo al Coloquio. La primera obra denota la amargura, la tristeza de un hombre que ha sido engañado -- por una mujer que lo ha arrastrado hasta una triste y deplorable condición. Encamado en un hospital, el personaje principal escucha, -- asombrado, la historia de dos perros que hablan. Pero el Coloquio de los perros es antes que nada, una novela de tipo filosófico, en la cual la sabiduría, el conocimiento más profundo y la más humana experiencia, anidan en un perro. Es la ficción de la cual Cervantes se vale para demostrarnos que la verdadera conciencia de los hombres es tan difícil de encontrarse en ellos, que si se llega el caso, se halla más bien en bestias o en locos, que no en hombres comunes y -- corrientes. El Coloquio son los consejos que Cipión da a Berganza, cuando éste le relata su vida.

Para Cipión la mayor parte de la gente es ancha de conciencia, -- desalmada, sin temer al rey ni a su justicia; los más, amancebados; -- son aves de rapiña carniceras; mantiéñense ellos y sus amigos de lo que hurtan (pág. 127). El libro está construido sobre una moral bien hecha, equilibrada y cristiana que se deja ver en todo momento: Vete

a la lengua que en ella consisten los mayores daños de la vida humana (pág. 128), dice Cipión a Berganza, y agrega: tú, si eres discreto o lo quieres ser, nunca has de decir cosas de las que debas dar disculpa (130). El perro cambia de amos y de todos aprende una amarga experiencia. Al dar con una hechicera, Cervantes se aprovecha para prevenir contra esta clase de costumbres, al igual que se ensaña con alquimistas y moriscos: ¡Oh, cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipión, amigo, desta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin con dos semanas! (151). Es evidente que ninguno de los dos perros tienen vida de pícaro, ya que si uno es la razón y la sabiduría -Cipión-, el otro -Berganza-, es la observación de la sociedad y la crítica de sus costumbres, o sea que en último término no vienen siendo sino un todo que se complementa admirablemente. Por otra parte, Cervantes podría haber puesto a un perro como pícaro, como lo hizo Guevara al meter al pícaro en la piel del diablo; y sin embargo, no sólo se abstiene, sino que sus perros son ejemplo fiel de lo que debe ser una humanidad sana y libre de pecado y maldad. A lo sumo, quizás los amos de estos peculiarísimos perros son los pícaros, aun cuando más que nada son seres humanos ordinarios, a veces malos y pecres en ocasiones, que si llegan a presentar caracteres picarescos, es porque todo el mundo tiene a veces un pícaro dentro de sí.

Cervantes, ya lo dijimos, es incapaz de modelar al pícaro. Es verdad que se da cuenta de que hay pícaros en la vida, sin que por eso pueda tomarlos como modelos de su literatura, dada la antítesis que existe entre el escritor y el tipo humano objeto de nuestra consideración. Es esta la razón por la cual una figura de primera línea -

como lo es el pícaro, sólo interesó a novelistas más identificados -  
con su personalidad, o bien a aquellos que vieron la posibilidad de-  
que España se redimiera en su figura. Cervantes en cambio escogió -  
para esta redención otro camino. ¡Hemos nosotros de pedirle un pí--  
caro, tan distinto en todo a Don Quijote, si bien ambos tienen un --  
destino único que cumplir?

II.- LA PICARA JUSTINA

- - - - -

De 1604 el libre atribuido a Francisco López de Ubeda La pícaro Justina ha llegado a nosotros más que nada porque es el primero que trata de hacer un pícaro femenino, Justina. Es una enorme narración dividida en cuatro partes, con una introducción general intitulada - La melindrosa escribana y en seguida, en su orden, aparecen los libros siguientes: La pícaro montañesa, La pícaro romera, La pícaro -- pleitista y por último La pícaro novia. Como se ve, el autor abusa un poco del apelativo (por lo demás bien diseminado en el curso de toda la obra), como si con ello y no con la psicología y forma de vida de su personaje, lograra crear una auténtica pícaro.

Cansada, farragosa, molesta, La pícaro Justina no consigue entusiasmar al lector ni por un momento, pues el autor está negado para el género ágil y ameno que debe caracterizar la picaresca. Los capítulos se suceden unos a otros interminablemente y al fin de cada uno el autor escribe una especie de moraleja llamada aprovechamiento, -- que pronto veremos en qué consiste. Ubeda, o quienquiera que haya escrito la obra, fracaso completo como novelista, puede tener algún valor en cuanto a la enorme riqueza lexicológica que posee, por lo que resulta lastimoso que no haya sabido aprovechar este conocimiento suyo escribiendo un libro de calidad.

Vemos ya desde el principio que Ubeda cree haber captado admirablemente los matices esenciales del pícaro, aun cuando no tiene ni la más remota idea de que un pícaro, primero que nada, debe poseer movimiento y vida propios no sólo en la realidad, sino en la ficción

literaria. Justina es todo lo contrario o simplemente no es, pues la lentísima narración (que en el verdadero novelista bien sabemos tiene un sentido), llena de constantes repeticiones, nada nos dice de ella, y lo poco que se puede entresacar queda aplastado ante la enorme cantidad de insensateces que el autor nos cuenta a manera de argumento. Parece increíble que este texto pertenezca a los Siglos de Oro españoles, tan llenos de esa riqueza ideológica de la que carece Justina. Es a tal punto fastidiosa la narración, que pronto nos olvidamos hasta de ese único valor encontrado en ella, el idioma, pues su riqueza no consigue, empero, hacerla amena o divertida.

El autor, influenciado por el Guzmán de Mateo Alemán, se hace a la idea de escribir la vida de una pícara a la que finalmente casa con el propio Alfarache. Por lo demás, Ubeda estima su narración tan importante (desde luego jamás puede ser una novela), que no vacila en decir que será de aprovechamiento inapreciable a la humanidad. Agrega que si este libro fuera todo de vanidades, no era justo imprimirse. Si todo fuera de santidades, leyéranle pocos (pág. 643).

Trata pues, siguiendo a Alemán, de llevar su obra hacia ese doble plano ético-picaresco ya estudiado en Guzmán, pero, obvio es decirlo, sin que lo consiga. Bastante buen conocedor de la mujer, hace frecuentemente generalizaciones de tipo negativo, sacadas del ejemplo mismo de Justina, mala y engañosa, si hemos de creer en la palabra del autor, ya que el comportamiento de la protagonista nunca llega a aparecer bien delineado. ¿Qué es Justina? ¿Qué hace? ¿Por qué se la llama pícara? Todo esto lo sabe el escritor y se conforma con ello, pues lo que cuenta dista mucho de poder resolver nuestras dudas.

Por otra parte, versos a menudo de mal gusto salpican la obra, como cuando dice:

Justina está de cólera frenética,  
Por ser que la llamaron quincuajesima,  
como si a questo fuera ser somética  
(Pág. 663).

Y en seguida, al final del capítulo, el imprescindible aprovechamiento: Algunas mujeres hay de tan poco peso, que les pesa de que las llamen viejas, y no porque les pese de carecer de fuerzas con qué servir a Dios -que es la causa por que les debería pesar-, sino porque aun cuando el mundo y la carne les despiden de sus vanidades, no se quieren dar por entendidas y no sienten otras injurias, y sienten que les digan la verdad más cierta de cuanta hay. (Pág. 665).

Difícilmente nos enteramos de la ascendencia de Justina, de su vida con sus padres, de la muerte y entierro de éstos y después el que ella se va de casa, para correr aventuras sin sentido, deshilvanadas y tontas. Por lo demás, intercalados en la narración hay infinidad de dichos y refranes que acaban por disgustar al lector, o también elementos míticos helénicos que son traídos a manera de ejemplos, a los que tampoco se les ve mucha conexión con el relato.

De las mujeres dice constantemente por boca de Justina: Somos, sin duda, las mujeres, como puentes, que si no estamos cargadas de ojos, se abre e hiende la obra, y antes quebramos por falta de ojos que por sobra de pasajeros, aunque sean muy pesados (pág. 719), o sean chistes de doble sentido que en otro escritor probablemente tendrían más gracia. O también: Mira qué envidiosas somos las mujeres, que aún de la burra tuve envidia de verla venir tan galana; mas no es nueva en nosotros esa flaqueza (716); y versos como éste:

Número segundo  
de la pulla del fullero  
Sáricos adónicos de asonancia

Yendo su camino,  
Desde el jumentillo  
La hermosa Justina  
mil gracias decía  
De los estudiantes  
No la habla nadie  
Porque la temen

Mas, como el que peca  
Siempre paga pena,  
Vino un estudiante  
Fullero y farsante,  
Que le echó una pulla  
Conque quedó muda  
y hecha una rosa

Ella se las jura,  
Y ordena tal burla,  
Cual verás abajo,  
Que es cuento galeno  
Pues hizo la moza  
Escupir la bolsa  
y mucha moneda  
(Ibidem).

El aprovechamiento no se hace esperar: Traza del demonio es que las -  
mujeres libres, a primera vista encuentren ocasiones con las cuales -  
se conserven y continúen sus libertades, porque toma él muy a su car-  
go fomentar la perdición que una vez las persuade (pág. 721). Este -  
es el tipo de aventuras que tiene Justina, de las cuales la obra está  
llena. No hay coherencia, hilación alguna entre estos capítulos, de-  
tal manera que ni siquiera podemos considerar este texto como cuadros  
de costumbres (ligados o no), pero con un valor en sí mismos. El de-  
generamiento del gusto se nota objetivamente en algunas partes, como-  
en la que el autor (Segunda parte; Cap. II) repite, por considerarlo-  
gracioso y entretenido, la expresión pensé que constantemente, a mane-  
ra de estribillo: Yo pensé que las llevaban a la guerra... Y pensé --

que también habían de ser cantaderos y bailar... pensé que era caso-  
de Inquisición el murmurar... pensé que visiblemente era hecha de pe-  
llejo de pandero humano... pensé que aquel maldito basilisco me que--  
ría encarar por mi gran culpa... etc.

No deja sin embargo de haber cosas simpáticas en la obra, pero - en general con lo que queda dicho puede darse idea de lo que es esta narración. ¡Qué distinta del Guzmán de Alfarache, de quien pretender ser copia! Mientras aquél rebosa contenido humano, histórico y artístico, la pobre Justina no llega a ser sino una culminación de pala---bras que a nada conducen. Repetimos que fuera de las afirmaciones -- del autor, que nos hacen ver en Justina una pícara, nada hay tan lejano de un pícaro como este pobre personaje, triste y aburrido.

III.- LA HIJA DE CELESTINA  
- - - - -

La hija de Celestina (1612), es una pequeña novela, admirablemente bien construída y mejor escrita, que nos entrega una pícara con todas las modalidades habidas en los personajes de la novela de Castillo Solórzano. Esta obra, de gran sabor local, nos hubiera servido por tanto para reforzar nuestra tésis cuando afirmamos que el pícaro en determinadas circunstancias empieza a dejar de tener autenticidad-- al tratar de ser algo que no es, es decir, ajeno a su propia personalidad. Dijimos que la tendencia que posee y que lo induce a ser caballero o dama de alcurnia le resta naturalidad, espontaneidad, pero que eso obedece también, en todo caso, a su momento histórico. Por ello La hija de Celestina, de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, -- que presenta también tales tendencias, sería hermana gemela de Trapaza, Teresa de Manzanares o Rufina, ya que la bella Elena, hija de --- Celestina y Pierres, tiene en sí, como se ha dicho, los rasgos que -- más ~~acentúan~~ <sup>acentúan</sup> en los pícaros de Solórzano, sobre todo uno: la hipocresía (1). Sin embargo, no hemos podido echar mano de tal personaje -- porque el autor, no sabemos si de propósito, falsea en última instancia el tipo picaresco, con lo cual la pícara deja de llevar una vida-- acondicionada a sus primordiales instintos, para convertirse en algo bien distinto, como en seguida veremos al recordar el argumento.

En efecto, Elena, mujer de clase media, en su afán de mejorar posición, no desaprovecha la oportunidad que le brinda su hermosa figura para valerse de ella y en esa forma alcanzar lo que por buen camino, a su parecer, quizás nunca hubiera conseguido. Como Estebanillo, adviene a la picaresca por propia condición, ya que su padre era

(1)Recuérdese que en esta obra se inspiró indirectamente Molière para crear su Tartufo.

bueno y honrado, incapaz de hacer nada en contra de sus costumbres - cristianas. Pero allá, por naturaleza, se entrega a una vida de libertinaje que, a la postre, le traerá fatales consecuencias.

La obra tiene una enseñanza fuertemente moral. El carácter de Elena queda pintado en unos cuantos renglones: mujer de buena cara y pocos años, que es la principal hermosura; tan sutil de ingenio, -- que era su corazón la recámara de la Mentira, donde hallaba siempre vestido y traje más a su propósito convenientes (pág. 831). El autor no descuida tampoco la apariencia de su protagonista: Vestíase con mucha puntualidad: de lo más práctico, lo menos costoso y lo más lúcido; y aquéllo, puesto en tanto estudio y diligencia, que parecía que cada alfiler que llevaba su cuerpo había estado en prenderse un siglo; el tocado siempre con novedad peregrina; y tanta que el día que no le diferenciaba, por lo menos el modo con que le llevaba puesto no era ya hoy como ayer, ni como hoy mañana; y tenía tanta gracia en todo esto de guisar trajes, que si las cintas de los chapines ~~que~~ pasara a la cabeza y las de la cabeza a los chapines, agradara. ¡Tan vencidos y obligados estaban de su belleza los ojos que la miraban! (Ibidem).

Con tales armas, Elena llega a Toledo y no empieza, como todos los otros pícaros, a contarnos su origen, ya que esto lo hace adelante. Por lo pronto se instala en la mejor forma posible con Montúfar, su amante, y ambos hacen planes para estafar a todo aquel que caiga en sus manos. Cínicamente Elena declara que Montúfar es el único hombre a quien ama verdaderamente, que a los demás, sólo se ha entregado por dinero. Bien nos dice el autor al respecto que Elena es una villamera que había sido y era pasto común, entregándose por bajos pre-

cios a todos aquellos que con medianas diligencias la pretendían ---  
(pág. 842). Pero pronto se presenta la ocasión esperada: hay muchos hombres que la pretenden y entre ellos se cuenta un joven e ingenuo-paje que cae en la trampa que le tiende Elena. Su intención, claro, es estafarlo y para el caso lo invita a su habitación y le ruega, -- con toda clase de zalamerías, que le cuente su vida. El muchacho con fiesa ser paje de un tal señor de Villafuerte, cuyo sobrino Sancho - ha burlado a muchas doncellas de la Corte, y añade que precisamente ese día va a contraer nupcias. Pronto Elena se vale de artimañas, - encierra al paje en su cuarto con cualquier pretexto y cuenta su --- plan a Montúfar. Acompañados por una vieja criada que tienen, Méndez, espeo de Celestina, con tantas mañas como aquélla, se van todos -- tres a la casa del propio Villafuerte. Es de imaginar la escena que se desarrolla entre ellos, pues mientras Montúfar espera fuera de la casa, Elena, cobrando un ánimo valeroso, dice al sorprendido anciano:

-Pues vuestra merced, por tantas experiencias, conoce sus li---  
viandades y sabe que no tiene ley si no es con sus apetitos desorde-  
nados, no se le hará nuevo a los oídos mi caso, porque habrá reme---  
diado otros muchos semejantes. Cuando vuestra merced, por mi desdi-  
cha, este verano pasado envió a ese caballero a nuestra tierra, me -  
vió en una iglesia, a donde, si fuera verdad lo que él me dijo, los-  
dos nos pudiéramos quedar en ella: yo retraída como matadora, y él -  
sepultado como difunto, porque me afirmó que mis ojos habían sido --  
poderosos a quitalle la vida, valiéndose del lenguaje común y tretas  
ordinarias. Siguióme hasta mi casa, y aunque pudiera respetarme por  
mis deudos entonces -pues en ella conoció la calidad de mi sangre--,-

no quiso; escribióme, paseó mi calle, de día a caballo y de noche a-  
pié acompañado de músicos, y al fin, por morir consolado, hizo todas  
las diligencias posibles, como prudente enfermo. Pero viéndose de-  
mí cada día peor acogido y que los ruegos eran de poco efeto, aconse-  
jado de una esclava berberisca -que era de mi madre, que vivía en-  
tonces- a quien él había ofrecido libertad, fué a cierta huerta don-  
de yo las mañanas del verano solía -como quien tiene el ánimo limpio  
de sospechas, sola y sin más compañía- ir con ella de la mano a re--  
crearme. Y habiéndose encerrado en los aposentos del casero y guar-  
da que la asistía, a quien con cierta industria envió al lugar, no -  
quedando allí sino un muchacho de edad de once a doce años, aguardó-  
a que yo estuviese dentro, y quitándole las llaves cuando le pareció  
oportunidad, se hizo dueño de las puertas; donde, con una daga que me pu-  
so a los pechos, alcanzó con villana fuerza lo que no había podido -  
con blanda cortesía: para cuyo efecto, cuando me vió rendida, dejó -  
caer la daga en el suelo... (837). Después de lo cual criada y ama-  
lloran a más no poder y el viejo se ve obligado a darles una impor-  
tante cantidad de doblones antes de que se impida la realización de  
la boda. Sin embargo, pronto se descubre el engaño, pero Elena, to-  
mando providencias, huye de Toledo con sus compañeros. Sancho, ente-  
rado, va a vengar la afrenta y se informa de cuál es el camino por  
donde se han ido los ladrones y los alcanza, pero, para desgracia su-  
ya, queda de inmediato enamorado de la pícaro. Es obvio decir que  
Elena encuentra la manera de despistarlo y aprovechando las circuns-  
tancias, se da cita con él en Madrid, cita a la cual, por supuesto,  
no piensa acudir.

Las situaciones se complican y la novelita crece en entretenimiento y vivacidad. Montúfar por su parte abusa del amor que siente por él Elena y trata de estafarla junto con Méndez, de la parte de las ganancias que a ellas corresponden. Hay pleitos, desavenencias y Montúfar, canalla al fin, las golpea y roba, abandonándolas después. Ello no obstante, pronto se da cuenta de que por sí mismo, sin Elena, no podría hacer nada de valor y vuelve a ella, pero para ese tiempo la pícara decide que tarde o temprano ha de tomar venganza. Lo recibe, empero, con hipocresía, y todos se van esta vez a Sevilla, lugar a donde se hacen pasar por gente piadosa, dedicándose a pedir limosna para los menesterosos. En un principio estas limosnas van a parar efectivamente a los hospitales, con el objeto de levantar fama y dar confianza a la gente, pero después poco a poco se van quedando con el dinero que les cae en las manos. En tres años se hacen riquísimos y viven tranquilos esta vida de lujo y ocio. Pero para entonces llega a Sevilla un madrileño que los conoce; descubre la estafa y va ante la justicia y los delata. Elena, que como dice el autor, tiene algo de diabólico, recelándose de algún grave mal, aconsejó a Montúfar que recogiendo el dinero -pues por estar todo en oro se podía hacer con facilidad- se retirase con ella a casa de una amiga suya de confianza y con quien ella había siempre comunicado sus más escondidos intentos (855); llevan a efecto el plan y abandonan la casa y a la vieja, Méndez, la que, aprendida por la justicia, muere a manos de ésta.

Mientras tanto Elena y Montúfar han llegado a una degeneración extrema, al punto de que él le permite que tenga amantes, con tal de obtener para sí toda suerte de ganancias. Pero Elena, que ya no es

tá enamorada de él; sino de un joven que la pretende, quiere deshacerse para siempre de su antiguo amante. Ríen de nuevo y él la vuelve a golpear. Ella entonces -y aquí el desenlace trágico de la obra, -- quizás inspirado en La Celestina, y la desfiguración de tan bien lograda pícaro- toma venganza envenenando a Montúfar. La situación se complica porque el nuevo pretendiente, que está en ese momento escondido presenciando la escena, sale y Montúfar, ya moribundo, pelea con él por lo cual el contendiente acaba por matarlo antes de que aquél muera víctima del veneno. Elena es al fin descubierta como la principal culpable de tantos daños y condenada a muerte.

La protagonista, si bien es cierto que no necesita, como Guzmán, de procesos para hacerse pícaro, va más allá que Estebanillo González ya que éste, por muy degradado que sea, jamás deja de ser un pícaro, mientras que Elena es conducida por sus propias pasiones al asesinato.

Es por ello que nosotros no incluimos esta magnífica novela corta -- dentro de la historia del pícaro, pues en realidad, nunca un pícaro degenera en asesino. Como dice muy bien Pfandl, el homicida pertenece a la germanía, la más ínfima clase social española, casi toda formada por asesinos mercenarios. ¿Cómo puede un pícaro volverse asesino y conservar en sí la salvación de España, en cuanto héroe y criatura metafísica? El género, si se considera la obra dentro de la picaresca, resulta adulterado; si, por el contrario, creemos que el novelista no ha querido hacer una verdadera novela picaresca, entonces no podemos decir que ha desvirtuado al tipo humano y la obra simplemente tiene conexiones con nuestro tema de tal suerte importante, que no lo hemos podido pasar por alto. En definitiva, Salas Barbadillo -

en La hija de Celestina da como ejemplo la vida de la bella Elena y -  
su trágico final, aportando sus principios cristianos (si bien en un-  
plano muy escondido) como remedio a las licenciosas costumbres de la-  
sociedad española del siglo XVII.

IV.- VIDA DE MARCOS DE OBREGON  
- - - - -

La Vida de Marcos de Obregón (1618), de Vicente Espinel, es un relato de aventuras redactado en un precioso castellano, poco leído y peor comentado. Espinel cuenta la vida del Escudero y esto no es más que un pretexto para exponer los acontecimientos de su vida azarosa, sin por eso constituir en sí nada extraordinario. Marcos de Obregón viaja por España, recorriéndola casi por entero y hace frecuentes visitas a Italia, permaneciendo la mayor parte del tiempo en Turín y Milán. El Escudero es viejo ya cuando escribe su historia; está hastiado y cansado de todo y por tal motivo nos vamos a encontrar con una tónica especial y propia de una obra de senectud, más tratándose, como en este caso, de un texto del siglo XVII español: la desilusión, el desengaño que producen las cosas mundanas. En efecto, no bien empezamos a leer en sus páginas cuando Espinel nos dice: Y es el mundo de tan baja condición, que a nadie acaricia por lo que tuvo, sino por lo que tiene. ¿Qué hermosura se ha visto que no se estrague con el tiempo? ¿Qué vanidad que no venga a dar en mil bajíos? ¿Qué estimación propia que no venga a dar en mil azares? Ciertamente que fuera bien que, como hay para las mujeres maestros de danzas y bailes, lo hubiese también de desengaño, y como se enseña el movimiento del cuerpo, se enseñase la constancia del ánimo (Descanso II: pág. 869). Es natural que en esta posición, al ver la existencia humana con desprecio, su libro contenga un afán moralizante inmediato: El intento mío fué a ver si acertaría a escribir en prosa algo que aprovechase a mi república, deleitando y enseñando, siguiendo aquel consejo de mi maes-

tro Horacio (pág. 864). Para conseguir sus propósitos se traza, ---  
pues, un plan: debe dar lecciones de ética, para que la humanidad si-  
ga un buen camino, pero al mismo tiempo encaja su vida dentro de es--  
tas lecciones ya que Marcos mismo -su propia persona- puede servir --  
de ejemplo en todo momento del relato. Es desconcertante, ya desde -  
el principio, pensar que el leer la Vida del Escudero (tantas veces -  
citada como ejemplo de picardía) nos podría llevar a convivir con un-  
hombre de malas tendencias y que, de pronto, haga moral consigo mis--  
mo y no en un doble plano como lo hace Guzmán, cosa perfectamente jus-  
tificada en su caso, según lo hemos visto. Pero no anticipemos opi--  
niones.

Católico por excelencia, defensor de todos los principios espa--  
ñoles, Espinel dedica su obra al Cardenal Arzobispo de Toledo, padre  
de los pobres y amparo de la virtud. Por lo demás siendo esta obra -  
un relato autobiográfico, Marcos de Obregón y Espinel no son otra co-  
sa que la dualidad literario-humana de un solo individuo, además de -  
que, conocedor profundo de su propio idioma, Espinel lo maneja hábil-  
mente al escribir páginas sin fin, con el placer que ésto, sin lugar-  
a dudas, le ocasiona, por lo cual nos tropezamos con una obra de gran  
proporciones, ajena a todo sentido de grandeza histórica, que, -  
sin embargo, tiene un enorme contenido humano.

El autor, hombre de pensamientos sólidos, nos postula como ejem-  
plo de humanidad al tipo de individuo prudente y noble de instintos-  
que debe saber lo que quiere sin ponerse a pensar en cosas que no es-  
tán al alcance de sus posibilidades. Pero al mismo tiempo, como Que-  
vedo, Espinel se erige expositor inacabable e incansable de un pasa-  
do glorioso. Su idea de España no puede ser, por tanto, dados los -

tiempos en que vive, más equivocada: Considérese -nos dice- que en -  
tan opulenta Monarquía como la de España, de las migajas que se des-  
perdician de la mesa del príncipe, sobra no solamente para aumentar-  
casas ya comenzadas y grandes, pero para levantallas de muy profun--  
das miserias a lugares altísimos (Pág. 970). Con este párrafo nos -  
damos cuenta de que Espinel está -o se empeña en estar-, sordo y -  
ciego a su momento histórico, de crisis total.

Su moral constante -entre líneas y fuera de ellas- consigue des-  
leir el argumento de la obra en general, ya que las digresiones que  
hace al respecto resultan tan continuadas como, muchas veces, innece-  
sarias. Es natural que, como buen español, odie al rico y postule -  
al pobre como modelo que debe imitarse: Una diferencia hallo en la -  
muerte del rico y la del pobre: que el rico a todos deja quejosos, y  
el pobre, piadosos (pág. 886). Por otra parte, desde joven se lanza  
a la aventura pues yo con el deseo que tenía de ver mundo, desamparé  
los estudios y me acogí a la compañía de un amigo capitán (pág.831);  
y en efecto recorre tantos caminos y realiza en esa forma tantos sue-  
ños que una de las veces -como Cervantes- llega a ser prisionero de -  
los turcos y llevado cautivo a Argel. Marcos es de los hombres que--  
saben experimentar con la desgracia ajena; sirve a varios amos y en-  
cuentra trabajo sin dificultad debido a su buen comportamiento, dul-  
zura de carácter y honradez extrema. No es de extrañar, por tanto, --  
que Pfandl<sup>(1)</sup> lo encuentre "más manso e inocente" que sus camaradas -  
los Guzmanes y Buscones, pero sí en cambio que no se dé cuenta que --

---

(1).- Introducción a la literatura de los Siglos de Oro.

justo por ello Marcos dista mucho de ser un pícaro. Es, además, valiente y patriota, capaz de batirse con aquel que trate de ofender su honor y con él el de España, sin dejar por eso de reconocer los defectos de su pueblo como cuando dice que por la misma razón que pensamos ser señores del mundo, somos aborrecidos de todos (979). El viejo Escudero es magnífico conocedor de la psicología de todos aquellos que lo rodean, gran observador y agudo descriptor de costumbres y hábitos humanos. Sin embargo, su crítica es bondadosa, encauzada siempre a dar un buen consejo, al hablar siempre de la gran virtud que es la prudencia. No se cansa de decir por ejemplo que De suerte que por todos los caminos el silencio es refugio y acogida de los agravios con malicia (923); o también que la locuacidad, fuera de ser enfadosa y cansada, descubre fácilmente la flaqueza del entendimiento, suena como vaso vacío de sustancia y manifiesta la poca prudencia del sujeto (924). Pero como no le es suficiente agrega más adelante que Y dije que parece la lengua cabeza de culebra, porque tan dispuesta se llama para picar o morder, como para alabar o persuadir. Mas, cuán dulce cosa es decir bien! (Ibidem). No otra cosa puede decir un hombre que suele estar con los ojos altos y humildes al cielo, el rostro sereno y grave, las manos sobre un muy blanco lenzuelo... pronunciando con mucho silencio las palabras del ensalmo (866). La prudencia está aconsejada en todo, hasta en detalles que a otros moralistas podrían parecer obvias, como cuando Marcos nos dice que Nadie siga a las mujeres a la iglesia, que hay harto espacio para verlas fuera (933). Es fácil advertir la huella de Erasmo en esta forma de comportamiento, tan discreta como serena. Durante su cautiverio en -

Argel no nos asombramos de que se porte, pues, con cautela: yo fui --  
siempre con cuidado de no mirar a ventana -que son celosísimos los de  
aquel reino-, ni tomar pesadumbre con nadie, ni asir de palabra de --  
poca importancia, que es donde se traban las enemistades y odios (935).  
Amonesta también contra los celos: Los celos tienen al diablo en el -  
cuerpo del que los tiene, y parece que los trae consigo, pues a nadie  
hacen mal sino a quien los mantiene, y cuanto más se callan más cre--  
cen (938). Por todo esto, es claro que nos diga asimismo que el ver-  
dadero camino para conservarse los hombres es transformarse en el ---  
humor de aquellos con quien tratan, aun cuando a nosotros nos parece-  
ría falta de personalidad. Por lo consiguiente, fácil es pensar que  
toda idea de pecado está fuera de la mente de este aventurero, como -  
cuando advierte contra la lascivia: En los viejos va creciendo siem--  
pre el desengaño y la ciencia, y disminuyéndose la fuerza, se levanta  
la contemplación; y en el mozo va creciendo la confianza y el desva--  
necimiento, fuerza y estimación propia, de modo que tiene necesidad -  
de ajeno consejo y amigable sofrenada, que en nuestros tiempos se ---  
han visto en algunos sujetos, dignos de estimación por su nacimiento,  
tan exorbitantes vicios y desdichas por la prudencia de maestros mo-  
zos destemplados y lascivos, que da horror removerlos en la memoria;  
a las cuales infelicidades no diera lugar la doctrina de un maestro-  
viejo, cansado de dar y recibir heridas ya sanas del trato y comuni-  
cación del mundo (888). La suya es una filosofía cristiana que pos-  
tula un hombre de bien cimentado en su honor, su patria y su reli---  
gión (mezcla curiosa de erasmismo y catolicidad), pues digan otros -  
lo que quisieren, la Filosofía cristiana nos da lugar y licencia pa-

ra dar sentido que tenga olor de virtud (890).

Pero no sólo el pecado como aniquilación del alma anida como obsesión en la mente de Marcos de Obregón; concomitantemente aparece en él, frecuentemente, la idea del diablo, origen y causa de todos los males. Después de que le ocurre un incidente realmente impresionante -en el cual el elemento macabro aparece en su sentido natural y no deformado como en Quevedo-, hace el siguiente comentario: Del cuento sucedido no les dije una palabra, lo uno por pensar que pudiera haber sido ilusión del enemigo del género humano, lo otro, porque las cosas tan extraordinarias hacen diferentes efectos en los que -- las oyen, y el más cierto es reirse y dar matraca a quien las comenta (903). No olvidemos que Espinel, hombre en mucha forma medieval, vive sumergido en la España "alucinada y alucinante" que tan bien -- nos describe Ortega en sus Papeles sobre Velázquez y Goya: apariciones, relatos fantásticos del más allá; muertos que vuelven al mundo a penar alguna falta jamás confesada en el momento del trance final. En una ocasión, estando completamente solo en el campo, oye el quejido de una mujer: ¡Ay de mí, más infelice y sola que cuantas padecen cautiverio y servidumbre en las mazmorras de crueles e inclementes moros! ¡Ay de mí, la más desventurada de las que han visto despedazar sus hijos en su presencia! ¡Ay, más sin remedio y consuelo que -- las ya condenadas por sentencia de riguroso juez! ¡Oh sitio maldito, árbol descomulgado, testigo de dos muertes, por quien yo diera mil -- vidas, si las tuviera! Obregón entonces, asustado por estar él mismo debajo de aquel árbol, que además había sentido pocos momentos antes correr en su cuerpo lo que cree que son hormigas, dice: Yo, es--

candalizado, alcé el rostro y ví -porque ya comenzaba a amanecer- a-  
aquel cuyos gusanos andaban por mi rostro, cuando yo pensaba que eran  
hormigas; y confieso que con el hórrido espectáculo de la desespera--  
da mujer, y con el hediente espantajo del árbol, si no hubiera luz --  
me cayera muerto, cortado y sin fuerzas. (Pág. 902).

Espinel recomienda constantemente respeto a los superiores, ya--  
que tiene una clara y precisa conciencia de los estratos sociales y -  
la diferencia que debe haber entre sus clases: Dios crió al mundo ---  
con estos grados de superioridad, que en el cielo hay unos ángeles --  
superiores a otros, y en el mundo se van imitando estos mismos grados  
de personas, para que los inferiores obedezcamos a los superiores, y  
ya que no seamos capaces de conocernos a nosotros propios, seámoslo -  
de conocer a quien puede, vale y tiene más que nosotros (pág. 907);--  
es decir, no tiene ningún sentido de autonomía y mucho menos de liber-  
tinaje, como el pícaro. Valbuena Prat dice de Marcos de Obregón que  
es "un libro de viajes empotrado en picaresca"; yo más bien diría que  
es un libro de viajes cimentado en una firme y sincera postulación -  
del catolicismo como única vía de redención del género humano.

La figura del escudero nos hace pensar en el Cipión del Coloquio  
de los Perros, en el cual la sabiduría se ha refugiado; la diferen--  
cia, claro está, estriba en que mientras en Cervantes Cipión es el --  
simbolismo de la verdad, Marcos es la humanización de la misma. Llen  
do aún más lejos, podría afirmarse que el pobre viejo escudero es el  
bien a costa de todo, esforzándose por conseguir una gran calidad ---  
dentro de sus limitaciones. En Alemán hemos considerado el plan étic-  
co, pero la vida de Guzmán es el ejemplo negativo, la tendencia al --

mal que justifica esos consejos morales de los cuales la obra está -  
llena. Aquí en cambio ¿dónde están esos dobles planos? Cuando más,  
y esto ya con mucha paciencia, encontramos elementos picarescos dise-  
minados acá y allá, muy de vez en cuando, a lo largo de la narración,  
pero jamás en el tipo humano.

La personalidad de Marcos de Obregón en el sentido de la picar-  
día no la hemos captado porque simplemente no existe. El es un buen  
hombre en el más amplio y profundo sentido de la expresión. De sen-  
timientos nobles, amante de la virtud y enemigo del vicio; imposibi-  
litado, por naturaleza propia, a hacer conscientemente el mal: es el  
antipícaro, cabe decir, psicología opuesta en todo a un Estebanillo-  
González, por ejemplo.

Marcos es también valiente en el momento de defender su honor,-  
su patria, su religión: siempre íntegro y sincero. Pero entonces --  
¿dónde está el pícaro Marcos de la tradición literaria? En toda la  
obra de Espinel no asoma la cara ni por un instante. Es probable --  
que se objete el hecho de que si se ha considerado como obra picares-  
ca este relato, haya sido porque no es el principal personaje, Mar-  
cos, sino su medio social lo verdaderamente picaresco. No obstante,  
aún esto es falso, como hemos anticipado. Es cierto que el mundo --  
presenta al Escudero circunstancias desfavorables, como por lo demás,  
las tienen todos los seres humanos, sin que por ello tales acciden-  
tes (o las personas que los provocan) sean forzosa y necesariamente  
pícaros. Las situaciones en la vida tienen muchos patrones para mo-  
delarse y las que rodean a Marcos, a pesar de su negativismo, son --  
bien ajenas a las presentadas por los ambientes picarescos. Es lo -  
mismo que dijimos con el mundo que ~~entruelve~~ ~~a~~ los perros Cipión y --

Berganza.

Si comparamos a nuestro personaje con el miedoso, sucio, desagradable Esteban; con el escatológico don Pablos; el mentiroso bachiller Trapaza, ejemplos vivos de la picaresca española, de inmediato imaginamos a un Marcos gordo, bondadoso; aventurero, es verdad, pero sin ser por ello pícaro. Opuesto a esos vagabundos, espejo de tacaños, quinta esencia de embusteros y maestros de embelecadores, Marcos de Obregón les daría a todos ellos, de serle posible, infinitos ejemplos de caridad, señalándoles con índice de fuego el castigo eterno.

Resumiendo podemos concluir que el tono medio que respira la obra responde al movimiento de las huellas erasmistas que dejaron, sobre todo, los hermanos de Valdés: el ideal de vida, la preocupación religiosa. Claro que todo a la española, que nunca deja de anclar en sus grandes temas nacionales (recordemos que Valdés logra poner al erasmismo como base del Imperio). El eje de la novela es el consejo del buen comportamiento (ética burguesa) que no está ligado a un sentido medieval de la vida, sino al erasmista. Sin embargo, como dijimos, el texto es, a pesar de todo, españolísimo en muchas de sus manifestaciones, como los cuadros macabros, anticipaciones de Goya, completa y totalmente barrocos.

Pero por lo que tiene de erasmista, justamente es eso lo que hace no ser pícaro al Escudero. Sin exagerar las cosas, diremos, empero, que tal posición no es sino un ligero viento erasmista que en Espinel se deja sentir. En el aspecto de pre-burguesía, el autor tiene grandes contactos con la modernidad.

La vida de Marcos termina con una serie de relatos fantásticos, inspirados en parte en los viajes de Odiseo por la isla de los Cíclopes, y otros muchos que nos alejan del verismo nunca antes perdido por el novelista. Espinel es, por lo demás, un incansable admirador de la naturaleza, un fino descriptor del paisaje; su personalidad es sensual y exquisita. Por eso la Vida de Marcos de Obregón, escrita por un gran esteta, músico y poeta, no es pues, ni con mucho, lo que los historiadores de la literatura han querido leer en sus páginas, trastocando su sentido real. Es, más que una novela, un conjunto -- de cuadros de costumbres en los cuales el personaje central, eco vago de Don Quijote, desface entuertos en medio de una humanidad que no lo comprende, que queda sorda a su llamado, al igual que quedó -- indiferente al del Caballero de la Triste Figura. Ambos -midiendo - las distancias- tuvieron a la postre que quebrar sus adargas y sus -armaduras, con las cuales pensaron combatir la ignorancia y hacer el bien.

V.- LA DESORDENADA CODICIA DE

LOS BIENES AJENOS

De 1619, un año anterior al Lazarillo de H. de Luna, es La desordenada codicia de los bienes ajenos escrita por el Dr. Carlos García, obra apacible y curiosa en la cual se descubren los enredos y marañas de los que no se contentan con su parte. Es un escrito que con mucha propiedad podría llamarse Tratado acerca de los ladrones o Código de latrocinios, ya que no es otra cosa que la descripción detallada y minuciosísima, que el autor nos hace del robo. Cómo, de qué manera, por qué se hurta; cuántas vías hay para hacerlo; su origen; cuales son -- las culpas de tan grave delito. Cuántos ladrones hay de acuerdo con -- su manera de robar y cuántas y cuales clases de robos hay en el mundo. El escritor, no conforme con todo este lujo de detalles va aún más lejos: cataloga a la humanidad entera como ladrona, ya que para él --- excepto unos cuantos que nombraremos en su lugar-- todo el mundo adolece de esta falta. En la primera parte este código no hace sino una descripción de lo anteriormente citado, comparando las penas de la -- cárcel a las del infierno y afirmando que nada hay en el mundo tan -- abominable que el perder la libertad por haber delinquido como ladrón. Magnífico estilista, nada barroco, con profundos conocimientos teológicos, Carlos García escribe empero bajo la ideología de Quevedo, teniendo presente constantemente, asimismo, a Dante y a todos aquellos escritores famosos que han hablado y discurrido acerca del infierno. Entretenido e inteligente, nos dice pues, bien pronto que se ve claramente que no hay cosa en este mundo a que con más propiedad pueda com-

pararse la pena esencial del infierno, que a la privación de la libertad, pues trae al hombre a tal extremo, que se aborrezca a sí mismo, su ser, su constitución y estado (Cap. I; pag. 1607). Toda una hábil-psicología del delincuente cruza las páginas de esta obra que nos recuerda de lejos a los Sueños. Pero es evidente que García hace también una crítica social aguda: Tiene también la prisión la propiedad del infierno, que es recibir toda suerte de pecadores y criminales, estando extraordinariamente poblada y llena de ladrones, cigarreros, cortabolsas, terceros, monjas de la P., homicidas, perjuros, bancorotos, ostafadores, usureros, brujas, y finalmente, tanta variedad, cuanta de animales entraron en el arca de Noé, sin que a alguno se rehusa la entrada ni cierre la puerta (pag. 1110). Crítica, por lo demás, que abarca a muchas clases de gentes, con un sentido distinto al que caracteriza a la Edad Media, que lo hace en forma esquemática y con una colocación ordenada.

El autor habla en primera persona, pero el principal personaje es un tal Andrés, que ha caído en prisión, y la obra quiere tomar un cierto matiz trágico en cuanto que la absolución o condenación del reo se espera de un momento a otro. Por el diálogo que ambos sostienen, nos enteramos de la vida y costumbres de esta clase de gente a la cual, por todo lo que se ve, el autor conoce perfectamente. Sin embargo, y a pesar de que el personaje, por su propia índole negativa, podría resultar interesante, acaba por diluirse su carácter dentro de una narración a veces fastidiosa. Andrés no hace sino contar las excelencias del hurtar, y el interlocutor por lo tanto tendrá que estar siempre en su contra. Pero si de moralizar se trata la historia de An

drés resulta poco interesante y nada extraordinaria, por lo cual nunca en definitiva llegamos a enterarnos de su verdadero contenido humano. En la última parte del texto encontramos algunos pasajes de aventuras y trucos curiosos, lo más entretenido de la obra, que puede tener -o tiene- conexiones, sin que lleguen a más, con la picaresca, ya que Andrés siempre es un ladrón y no necesariamente un pícaro, personaje este último cuyas actividades no sólo se restringen al hurtar.

Las consideraciones de García crecen y no se cansa jamás de filosofar sobre el robo, opinando que fué Luzbel el primer ladrón que hubo en el mundo, el cual, vencido por el ambicioso desco, se arriesgó temerariamente a robar la gloria y el solio de Dios. Adán igualmente cae dentro de la órbita inmensa de este pecado, ya que vencido de las importunas razones de su mujer, y atormentado de una curiosidad ambiciosa, quiso robar la esencia y sabiduría de Dios. (pág. 1121). Por lo que la conclusión no se hace esperar, al afirmar Andrés que De aquí entenderá vuestra merced que el hurtar es naturaloza en el hombre y no artificio, y que va por herencia y propagación de todo el linaje humano. (pag. 1122).

Pronto vemos que el escritor no se conforma con hacer del mundo entero un centro de robo y codicia, sino que detalladamente nos presenta una lista diciéndonos quiénes son los que roban y cómo lo hacen, ya que todos somos hijos de Adán. Un sastre, que come más que cose, y en término de seis años que ejercita el oficio, da en casamiento diez mil ducados a una hija, sin mezclarse en otro trato, que el de la aguja y las tijeras; ergo ladrón. El zapatero que en su botica tiene seis aprendices y no trabajan sino cuatro días en la semana y aquéllos no -

enteros; y pasados tres años, se halla con dos casas edificadas en lo mejor de la  
ciudad, que cada una le renta trescientos ducados al año, sin otro patrimonio que-  
el del cordobán; ergo ladrón. El escribano que por cada hoja de papel tiene seis  
maravedís y en todo el año no escribe seis meses enteros; y apenas se acaban cuan-  
do aparece con sillas de respaldo, pabellón de damasco, colgaduras de seda y otros  
ricos aderezos, sin que le vengan del cielo; ergo ladrón. Y a este talle, halla--  
ra que en todos los oficios se paga tributo a Caco. Y advierta vuestra merced --  
que hablo, no de los buenos y honrados oficiales, sino de los malos y perversos,-  
los cuales, cegándose con el interés, atropellan el temor de Dios, el amor al pró-  
jimo y la verdad de la propia conciencia; y éstos entenderá vuestra merced todo-  
el mal que dijere. Y porque la grande atención con que oye mis razones, descubre  
el deseo que tiene de saber de todo lo que en esta materia se pudiere decir, quie-  
re manifestarle brevemente las trazas y engaños que cada uno de los malos oficios  
tiene para hurtar. (1123). Y en seguida nos dice que el tejedor hurta también, el  
médico y el cirujano; el boticario, el mercader, el notario y el escribano; el pro-  
curador y el abogado; el letrado; el droguero y otros mercaderes de balanza; el -  
tesorero y el alguacil, éste último prendiendo un pobre inocente y metiéndole en-  
un calabozo sin decille por qué; y al cabo de tres o cuatro días que le tiene en-  
una cadena, envía un demonio de aquellos de la prisión a decille que está acusado  
de falsa moneda y convencido por la depositación de diez testigos que han deposi-  
tado contra él; y que, por la consideración de algunos amigos suyos, le libraré -  
una noche, si diera cien doblas para contentar los testigos y hacelles que ca--  
llen; de los cual, amedrentado el pobre inocente, da hasta la camisa que lleva,-  
por salir de tanta aflicción. (1124).; La crítica a la política no falta, ya que  
el cortesano hurta los favores de un privado, aplicándose a sí mismo lo que otro-  
percibe; porque, cargado de plumas, echando piernas, almidonado y más tieso que -

un uso, se va a palacio, y oyendo en las puertas dél o en la plaza donde están los lacayos alguna nueva, vuelve a visitar sus amigos y les da a entender que el rey le retiró aparte con gran secreto, y que, entre otras cosas que le dijo, fué la nueva que él trae. (Ibidem). El perfumero, el clérigo, el religioso, el predicador, el ciego y el mendigo, entran a formar parte de su enorme lista. Acaba diciendo arbitrariamente que todos hurtan y cada oficial tiene su particular invención y astucia para ello. Pero, como no hay regla general que no tenga su excepción, podemos excluir del número de los ladrones toda la gente de buena conciencia, cuales son lacayos, palafreneros, cocineros, corchetes, el carcelero y sus mozos, alcahuetes, truhanes y putas. (Ibidem). Naturalmente, los ladrones se dividen principalmente en Salteadores, apóstoles, duendes, maletas, cigarreros, mayordomos y dacionos. Además los hay apóstoles que toman el nombre de San Pedro, porque así como él tuvo las llaves del cielo, así también éstos llevan ordinariamente una gancha o llave universal, con que abren todo género de puertas; y para que el muchacho escarbar la ceraja no haga rumor y despierte los que duermen, le apegan una plancha de plomo, con que la harán pedazos sin que los sientan los que más cerca estuvieren. (1126); y también los llamados devotos que son ladrones a lo divino, porque no hay pascua, jubileo ni indulgencia que no visiten. Están perpetuamente en las iglesias y conventos, muy devotos, esperando la ocasión de esconderse debajo del altar o tras de algún retablo la vigilia de alguna fiesta señalada, para salir de noche y vaciar las cajetas y desnudar las imágenes de todas las joyas y oro que tienen (Ibidem). Y con esto llegamos al capítulo VIII del libro sin que Andrés nos diga una palabra de su historia, como lo ha prometido. Sin embargo, antes de terminar el libro, como ya se dijo, hay algunos pasajes picarescos por los cuales la obra ha sido catalogada entre la novelística que hemos estudiado, pero en realidad un pícaro no existe, pues ya vimos que en su lugar hay un-

tipo perfecto de ladrón. Con ~~haber~~ francés, este final de la obra ofrece algunos puntos de contacto con Luna, sin que por eso llegue a ser erótico y atrevido como aquél. Termina esta curiosa narración hablando de los estatutos y leyes de los ladrones, todo con gran lujo de detalle, no dándonos el escritor la solución de si en definitiva Andrés es a la postre condenado o absuelto.

Esta novela es, más que otra cosa, una obra que trata de hacer moral sin que llegue por lo demás a lograr bien su propósito, ya que es, a pesar de su hábil y buen castellano, fino y bien construido, algo repetido en el tema, cosa que diluye el argumento, la ética y en definitiva, todos los propósitos que el autor se fijó en un principio. Su crítica al clero puede tomarse como erasmista en cuanto que García, residente en Francia, es probable que haya tenido cierta simpatía por tal doctrina. Su obsesión por la pérdida de la libertad y las torturas de la prisión pueden conducirnos a pensar en que quizás tuvo en alguna parte de su vida, que purgar alguna condena, lo que no es del todo improbable, dadas sus críticas a la política y a la iglesia del tiempo. En todo caso, es la obra que nos lleva a la posesión de un cierto sector de las bajas clases del pueblo, los ladrones y gentes de mal vivir, que pueden invadir con sus costumbres, en todo caso, a la sociedad española y al mundo entero en general.

VI.- EL DONADO HABLADOR

- - - - -

Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera, médico de Segovia, probablemente por pasatiempo y sin otro afán que el de recordar parte de su vida (que aunque su obra no es una autobiografía, no cabe duda que está llena de relatos personales y verídicos), publicó la primera parte de El Donado hablador, Alonso, mozo de muchos amos en 1624 y la segunda en 1626. Es, en cierta forma, algo parecida en su contenido a ideas a la Vida de Marcos de Obregón, ya que tienen características fundamentales en común, sobre todo un afán moralizante inmediato que ya hemos estudiado en Espinel.

Escrita en forma dialogada, la obra nos ofrece un magnífico y sobrio castellano, a más de que el relato es excelente, si nos olvidamos de que pretende ser un diálogo, pues más que nada es un monólogo que se pierde y acaba por ser una auténtica narración. Este libro, que también se ha catalogado como picaresco, es indudable que tiene conexiones formales con el género que nos ocupa, pero difiere de una manera radical de éste en cuanto a que el pícaro no existe en definitiva en El Donado hablador.

A primera vista, sin embargo, es posible confundirlo, ya que el personaje central, Alonso, en su inquietud y ansia de correr aventuras (Toledo, Sevilla, Valencia, Zarsgoza, Segovia, Lisboa, Toro), -- cambia constantemente de sitio para buscar novedades dentro de este tipo especial de vida andariega. Además, como indica muy bien el título, Alonso es "mozo de muchos amos", circunstancia ésta semejante a la sufrida por los pícaros. Tales son los rasgos afines a la picaresca, escuetamente: veamos ahora los contrarios a su índole.

Alonso empieza por ser mozo de mulas de unos estudiantes que --  
van a Salamanca, lugar donde el autor recuerda con detenimiento las --  
novatadas de los muchachos, pero sin el sentido picaresco que le im-  
prime Quevedo, por ejemplo, al Buscón, cuando escribe las que le a--  
contecieron a Don Pablos en Alcalá. En seguida pasa a servir a un --  
sacristán al cual critica por su falta de verdadera vocación y ad---  
vierte que de buenos y malos se compone una república; y en el más --  
cultivado jardín, si nacen apasibles y olorosas flores, a veces tam-  
bién nace la malva y la vengativa ortiga; sino que es el trabajo que  
por un malo pierdan muchos que verdaderamente son virtuosos, justos-  
y buenos (pág. 1157). El azar lo lleva después a servir a un gentil  
hombre recién casado con una vieja a la que Alonso odia por darle --  
muy mala vida a su amo; luego es mozo de un letrado, de un teniente,  
de un médico y de una viuda; pero con éste no terminan sus diferen--  
tes empleos, pues más adelante se coloca con unas monjas, después --  
con un caballero portugués y finalmente es aprendiz de pintor, para-  
acabar el término de sus días como Donado de un convento y luego co-  
mo ermitaño.

Siendo, pues, Donado, encuentra pretexto para contar su vida a--  
un vicario de la propia hermandad, pues las tardes son largas y el --  
tiempo no cuenta para Alonso. El vicario, a manera de interlocutor,  
sólo sirve para orientar la charla inagotable del hablador que tiene  
por amigo. Y en efecto, la obra a veces cae en una palabrería inú--  
til que la hace algo cansada, sin por eso llegar a extremos, pues --  
en general es divertida y amena. El Donado es, en una palabra, un --  
libro de viajes y aventuras de un buen señor, poseedor de una abun--

dante charla, que se dedica a dar consejos al por mayor a todo aquel que piensa que los necesita.

Misógino a ojos vistas, el autor hace constantes burlas -meras- caricaturas muy bien logradas- de las mujeres, a las que echa en cara la corrupción de las costumbres del mundo. De la vieja esposa de su amo el médico, dice muy quevedianamente que: Salió, pues, mi deseo de dama vestida a lo grave, alta de cuerpo, muy derecha, sobre media vara de chapines, con sus varillas de plata de un gran gema; lo que le faltaba de gruesa y corpulenta, sobraba de enjuta y reseca; tenía el rostro como el de María de Peñaranda la barbuda, y tanto, que se pudiera alzar los bigotes y dormir con bigoteras; carilarga, la nariz apia, quintada y vuelta al lado derecho: los ojos, uno mayor y más crecido que el otro, no iguales en el asiento, cuyas niñas, aunque no menores de edad, miraban a dos parroquias; cejijunta, cabello negro, tosco y grueso; frente corta y estrecha; boquihundida y de -- oreja a oreja; dientes anchos y apartados unos de otros al modo de almenas, verdadero retrato del que pintó un poeta mi conocido en estos versos:

Nunca tal novia se vea,  
Flaca, tuerta, negra y fea;  
Y nuestro novio traidor  
La mostraba más amor  
Que Calisto a Melibea.  
(Pág. 1165).

Y después de su propia esposa (pues que se casa y enviuda), dice que: Era mi bien lograda mujer de razonable cara, aunque con algunas arrugas, surcos de los sesenta y dos años que tenía, desmoronadas las almenas de la boca, con cuatro o seis portillos, que se divisaban no demasiado, por un poco de bozo con que se cubrían, aunque no bastan-

te al disimulo de dos grandes colmillos, que salían afuera: anchuro-  
sa la frente, razonable la nariz, buenos ojos, pero corta de vista;  
no muy alta de cuerpo ni muy baja; para su cabello no eran menester-  
trenzados, porque de una enfermedad o corromiento me dijeron no le  
había quedado un cañón en su cabeza... (pág. 1248). Pero estos dos  
retratos son quizás los únicos de ingenio picardil, pudiéramos decir,  
que tienen las dos partes en que se divide la obra. Por lo demás --  
Alonso, insólitamente, --pues no sabemos en dónde ni cuándo se ha he-  
cho de una gran cultura--, habla constantemente de Ovidio, Demóstenes,  
San Agustín, San Pablo o Seneca, a los que conoce a perfección, in-  
tercalando sus máximas y sentencias para ejemplo y consejo de la hu-  
manidad. Por otra parte, entre sus mil aventuras, cuenta su vida --  
entre gitanos, a los que critica muy a la manera de la época, como --  
lo hacen Cervantes, Espinel o Quevedo. Es hecho cautivo y llevado --  
a Argel; después hace un viaje a Indias en el cual no acontece nada,  
pues es, obviamente, una trayectoria imaginaria, ya que el autor no  
tiene idea del México de entonces, lugar a donde Alonso dice llegar.  
Aquí se enriquece y regresa a su patria, sin que nos dé tan siquiera  
una opinión de sus experiencias en Nueva España. Los reveses de for-  
tuna lo hacen quedar pobre de nuevo, por lo que las quejas en contra  
de la miserable vida que lleva no se hacen esperar: ¡Oh cuánto puedes,  
necesidad y a cuánto obligas! ¡Qué de torres has echado por el suelo  
y cuántas dificultades has allanado! ¡Qué de voluntades has torcido,  
y a qué de ignorantes has enseñado! Haces hablar los mudos, humi---  
llar los soberbios, das ánimo a los flacos; y a mí, que poco tiempo-  
ha me ví en el cuerno de la luna, y que para que hablase una palabra

era menester primero ser lisonjeado, me trujiste a la miseria y des-  
dicha a que pudo venir un hombre para quien era poco la riqueza que-  
en sus entrañas encierra la tierra, usurpa el mar y el sol engendra-  
en los más ocultos e inhabitables montes (1209).

Por otra parte, como buen patriota, tiene una gran confianza en los destinos de su pueblo pero, al igual que Espinel, también en --- ello, no siente el peso de la caída de España. Vive, por el contrario, un mundo de mentira (o de ignorancia) que lo lleva a una total ceguera respecto de la situación española del siglo XVII. Nos dice que el rey Felipe III, nuestro señor, de gloriosa memoria, en martes se casó con Doña Margarita de Austria, nuestra señora, en la ciudad-  
Valencia, y fué dichoso casamiento; dígalo la venturosa sucesión que  
dejaron a nuestra España, el notable amor que siempre se tuvieron y-  
la perpetua paz en que reinaron (pág. 1245). Esto, por lo demás, no deja de sorprendernos, pues no pudo ser más evidente (pese a su pompa y artificio) la decadencia de Felipe III y sus descendientes sobre todo. Esta recia convicción y fe en el destino propio nos da el matiz de aislamiento en que España vive antes de caer, como hemos visto anteriormente, en formas de vida inauténticas. El Donado hablador y el libro de Espinel no tienen por eso la amargura del Guzmán o del Buscón, conscientes de la ruina del pueblo español. Por eso nos dan la sensación de que, a pesar de las notas o reminiscencias modernas de tipo erasmista que contienen, son libros un poco fuera de su tiempo y de sus circunstancias en general, sin sentido ninguno de su presente. Pero por otra parte, no deja de asombrarnos la constancia -- y fortaleza que los españoles de esta época tenían en sí mismos, aun

cuando tal confianza, a la postre, no los haya podido salvar.

Si por otra parte, ya para terminar este análisis, la palabra --  
pícaro se usa frecuentemente en este libro, es porque ha llegado a --  
ser término común, en su sentido peyorativo, sinónimo de truhán o ---  
malviviente y no necesariamente por ser el protagonista un pícaro en-  
sí mismo.

VII.- VIDA DE DON GREGORIO GUADAÑA

- - - - -

Las fuentes de información que poseemos de la Vida de Don Gregorio Guadaña, son las que nos da dado Angel Valbuena Prat,<sup>(1)</sup> pero para nuestro propósito nos bastan ya que es otra obra que, a nuestro -- parecer, no puede ser considerada genuinamente como picaresca. Valbuena nos dice que dicha novela forma parte de una obra llamada El siglo pitagórico y vida de Don Gregorio Guadaña de Antonio Enríquez Gómez, -- y agrega que dentro de ella ofrece un carácter aislado y autóctono, -- aunque está engarzada en el marco de ficción de la transmigración de un alma en diversos tipos sociales de la época. La Vida de Guadaña -- corresponde a la Transmigración V; la IV ha sido la de un valido y la siguiente será la de un hipócrita. Publicado en 1644, ofrece pues una gran novedad para las letras españolas. El autor, por su parte, -- parece ser hijo de un converso portugués, varias veces perseguido por la Inquisición como judaizante. Fué quemado en ~~efigie~~ en Sevilla, -- pero protegido por el grupo hebreo de Amsterdam, se salvó del auto de fe. Pase a ésto la obra no parece marcada con un sello fuertemente -- judío. El tema de la transmigración del alma, que da coherencia al -- conjunto, está aludido dentro de la novela misma de Guadaña cuando en el capítulo V se afirma que la opinión de Pitágoras, que dice se pa-- sean las almas de cuerpo en cuerpo como de flor en flor. No hay, por lo demás, en toda la obra, una verdadera oposición en contra del dogma católico; por el contrario, se ven muchas afinidades con la ortodoxia española.

---

(1).- Opus cit.

Enríquez Gómez es un magnífico escritor barroco, a más de notable poeta, también a la manera gongorina. Su obra es, sobre todo en un principio, de gran ingenio y sutileza; en el estilo, fluido y ágil, se nota de inmediato la influencia de su maestro, Francisco de Quevedo. Enormemente gracioso, al final cae empero dentro de una relativa sosez que hace que la obra venga a menos. Sin embargo, como ya dijimos, es ingeniosa y entretenida y se comprueba en ella una vez más la perfección que los escritores barrocos alcanzaron en el manejo de la lengua. Quevedo está presente desde el principio, cuando Guadaña dice Yo, señores míos, nací en Triana, un tiro de vista de Sevilla, por no tropezar en piedra. Mi padre fué doctor en Medicina, y mi madre -- comadre; ella servía de sacar gente al mundo, y él de sacarlos del mundo, uno les daba cuna, y el otro sepultura (Cap. I; pág. 1595). Cuenta pues Don Gregorio su patria y genealogía en forma picante, aunque no es sólo lo satírico lo que constituye su personalidad literaria, pues, buen hijo de su siglo, está saturado de pesimismo y desengaño. Constantemente habla de la muerte y se recrea en afirmar que no es otra cosa que la propia vida, ya que la existencia verdadera está en el más allá. Al principio de la obra, por sus descripciones y diálogo, parece en efecto que nos vamos a encontrar con algo picaresco: Mi abuelo -- por parte de mi padre era sacamuélas; llamábase Toribio Quijada, y -- desempedraba una y otra a las mil maravillas. Solía ponerse en la -- plaza con un rosario de huesos al cuello, y hacía una oración tan piadosa, que la mayor parte de la gente estaba la boca abierta escuchán-- dole. Limpiaba dientes y muelas con tal gracia, que nunca más se hallaba en la boca (1596). Y también: En esto de poner dientes era úni-

co, tan bien los ponía como los quitaba; pero en lo que ninguno le lle  
vó ventaja fué en hacer ojos: podía uno quitarse los suyos por poner-  
se los que le hacía, y era tan letrado en esta materia, que con haber  
hecho dos mil tuertos derechos, ninguno veía la claridad de su justi-  
cia (Ibiden). Y en seguida: Una prima hermana mía; hija de mi tío el  
cirujano Ambrosio Jeringa, era maestra de niñas; llamábase Belona La-  
gartija, y era tan extremada en todo género de costura, que labraba -  
un enredo de noche sobre la almohada, tan bien como de día le zurcía.  
Tenía a cargo algunas niñas, no tan niñas que no tuviesen niños que -  
las llevasen y trajesen de la escuela (Ibiden). Después cuenta Grego  
rio su nacimiento prodigioso. Su filosofía, evidentemente, es la de -  
un pícaro pues a mi flaco juicio, el más bien nacido fué siempre el --  
que vive mejor. Es también entremetido desde que está en el vientre -  
de su madre, ya que no la dejaba dormir de noche, a puras coces. Solía  
meterne entre las dos caderas y ella daba unas voces tan fuertes, que-  
las ponía en la vecindad, por no enfadar al cielo. Cuando ella esta-  
ba descuidada, solía yo darle una vuelta al aposento de su vientre y-  
revolverla hasta las entrañas. "Doctor decía rabiando-, ¿qué Rober-  
to el Diablo me habéis metido en el cuerpo? "Jesús mil veces, decía-  
él, estáis endemoniada" (1599). Y al fin nace, comenzando a sacudir-  
las tónicas de la vida para vestir las de la muerte... Avisó la coma-  
dre discípula de mi madre, a mi padre este trabajo, profetizando un -  
parto peligroso, como si no lo fueran todos, pues salen a morir. Y -  
después el mismo lamento de siempre, angustioso y fatal: ¡Quién dije-  
ra que después de nueve meses de cárcel me diesen libertad en otra --  
más oscura... metieronme en la cuna, primera sepultura del hombre, y-

con toda la música de Galicia no me harían dormir si yo daba en llorar.

Don Gregorio viaja de Sevilla a Madrid, y cuenta lo que le acontece en el camino. Pero cosa rara, leemos el libro y resulta que no sucede nada. La novela se deja arrastrar por una serie de consideraciones de filosofía cristiana de la vida, naturalmente todo ello salpicado con chistes conceptuosos muy bien logrados a lo largo de todas sus páginas. Retratos finos y sarcásticos no faltan, como cuando describe a la huéspedea: Era tan calurosa, que siempre se estaba bañando en el sudor de sí misma, pero el agua salía de una fuente tan sucia, que sólo la podía oler el mesonero; a su lado venía la criada, no tan criada, que no tuviese criados, si bien con el mucho trabajo estaba tan flaca, que parecía bujía en la mano de su ama, no vi moza más descarada en mi vida, porque no la tenía. Y como ésta hay muchas otras pinturas de gente de baja ralea. El diálogo es fuerte pero gracioso, obsceno - las más veces y siempre divertido, mezclado con él la filosofía quevediana que asoma a cada paso: No se tiene lo que no se posee; en -- vivir mucho consiste la felicidad del hombre, sino en saber como se -- vive. Nuestra vida es un día de veinte y cuatro horas; en una salimos del mundo, y en otra le habremos de dejar. No por tener menos años se aumenta la vida, los dolores sí; pues siendo los días mares de nuestra vanidad y corriendo tormenta en ellos, el que estuviere más cerca de la muerte, estará más pronto de llegar al puerto. No caducan los ancianos, los mancebos sí; pues los unos saben que han de morir, y los otros aspiran a vivir, y más juicio tiene el que se pone con experiencia que el que sale sin ella. No por quitarse los años se vive más, - antes menos, pues pensando engañar al tiempo, nos engañamos a nosotros

mismos. El principio del nacer es geroglífico del morir; todos nos vamos, y la tierra permanece; salimos como flor, y luego somos cortados del campo de la vida. Los que se quitan los años se quitan las armas de la sabiduría. Más vale contar más que menos, pues no hurta quien gasta de sí mismo los días de su vanidad. Los filósofos antiguos trabajaron por llegar a la edad perfecta, pero nosotros trabajamos por llegar a la edad de la ignorancia. Los cuatro humores llevan la carroza de nuestra vida sobre las alas del tiempo; pretender echar atrás las ruedas de este triunfal edificio es querer retroceder el curso y velocidad de los planetas. No es bien que los años vivan con cuenta y la virtud sin ella. El caballo más diestro cae en el principio de su carrera. Tan presto se atreve la muerte a derribar un rancebo de veinte y cuatro años como un viejo de ciento. Ninguno se agrave de verlo pues no hay mayor afrenta que infamar el tiempo y la naturaleza (1612).

Sin embargo y a pesar de esta añoranza por el más allá sabe que lo que salva al hombre es la acción, que no la contemplación, en ello sí distinto al sentir español de la época: saber vivir es saber obrar; retirarse del mundo por buscar la quietud será prudencia, pero no sabiduría, porque la contemplación del espíritu sin obras más viene a ser vicio de la potencia que virtud del acto. Y es que la heterogénea personalidad de Enríquez Gómez le da ese carácter medio español, medio internacional, que raras veces se presenta en la literatura de la época. Asimismo, hemos visto que sus discursos son medio éticos, medio cónicos y burlescos, jugando con todo, existiendo en el fondo sólo la gran amargura del ser inconforme consigo mismo. Los lances de Guada-

ña no son ni siquiera propiamente aventuras, pues es lo común y corriente lo que a él le está impuesto: enamora en Madrid a una dama; otra vez toma venganza de un alguacil que le quita la guitarra en una serenata y cosas más por el estilo. Como consecuencia lo meten a la cárcel, pero sale a la postre bien librado. Por lo demás no parece que Don Gregorio tenga dificultades económicas, pues nunca lo menciona. Sin embargo, parece que Guadaña se desenvolverá y caerá en la acción que preludia su filosofía cínica y desvergonzada ("el mejor nacido fué siempre el que vive el mejor"), y en parte estoico cristiana, como el propio Guznán. Pero contrariamente a esa suposición, como ya hemos dicho, no actúa. Su mente ociosa hilvana uno tras otro pensamientos descarados y picarescos, pero sin que por ello viva él mismo, reaccione según sus propias enseñanzas. Si un pícaro tiene una sed incontenible de libertad, él, si posee algún deseo, es el de morir, ya que en ello encuentra el sentido final de la existencia humana. Si un pícaro es cobarde e hipócrita, o pobre, Guadaña no presenta en realidad como características esenciales tales afinidades. Es en cambio, como el pícaro, ingenioso, malévolos, cínico, pero todo en potencia, no en acto, pues si Guadaña critica y muerde a la sociedad y a la vida toda con el pensamiento audaz de un Don Pablos, no actúa como él, ni como nadie, en último término, pues lo que hace es pasarse la vida discurrendo, como cínico o como pesimista: es una novela paralítica la suya. Si se llegara a considerar a Guadaña un pícaro, sería, en todo caso, un pícaro "in mente", nunca en acto, lo cual ya implica una disparidad para poderlo catalogar en definitiva como producto genuino de la picaresca. ¿Por qué no acaba de decidirse a actuar como un pícaro,

a hacer las cosas que realizan Pablos o Trapaza, con o sin remordimientos de conciencia, pareciéndose en esto último a Estebanillo? En realidad a nosotros nos parece el libro muy hispánico en cuanto que está saturado de ese pesimismo que da forma a casi toda la novela del XVII, pero no es una novela picaresca porque simplemente Enríquez Gómez no tenía ganas de hacer un pícaro de Guadaña. Su pensamiento picaresco no es sino el toque íntimo con el cual Gómez se escuda para criticar a la sociedad y dar un matiz inteligente a su personaje. Es una obra -- que aparentemente trata de divertir pero que lleva implícita la gran lección de que esta vida sólo es un tránsito al más allá, la verdadera y eterna morada de las almas. Gregorio es triste y amargo, con contrastes fuertes y bien marcados. Todo en él es malo, como en Mateo -- Alemán, triste y desventurado. Sólo que mientras Alemán nos pone un ejemplo negativo con la vida del pícaro Guzmán, Enríquez Gómez se conforma con moralizar en primer plano sin necesidad de que la vida de -- Guadaña sea mala y de ella hayamos de derivar el ejemplo.

Del amor nos dice que El amor del padre para con el hijo lo busca en engendrarle, y el amor del hijo para con el padre en heredarle. La mujer que más ama y quiere a su marido mira primero su comodidad en la dote, por ser los bienes de fortuna en la mujer más amparo que en el hombre. El sabio la busca en la adulación; el mercader, en la usura; el escribano, en la pluma; el labrador, en la nube; el tatur, en la flor; el cortesano, en la lisonja; el malsín, en la traición; el ladrón, en la noche; el homicida, en la sangre; la doncella, en la esperanza; la viuda, en el monjil; y todos, antes de ejercer lo útil de su estado, le tienen librado en la comodidad y conservación del individuo (1631),

Todo es pues, en este mundo, adulación, mentira e hipocresía. La --- obra es, por otra parte, un tanto incompleta, pero esto se entiende al saber que es sólo parte de otra mayor. Al final se relatan una serie de acontecimientos que decaen, si los comparamos con el principio de la obra, tan sugestiva y llena de un grotesco sentido del humor que ridiculiza la vida.

VIII.- PERIQUILLO EL DE LAS GALLINERAS

- - - - -

Francisco Santos, autor moralizante en casi todas sus obras, nos presenta su Periquillo el de las Gallineras (hacia 1678), escrito curiosísimo, evidentemente -también él- influenciado por Quevedo; según Valbuena Prat es una "picaresca al revés" ya que en El Arca de Noé, - dice un interlocutor dirigiéndose al autor mismo que Bien puede tu Periquillo el de las Gallineras sentenciarlos a fuego (a los libros picarescos) que con esos títulos presenta un alma desengañada, vestida de sentencias y moralidades. Agrega Valbuena que "con Francisco Santos llegamos a uno de los aspectos más curiosos de la disolución de la novela picaresca del XVII. En él puede advertirse un ambiente y técnica de picaresca, sin pícaros. Ya por ser los cuadros costumbristas lo esencial, como en Día y Noche en Madrid, ya por ser los personajes, como en esta obra y en Periquillo el de las Gallineras, verdaderos modelos de virtud" (Opus cit.)

En efecto, Periquillo no sólo es modelo de virtud, sino que al terminar la obra casi muere en olor de santidad. La justificación que se nos da por el hecho de que se la haya catalogado dentro de la picaresca, responde pues a una causa meramente formal. Lo de la "picaresca al revés" creemos que no es sino una manera de decir las cosas que nos conduce a ver que en verdad la obra todo puede ser menos una novela -- de pícaros. Ya desde las primeras fortunas de Periquillo se relata -- su nacimiento y su origen. Abandonado a la puerta de un convento, Perico, recién nacido, es recogido en tiempo de Navidad por un matrimonio de gente humilde y buena que desde ese momento se constituirá en -

benefactor del niño. La obra, nada barroca en el estilo, es en cambio muy del gusto de la época, pues pocos escritores escribieron en tonos más negros y desesperanzados que Francisco Santos.

Faustino, el padre adoptivo, dice a Pedrito al recogerlo: Sólo lloraré el que hayas venido a un mundo tan desdichado, tan triste y avarento, donde todo es guerra perpetua: el hijo más deseado desea la muerte a sus padres para quedar a su libre albedrío, dueño de la hacienda; la hija, apenas muere el padre, cuando pide a la madre que la parió y crió a sus pechos, la hacienda que le viene paternal y aun para ello se vale de amenazas y justicia -¡notable ingratitud!-; el pariente está contando las horas y minutos de la vida de su deudo, porque le deja un poco de hacienda. El que aspira al puesto que tiene otro, sabiendo o creyendo que le viene de derecho, le desea la muerte para verse en la profesión a que aspira. El pobre envidia al rico, el rico al señor, el señor al grande, el grande al príncipe, todos con ansia de ambición. ¡Oh miserable mundo!, pues ninguno de tus inquilinos cree que tu posada perece, aun en el mismo embrión del cogollo, antes de abrir la boca, para el aliento que creyó suyo, sin acordarse que se nace desnudo y así se vuelve a la tierra y aun esta guerra está dentro de cada hombre, pues en su terrena casa está muy encendida la discordia. (Pág. 1782).

Perico por su parte al crecer, no sólo no imita a Guzmán de Alfarache, sino que sirve a la humanidad -él mismo, como persona- de ejemplo desde sus primeros años: en Pedro era tal el extremo de saber, que muchas veces sin almorzar se iba a la escuela, adelantándose notablemente, descubriendo con estas dos partes profundidad e ingenio, suti-

leza en apercibir y en responder notable prontitud. Por lo demás es natural que Periquillo sólo encuentre a su paso envidias por su misericordia, su calidad humana y su gran corazón, sólo que Santos llega a dulcificar tanto a su personaje, que nos resulta ñoño y algo ridículo.

En una ocasión, el ama donde el muchacho trabaja le ofrece matrimonio, a lo cual él responde, según su condición y sin contrariar sus instintos que -Nuevas cadenas echas a este tu esclavo en cuanto viva, con calidad de no pasar los límites de criado, porque sabrás, piadosa Catalina y dueño mío, que tengo ofrecido a Dios y hecho voto de castidad; y así no permitas que sea traidor e ingrato a un Padre que me dió el alma y el entendimiento, la memoria y la voluntad; sólo te ofrezco en pago de tantas honras el perpetuo silencio de mis labios y la humildad de mis ojos (pág. 1788). Casto, virtuoso, noble, tiene además una sensiblería que raya en lo cursi. A los pícaros, por lo demás, los aparta de su camino, ya que se opone a ellos en todas formas: -Vaya con Dios -dijo Pedro- ¿Qué más perdidos nos podemos ver? Ya el mundo no tiene que perder, porque todo el mundo es un perdido; y como oyó decir que era gran vida la del pícaro, ha dado en serlo y no hay quien le acuerde que hay muerte, ni hace caso de penas, como ahora no las pasa (pág. 1795). Pero no sólo es eso, sino que Perico, a más de todo, es predicador y profeta, por lo cual la gente acaba por considerarlo loco.

La crítica social en Santos es levemente parecida a la de los Sueños en Quevedo. El mismo desengaño, la misma desilusión, sólo que --- mientras Quevedo es el gran estilista de su época, Santos nunca alcanza la categoría indiscutible de su maestro, ni mucho menos. La desilu

sión sigue, por lo demás, apareciendo a cada paso, en forma de lamento: ¡Oh mundo miserable! tú y cuanto hay en ti se burla del hombre. - Tú, vil mundo, le engañas y le sacas al valle de lágrimas desnudo para que todos hagan burla de él. Tú, percedera vida, le mientes a lo mejor su menester. Tú, vil fortuna, le burlas y vituperas, ya con poder, ya sin él. Tú, caduca salud, tan débil como la flor de la enredadera le faltas a lo mejor. Tú, edad más ligera que el viento, pasas y le dejas cuando quieres. Tú, dolor, angustia, mal, pena, desasosiego, inquietud, penalidad, congoja, aflicción, susto y desdicha, le dais priesa a todo correr. (1803). La Verdad, la Mentira, la Fortuna, el Tiempo, intervienen como personajes de primera línea. Y en el mismo tono: ¡Oh mundo, fuente de los engaños y maestro de la perdición! ¿Quién te ha trastornado lo bueno por lo malo y vuelto lo de abajo arriba, tanto que los sabios lo lloran y los filósofos lo sienten? A ti, ¡oh atrevida Fortuna!, daré la culpa, como a ciega. Pero no, que la caída de aquel lucero soberbio fué tal y dió tal barquinazo que desquició al mundo y le sacó de sus asientos. (1797). A veces, por lo demás, nos dice cosas muy bien estructuradas, con un gran sentido de su posición filosófica y de su categoría de escritor, ya que, como sabemos, tuvo mucha fama durante su tiempo; siempre modelándose en Quevedo nos dice: Viejo de malicia envejecida y maestro de las zancadillas llaman al Tiempo, burlador de todos los hombres. Así es, y yo le hago jugador de tropelías. Planta su meta en la gran plaza del Mundo; lléganse a él todos los nacidos; saca una bolsa en la que dice que trae todos los bienes del siglo; los más simples y golosos se le llegan, los demás miran desde afuera; hace abrir la boca a unos y-

dice: "Que traguen aquel dulce dorado"; hácele el simple, y hállese burlado, pues lo amargo le hace arrojar las entrañas. A otro le hace mascar las riquezas y que las guarde a boca cerrada, y a breve tiempo arroja espeso humo por boca y narices. A otro le da colgaduras ricas, tan sutiles, que caben en un puño, y cuando desdobla para ver lo que le han dado, halla una mortaja que huele a tierra corrompida. A otro le pone una corona y, al tentársela, sólo encuentra una calavera rasa y sin pelos; pero le manda que calle, porque así caerán otros en la burla. A otro le enseña un libro, y en él, pintados, palacios y casas de campo; dale a escoger una, y apenas la elige, cuando se halla medido en un ataúd y, a pocos pasos, la sepultura. (1804) Y de la Mentira nos hace saber por un diálogo que:

- ¿Quién será esta buena mujer? - preguntó el amo a Pedro.

Y respondióle:

- Ya tú la das el nombre que todos; llámasla buena; y es la más mala del mundo. Esa que ves, es la Mentira.

- Pues ¿cómo es tan vieja?

- Porque ha infinitos años que nació -respondió.

- ¿Cómo es coja?

- Porque la pueden alcanzar todos- dijo (1807).

Como se ve, poco a casi nulo es el argumento, pues las digresiones estoico cristianas son muchísimas y constantes. Cuentos de animales que simbolizan pasiones humanas, mitología clásica, novelas cortas intercaladas en la narración, todo va en ayuda de la moral de Santos. En una ocasión va a dar con un amo que resulta ladrón y es claro que Periquillo se va de su lado. Pronto la idea del bien lo obse-

siona cada vez más hasta que llega un momento en que en efecto pierde el juicio. Por la forma en que el tema está tratado, nos recuerda, - también de lejos y guardando distancias, al Licenciado Vidriera, de Cervantes. Tanto uno como el otro, locos rematados, dicen constantemente la verdad y son portadores de la sabiduría y la conciencia humanas. Por eso Perico se iba dando a querer de los buenos, y al contrario, aborrecido de los malos.

No es necesario insistir mucho más en esta obra de Santos, que -- marca una ruta tan distinta de la picaresca. En definitiva, la posición del buen escudero Marcos de Obregón queda en Perico extremada, - pues siendo ambas, en cierto sentido, obras ascéticas, Obregón no pasa de ser un buen hombre, mientras que Periquillo, como ya se dijo, - muere hecho casi un santo: Confieso que le conozco, adoro y reverencio como a un solo Dios; su perfectísimo Entendimiento hechó en esta maravilla el resto de su saber, a quien digo, hiriendo este mísero -- pecho: ¡Pequé; habed misericordia de mí! (1845). Y diciendo estas palabras expira, terminando con esto la narración que, por muchas conexiones que tenga con nuestro tema no debe, por ningún concepto, aceptarse como cortada por el mismo molde, ya que son ambas -la picaresca y Periquillo- diametralmente opuestas. Todo lo cual confirma nuestra tesis cuando afirmamos que la novela picaresca española, con el contenido humano y artístico que posee, termina con Estebanillo González, ya que, como hemos visto, los problemas en obras posteriores indican la disolución de lo picaresco como posibilidad genuina de realización.

**LIBROS CITADOS Y CONSULTADOS**

-----

Abate Lesage: Historia de Gil Blas de Santillana; Barcelona, 1900.

Alcalá Yáñez y Rivera, Jerónimo de: El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos; Madrid, 1943.

Alemán, Mateo: Guzmán de Alfarache; Madrid, 1943.

Anónimo: La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades; Madrid, 1943.

Bataillon, Marcel: Erasme et l'Espagne. Recherches sur l'histoire spirituelle due XVIIe. siecle; París, 1937.

Bertoni, Giulio: Poesie, leggende, costumanze del medioevo; Modena, - 1927.

Castillo Solórzano, Alonso de: Aventuras del Bachiller Trapaza; quintaesencia de embusteros y maestro de embelecadores; Madrid, 1943.

\_\_\_\_\_. La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas; Madrid, - 1943.

\_\_\_\_\_. La niña de los embustes. Teresa de Manzanares; Madrid, - 1943.

Castro, Américo: Introducción a la "Vida del Buscón" de Don Francisco de Quevedo Villegas; Madrid, 1911.

Cervantes Saavedra, Miguel de: La ilustre fregona; Madrid, 1943.

\_\_\_\_\_. El casamiento engañoso y Coloquio de los perros; Madrid, - 1943.

\_\_\_\_\_. El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha; Madrid, (s.f.).

\_\_\_\_\_. Rinconete y Cortadillo; Madrid, 1943.

Coronado, Consuelo: El Diálogo Hispano-Inglés; Ensayo sobre la decadencia de España; México, 1947.

Díaz Plaja, Fernando: La vida española en el siglo XVIII; Barcelona, 1946.

Enríquez Gómez, Antonio: Vida de Don Gregorio Guadaña; Madrid, 1943.

Espinel, Vicente: Vida de Marcos de Obregón; Madrid, 1943.

Fernández de Lizardi, J. J.: Don Catrín de la Fachenda y fragmentos de otras obras; México, 1944.

Fernández de Lizardi, J.J.: El Periquillo Sarniento; México, (s.f.)

France, Anatole: Vida y obra de Rabelais; Buenos Aires, 1943.

Gaos, José: El pensamiento Hispanoamericano; México, (s/f).

García, Carlos: La desordenada codicia de los bienes ajenos; Madrid, 1943.

Giles Rubio, José: El origen y desarrollo de la novela picaresca (Discurso); Oviedo, 1890.

Gili Gaya, Samuel: Selección, estudio y notas a Guzmán de Alfarache; Zaragoza, 1949.

González Palencia, Angel: Del "Lazarillo" a Quevedo; Madrid, 1946.

Groethuysen, Bernhard: La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII; México, (s/f).

H. de Luna: Continuación del "Lazarillo"; Madrid, 1943.

Haan, F. de: Pícaros y ganapanes.

Hazard, Paul: El pensamiento europeo en el siglo XVIII; Madrid, 1946. <

Henríquez Ureña, Pedro: Las corrientes literarias en la América Hispánica; México, 1949.

Ibarra y Rodríguez, Eduardo: España bajo los Austrias; Barcelona, -- 1935.

Inclán, Luis G.: Astucia; el jefe de los hermanos de la hoja o los charrros contrabandistas de la rama; México, 1946. --

Jarnés, Benjamín: Notas a la picaresca española; México (s/f).

Jiménez Rueda, Julio: Historia de la Cultura en México; el Virreinato; México, 1950.

\_\_\_\_\_. Letras mexicanas en el siglo XIX; México, 1944.

La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor; Madrid, 1943.

López de Ubeda, Francisco: La pícara Justina; Madrid, 1943.

Marañón, Gregorio: El Conde-Duque de Olivares; Buenos Aires, 1944.

Méndez Plancarte, Gabriel: Introducción y prólogo a Humanistas del siglo XVIII; México, 1941. -

Moliere: Tartufo o el impostor; Buenos Aires, 1940.

- O'Gorman, Edmundo: Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica; México, 1947.
- \_\_\_\_\_. La idea del Descubrimiento de América; México, 1951.
- Ortega y Gasset, José: Papeles sobre Velázquez y Goya; México, 1950.
- Payno, Manuel: Los bandidos de Río Frío; México, 1945.
- Pfandl, Ludwig: Historia de la literatura nacional española en la --  
edad de Oro; Barcelona, 1933.
- \_\_\_\_\_. Cultura y Costumbres del pueblo español de los siglos XVI <  
y XVII; Barcelona, 1929.
- Quevedo Villegas, Francisco de: Historia de la vida del Buscón; Buenos Aires, 1943.
- \_\_\_\_\_. Sueños y Discursos; Madrid, 1941.
- Ramos, Samuel; El perfil del hombre y la cultura en México; Buenos Aires, 1951.
- Romero, José Rubén: La vida inútil de Pito Pérez; México, 1944.
- Reyes Alfonso: Capítulos de literatura española: la. serie; México, 1939.
- \_\_\_\_\_. Capítulos de literatura española; 2a. serie; México, 1945.
- \_\_\_\_\_. Letras de la Nueva España; México, 1948.
- Riva Palacio, Vicente: Martín Garatuza; México, 1945.
- Rodríguez Prampolini, Ida: Amadises de América. La Hazaña de Indias como empresa caballeresca; México, 1948.
- Rojas Garcidueñas, José: Don Carlos de Sigüenza y Góngora: erudito - barroco; México, 1945.
- Salas Barbadillo, Alonso J.de: La hija de Celestina; Madrid, 1943.
- Santos, Francisco: Periquillo, el de las Gallineras; Madrid, 1943.
- Tawney, Richard Henry: Religion and the rise of Capitalism; London, 1948.
- Troeltsch, Ernst: El protestantismo y el mundo moderno; México, 1951.
- Urbina, Luis G.: La vida literaria de México y la literatura mexicana durante la guerra de Independencia; México, 1946.
- Valbuena Prat, Angel: Historia de la literatura española; Barcelona, 1950.

Valbuena Prat, Angel: La vida española en la Edad de Oro; Barcelona, (s-f).

*falta y*  
Valle Arizpe, Artemio de: El Canillitas. Novela de Burlas y donaires; México, 1947.

Vélez de Guevara, Luis: El Diablo Cojuelo; Madrid, 1943.  
Vida de Torres Villarroel, escrita por él mismo; Madrid, 1943.

Vossler, Karl: Algunos caracteres de la cultura española; Buenos --- Aires, 1943.

Yáñez, Agustín: El contenido social de la literatura iberoamericana; México, (s/f).

\_\_\_\_\_. Estudio preliminar a El pensador mexicano, de J. J. Fernández de Lizardi; México, 1940.

\_\_\_\_\_. Fichas Mexicanas; México, 1945.

Zabala y Lera, Pío: España bajo los Borbones; Barcelona, 1945.

Zamora Flowers, Leopoldo: Quince Uñas y Casanova aventureros; México, 1945.

I N D I C E

	<u>Página</u>
Introducción .....	3
I.- Ventura de la picaresca .....	9
II.- El pícaro heroico .....	24
III.- El pícaro grotesco .....	41
IV.- El pícaro endemoniado .....	54
V.- El pícaro impostor .....	67
VI.- Muerte de la picaresca .....	86
VII.- Una supervivencia .....	107
VIII.- El pícaro romántico -una contradicción- .....	117
IX.- Epígonos .....	151
Apéndice .....	191
I.- Algunas <u>Novelas Ejemplares</u> de Cervantes .....	192
II.- <u>La pícara Justina</u> .....	201
III.- <u>La hija de Celestina</u> .....	206
IV.- <u>Vida de Marcos de Obregón</u> .....	213
V.- <u>La desordenada codicia de los bienes ajenos</u> ....	223
VI.- <u>El donado hablador</u> .....	229
VII.- <u>Vida de Don Gregorio Guadaña</u> .....	235
VIII.- <u>Periquillo el de las Gallineras</u> .....	243
Bibliografía .....	250
Índice .....	254



211 QSO# 1